



GOLNAZ HASHEMZADEH BONDE

Lo que fuimos

Una novela sobre el amor, la culpa
y el anhelo de un futuro mejor.

NOVELA

DUOMO
NEFELIBATA



LO QUE FUIMOS

GOLNAZ HASHEMZADEH BONDE



Duomo ediciones

Barcelona, 2017

Título de la edición original: Det var vi

Edición en formato digital: agosto de 2018

© 2017, Golnaz Hashemzadeh Bonde

© 2018, de la traducción: Montserrat Triviño González

Imagen de la cubierta: © Ana Iglesias, *Tu piel*

© de esta edición, Antonio Vallardi Editore S.U.r.l., Milán. Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore., 2012

Todos los derechos reservados

Duomo ediciones es un sello de Antonio Vallardi Editore
Calle de la Torre, 28, bajos, 1ª, Barcelona 08006 (España)

www.duomoediciones.com

ISBN: 978-84-17128-80-7

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.L.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telepático o electrónico —incluyendo las fotocopias y la difusión a través de internet— y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos

Para Noor Koriander

«Mi madre dijo: si pudieras considerar como atenuantes las circunstancias, me dejarías marchar más fácilmente».

Athena Farrokhzad, Vitsvit

Siempre he llevado mi muerte a cuestas. Puede que sea un comentario muy trillado, una observación propia de los moribundos. Pero yo soy distinta a los demás, en eso y en todas las otras cosas; o, por lo menos, me gusta pensarlo. Y lo pienso, sinceramente. Lo dije cuando murió Masood. El tiempo que vivíamos era prestado. Se suponía que no teníamos que estar vivos. Tendríamos que haber muerto en la revolución. O en el periodo que siguió. En la guerra. Pero a mí se me concedieron otros treinta años. Más de la mitad de mi vida. Es un tiempo bastante largo, algo por lo que debo estar agradecida. Tan largo como la vida de mi hija. Sí, es una forma de verlo. Pude crearla a ella. Pero no me necesitaba durante tanto tiempo. Nadie me necesitaba, en realidad. El hecho de tener hijos hace que nos creamos necesitados, pero no es cierto. Todo el mundo encuentra la forma de apañárselas. ¿Quién dice que yo valgo más que los problemas que he causado? No lo creo. No soy la clase de persona que da más de lo que coge. Debería serlo, porque al fin y al cabo soy madre. Mi trabajo es cargar con el peso, cargarlo en nombre de los demás. Pero nunca lo he hecho, por nadie.

—Le quedan como mucho seis meses de vida —me dice la bruja asquerosa.

Lo dice como si me estuviera comunicando una noticia banal, pero triste. Con el mismo tono de voz que usaba la educadora de la guardería para decirme que tal o cual niño había pegado a Aram. Un poco triste, un poco culpable. Y la bruja ni siquiera me mira mientras lo dice, se limita a contemplar la pantalla de su ordenador. Como si ahí estuviera la verdad, como si fuera la pantalla la que recibe el daño. Luego le empiezan a rodar lágrimas por las mejillas y baja la mirada hacia el regazo. Ahora la víctima es ella y necesita consuelo.

«¡Cállese!», quiero gritarle. ¿Quién es usted para decirme que me voy a morir? ¿Quién es para llorar, como si mi vida tuviera algo que ver con usted? Pero no grito. Esta vez no, lo cual me sorprende hasta a mí.

—Quiero hablar con su supervisora —le digo.

Se queda perpleja. Probablemente piense que mi reacción no es la habitual. Que yo también debería estar llorando.

—Ya sé que oír esto es... duro. Pero da igual con quién hable usted —dice—. El TAC, los resultados de las pruebas. Son irrefutables. Tiene usted cáncer. Y está..., está bastante avanzado.

Guarda silencio y me mira. Esperando que algo en mi rostro confirme que la he entendido. Pero no ve nada, y sigue hablando.

—Es un cáncer en estadio cuatro. Lo que significa que no le queda a usted mucho tiempo.

—¡Cállese! —le digo, ahora sí—. Soy enfermera, llevo veinticinco años trabajando en la asistencia sanitaria y sé que no le está permitido decirme algo así. Usted no tiene ni idea del tiempo de vida que me queda. ¡Usted no es Dios!

Se reclina en su silla, molesta. Debe de tener treinta y pocos años, y lleva el pelo recogido en dos coletas altas, de niña pequeña. Tiene la foto de un bebé sobre el escritorio. Muevo la cabeza de un lado a otro. No tiene ni idea de lo que sabe o no sabe.

Seguimos sentadas en silencio, hasta que ella se seca las lágrimas con la manga y se va. Sigo inmóvil durante un instante, luego cojo mi bolso y busco el teléfono. Tendría que llamar a alguien. Tendría que llamar a mi hija: «Hola, nena. Ahora tu madre también se va a morir».

Mierda. Intento escribirle un mensaje de texto a Zahra, pero luego lo borro. ¿Qué voy a decirle? «Hola, amiga, tanto luchar y ahora se acabó». No puedo.

Oigo dos voces que se acercan, las de la doctora y su supervisora. Se detienen frente a la puerta. Susurran. Es evidente que en este hospital general no se enfrentan demasiado a menudo a la muerte. Están discutiendo sobre quién debería entrar a hablar conmigo. Lo entiendo. Tienen que seguir con su rutina, atender al próximo paciente, para que no se les acumule el trabajo. Lo último que les apetece es aguantar los insultos de una moribunda. Considero mis opciones. Tendría que levantarme y salir de aquí. Ahorrarles el mal trago. Ahorrármelo a mí. Cojo mi abrigo. Es rojo. Cojo mi bolso. También es rojo. Me miro las botas. Rojas. Todas las trivialidades que me importan o, mejor dicho, importaban. Me empiezan a temblar las manos y luego los hombros. Dejo caer el bolso al suelo, mientras intento contener el llanto que me sube por dentro. Y justo en ese momento abren la puerta. Entran, me miran. Me doy cuenta de lo mucho que les gustaría dar media vuelta y marcharse. No quiero asustarlas. Intento sonreír. Y entonces me invade. Lo que ellas no saben, lo que nadie en este puto país sabe, aunque sepan tantas otras cosas. Sobre dolor, pérdida y lucha. Empiezo a llorar. Lloro y lloro. Ella también llora, la primera doctora. Pobrecilla, se cree que tiene motivos para llorar.

Pese a todo, se disculpa. La doctora de más edad. Dice que no tienen ni idea del tiempo que me queda. Podrían ser unas cuantas semanas o unos cuantos años.

—Pero morirá de este cáncer —me dice—. Es mejor afrontarlo abiertamente, hablarlo con sus seres queridos. Sus hijos, sobre todo...

«Dígaselo usted a mi hija», pienso. Pero al parecer no lo he dicho en voz alta, porque ella sigue hablando.

—No será fácil, desde luego. Contar la verdad a los propios hijos puede resultar muy difícil. Pero se merecen saberlo. Tienen que prepararse.

La miro con gesto interrogante. Ella no entiende qué es lo que me estoy preguntando, pero supongo que sabe que no puedo mirarla de ninguna otra forma.

—Masood acaba de morir..., su padre. Ha muerto hace muy poco —digo. La doctora asiente—. Murió de repente. ¿Cree que eso es mejor? Para Aram, quiero decir, mi hija. Mejor que tener que vivir con esta muerte, esperarla. ¿No sería mejor que me muriera un día de repente?

—No lo sé —dice. Como si yo estuviera esperando una respuesta de verdad—. Pero necesitará a su hija. Esto no será fácil.

Me ofrece un folleto. Cómo prepararse para la muerte o algo así. Le digo que no con la cabeza.

—¡No me voy a morir! ¡Voy a luchar! ¡Quiero empezar el tratamiento ahora mismo!

La doctora vacila.

—Sí, la vamos a derivar a un oncólogo. Pero tendrá que esperar un poco antes de que la visiten. Las vacaciones de Semana Santa son dentro de poco. Puede que tarde un poco en empezar el tratamiento, Nahid.

Me inclino hacia delante en mi silla.

—Pero me acaba de decir que me voy a morir. Me moriré si no hacemos nada. ¡Esto es una emergencia!

La doctora niega con la cabeza.

—El cáncer no es una emergencia. Unas pocas semanas no cambian nada, Nahid.

—¿Qué quiere usted decir? Si no es una emergencia, ¿qué es?

—Bueno, el cáncer se considera una enfermedad crónica.

Arqueo las cejas.

—¿Crónica? ¿Cómo va a ser crónica si me voy a morir pronto?

—Lo siento.

Se apoya en el marco de la puerta. Ni siquiera ha entrado en la consulta. Se ha quedado allí, en la otra punta. Como si fuera contagioso. El cáncer. La muerte.

—Lo siento.

Me pongo en pie.

—No se disculpe. Aún no estoy muerta.

Saco la barra de carmín y me pinto los labios. Le demuestro que soy fuerte. Luego me voy. Paso junto a ella. Me llaman, pero yo sigo caminando. Más y más rápido, para no dar media vuelta, para no arrojarme entre sus brazos y suplicarle consuelo. Para no suplicarle promesas sinceras y aliento.

Solo cuando llego a casa veo que tengo las mejillas manchadas de rímel. Que el carmín se me ha corrido en las comisuras de la boca. Estoy espantosa, como si la bruja fuera yo. Un espantapájaros. Un maniquí. Una muerta. Alguien que no tiene ni idea de lo que significa estar vivo.

Me quedan seis meses de vida. O unas cuantas semanas. O unos cuantos años. Me siento en el sofá sin lavarme la cara. Me quedo allí sentada, con las manos sobre el regazo, preguntándome qué hacer ahora. ¿Qué hace una persona cuando le dicen que se está muriendo?

Hay cestos llenos de papeles sobre la alfombra. Llevan meses ahí, puede que años. Siempre he pensado que si los dejo ahí, algún día encontraré el momento de ordenarlos. De ocuparme de ellos. A lo mejor eso es lo que debería hacer ahora. Revisar mis papeles, asegurarme de que esté todo en orden. Viejas facturas de teléfono, extractos del banco, formularios de la declaración de renta... Se me ocurre entonces que tampoco había ningún motivo para esos cestos. Todo lo que contienen se puede tirar. Podría tirar todo lo que tengo.

También puede hacerlo Aram. Más tarde. Después.

Cojo un cuaderno y un bolígrafo de la mesa. Empiezo a garabatear. Me doy cuenta de que en esos cestos también están todas mis notas. A lo mejor debería tirar al menos las notas. ¿Qué pensará si las lee? Descubrirá lo sola que estaba, lo enfadada que estaba. Debería querer protegerla, pero no es así. ¡Que las lea! Que sienta mi dolor. Ya sé que está mal, que mi instinto maternal debería decirme otra cosa. Pero no es así, qué le voy a hacer.

El bolígrafo araña el papel. Quiero descubrir qué dejo atrás. Cuando me divorcié de Masood, él se lo llevó todo. Yo no me quedé nada. Desde entonces, no he hecho más que recoger. Acumular, aumentar. Aumentar mi seguridad. Mi futuro. Y ahora resulta que no hay futuro. Me echo a reír. No hay futuro. Si la gente lo supiera... Dedicamos tanto tiempo a planificar el futuro y luego resulta que ni siquiera existe. Quién iba a decirlo.

De haberlo sabido, ¿habría vivido de otra forma? ¿Habría renunciado a tanto turno seguido? ¿Habría tirado de tarjeta de crédito, habría dejado enormes deudas? No lo sé. Puede. Seguramente. O sea, ¿por qué no? ¿Qué podría habérmelo impedido?

Lo escribo todo. El apartamento en el que vivo. Las joyas de oro de mi caja de seguridad. Las puñeteras acciones de la compañía Telia que nos

convencieron para que compráramos. El dinero de mi cuenta de ahorro. El dinero para emergencias que guardo en el armario. Lo anoto todo y luego lo sumo. Es mucho. ¡Mucho dinero!

Lo primero que pienso es que es demasiado dinero para alguien como yo. Pero luego me digo, no, no es verdad. Hay muchas personas que han nacido aquí, que se han criado en este país, que no tienen, no pueden ni podrían jamás acumular una cantidad así. Son demasiado cómodos, demasiado vagos. Ellos no tienen lo que tengo yo. No han dejado nada atrás.

No es que sea solo mucho dinero para alguien como yo. Es mucho dinero. Mucho dinero para Aram. Y si ella no piensa lo mismo, ¡que se lo meta donde le quepa! Una hija de la guerra. Tendría que estar agradecida. Me estará agradecida, lo sé. El dinero le será más útil a ella que a mí. Ella tiene más oportunidades de vivir, de estar viva. Y no porque yo me esté muriendo, sino porque nunca tuve la capacidad de vivir sin más. Yo nací con la capacidad de sobrevivir. Crecí para sobrevivir. Y eso no es lo mismo que vivir. No sé si mi hija tiene la capacidad de sobrevivir. Puede que sí, al fin y al cabo prácticamente nació en un refugio antiaéreo. Pero sus amigos no la tienen. Los niños nacidos en Suecia no la tienen.

Eso me recuerda a la doctora del hospital y sus lágrimas. ¿Qué motivos tiene ella para llorar?

A mi madre la casaron cuando tenía nueve años. Me resulta difícil incluso pronunciar esas palabras. Me avergüenzan. Es como si aprobara ese matrimonio por el simple hecho de mencionarlo. Así que no lo menciono. Ella tenía nueve años y mi padre veintisiete. En aquella época, era habitual. Pero no creo que el hecho de que fuera una conducta normal cambiara algo para ella. Que cambiara lo que debió de ser para ella verse obligada a abandonar a sus padres y empezar una relación sexual con un hombre adulto al que no conocía.

No puedo enfadarme con mi padre, hizo lo que se hacía entonces. Pero pienso en aquella niña, en quién era, y esa imagen me despierta más sentimientos maternos de los que me ha despertado jamás mi propia hija. Pienso en aquella niña, en que de haber podido salvarla, me habría salvado también a mí misma. Si pudiera salvarla a ella, salvaría también a mi hija.

Mi madre tenía doce años cuando dio a luz a Maryam. El corazón se me rompe por las dos. Una niña de doce años con un bebé en los brazos. Un bebé con una niña de doce años como única tabla de salvación en este mundo. No sé qué ocurrió dentro de aquella niña, pero creo que se encerró. Creo que eso es lo único que se puede hacer. Una niña de doce años con un bebé en brazos. ¿Qué bien podíamos hacerle?

Terminó dependiendo de sus propias hijas. Cuando mi padre murió, ella solo tenía treinta y siete años y era madre de siete niñas. En la práctica, no supuso ninguna diferencia que él muriera. Llevaba enfermo mucho tiempo, puede que incluso se hubiera convertido en un hijo más para ella. No lo sé. Nunca hablaba de él. Nunca hablaba de hombres. En las fotos de nuestras bodas, siempre aparece muy erguida, como una madre orgullosa de la novia, pero nunca sonrío. A sus ojos, los hombres y el matrimonio eran males necesarios. O puede que ni siquiera necesarios, puede que solo fueran gilipolleces inevitables.

Mi madre. Cuánto sufrió durante la revolución. Sería lógico pensar que una madre que ha parido a siete hijas podría descansar un poco tranquila. Ningún hijo que enviar a la guerra, ningún hijo cuya muerte llorar. Pero era la

época equivocada, o nosotras éramos las mujeres equivocadas. Luchamos en las calles, mientras ella nos esperaba despierta por las noches. Esperando, caminando de un lado a otro, llorando.

Unas cuantas semanas. Medio año. Unos cuantos años. ¿Acaso cambia algo? No estoy segura. Son periodos de tiempo distintos, eso lo entiendo, pero... ¿acaso el tiempo cambia algo a estas alturas? ¿Qué voy a hacer con el tiempo? Tiempo enferma. Tiempo sola. Tiempo esperando a la muerte. ¿Qué se puede hacer con el tiempo, si no se está construyendo un futuro? No lo sé. Y creo que ese puede ser el motivo. Puede que ese sea el motivo de lo que me está sucediendo, el motivo de que el cáncer me haya elegido a mí. Que no sé qué hacer con el tiempo. Que no sé qué hacer con la vida.

No, no soporto esa idea.

Me levanto y cojo el teléfono. Marco un número. Es el único número al que puedo llamar.

—¿Allo?

La veo delante de mí, la veo sentarse pesadamente en un taburete, junto al teléfono fijo, y suspirar profundamente antes de descolgar. Espera malas noticias y se prepara, en un gesto de autodefensa.

—Salam, maman —digo.

Trago saliva con dificultad, para empujar hacia abajo lo que está subiendo.

—¿Nahid? ¿Eres tú, Nahid? ¿Ha pasado algo, va todo bien?

—Va todo bien. Muy bien. Es solo que... te echo de menos.

—Así es la vida, Nahid. Así es la vida.

Durante un instante, guardamos silencio las dos. Luego ella empieza a hablar y me cuenta lo de siempre. Me habla de los vecinos, de lo caros que están los tomates, de su reumatismo. La escucho. La conversación es exactamente igual a la que mantuvimos la semana pasada. Igual a todas nuestras conversaciones. Una conversación que no se ve en absoluto afectada por este día en concreto, a no ser porque hundo la cara en un cojín para amortiguar mis propios sonidos.

—¿Sigues ahí, Nahid?

Sé que se me va a quebrar la voz, así que cuelgo. Pensará que se ha cortado, como se han cortado otras muchas llamadas a lo largo de los años. La

próxima vez que la llame, ya se le habrá olvidado.

Ya está oscureciendo cuando finalmente vuelvo a coger el teléfono. No sé cómo elijo a quién llamar, no sé por qué llamo a Zahra. Pero la llamo y siento un gran alivio. Un gran alivio al contárselo a alguien, al oír llorar a otro ser humano. Me alegra que esté triste. Me alegra que vaya a echarme de menos. Es bonito escuchar que otra persona reacciona de la forma esperada. Saber que se puede reaccionar así. La escucho en silencio unos instantes, mientras llora, y luego empiezo a consolarla.

—No pasa nada —le digo—. Tampoco he tenido una vida tan mala.

Guardamos silencio. No sabemos si eso es verdad o no, pero tampoco decimos nada que lo desmienta. Nos limitamos a escuchar el silencio de la otra y nos basta con eso.

—¿Se lo has dicho a Aram? —me pregunta.

Niego con la cabeza.

—¿Hola?

—Lo siento —digo—. No se lo he contado. Ni a ella ni a nadie.

Asiente y casi me parece oír el gesto.

—¿Quieres que se lo diga yo?

Suspiro, aliviada.

—Sí. Sí. Gracias. ¿Podrías hacerlo?

—No lo sé —responde ella.

¿Qué es lo máximo que se le puede pedir a alguien? Todo, supongo. Puedo pedir cualquier favor. Cualquiera.

—Te estaría muy agradecida si pudieras hacerlo, gracias.

La oigo llorar otra vez. Pero tiene que hacerse cargo, de un modo u otro tiene que hacerlo.

—Voy a tu casa —dice, y colgamos.

Luego me tumbo de espaldas. Cierro los ojos. Unas cuantas semanas, seis meses, unos cuantos años. Ahora mismo, lo único que necesito es cerrar los ojos.

* * *

Y vienen. Se presentan en casa mis amigas. Tendida aún en el sofá, las contemplo a todas con los ojos medio cerrados. Me dejan observarlas. No dicen gran cosa. Se sientan con la barbilla apoyada en las manos. Intercambian miradas de vez en cuando y sacuden la cabeza de un lado a otro. La sacuden muy despacio, de un modo extraño, como suele hacer la gente cuando el dolor es más grande de lo que parece. Cuando un dolor engloba todos los dolores. Sé lo que están pensando: hemos perdido mucho. Ya hemos perdido mucho, ¿por qué tendríamos que perder aún más? ¿Por qué tiene que ser así, por qué estamos obligadas a perder aún más? Estoy de acuerdo con ellas. No se dan cuenta, no se atreven a mirarme, pero estoy tumbada con los ojos medio cerrados, y sacudo la cabeza del mismo modo que ellas. De ese modo extraño. Como cuando un dolor engloba todos los dolores.

Zahra, Leila, Anne, Firozeh... Están todas aquí. Han venido enseguida, en menos de una hora. Ni siquiera he tenido tiempo de abrir los ojos y ya estaban aquí. Pienso en mis notas, tiradas en el cesto. Las que hablan de mi soledad. Quiero enseñárselas y decirles: «¿Por qué habéis esperado hasta ahora para venir? ¿Por qué no habéis venido antes, cuando me sentía tan sola?». Pero no lo sé. Al mismo tiempo, pienso que debería romper esas páginas en mil pedazos. Porque nunca he estado sola, ¿verdad? No lo sé. ¿Qué es la soledad? ¿Es sentarse a solas esperando compañía o sentarse a solas esperando la muerte? Puede que nunca me haya sentido sola.

Las oigo cuando empiezan a susurrar. Al principio no escucho, pero no tardo en comprender. No se lo han dicho a Aram. Quiero levantarme, montar una escena. «¡Os he pedido una cosa! ¡Solo una!». Pero me contengo. Sé que no es ni de lejos lo primero que les he pedido. Y también sé que es pedir demasiado.

Zahra se pone en pie y hace una llamada. En susurros. Sé que no está hablando con Aram, no. Está hablando con otra persona. Le está pidiendo a su propia hija que se lo cuente a la mía. ¡Qué cobardes somos! Las revolucionarias. Ninguna de nosotras tiene agallas. Puede que en esta vida solo dispongamos de una cantidad determinada de agallas. Y puede que nosotras dejáramos las nuestras en las sangrientas calles de la revolución. Me pregunto quién le contará a Aram que me estoy muriendo. Me doy cuenta de

que no lo sé y de que no voy a levantarme para averiguarlo.

Suelo quedarme de pie junto a la ventana, mirando. Tengo unas vistas espléndidas, casi como un cuadro. Siempre se lo hago notar a las nuevas visitas.

—Mira —digo. Como si fuera posible no fijarse.

Vivo en la decimotercera planta y una de las paredes es una cristalera enorme. Al otro lado, solo se ve cielo. Un cielo interminable. Abajo está el mar, que se extiende hasta fundirse con el horizonte. Y junto al mar, está el bosque. Una densa hilera de árboles que reflejan el paso de las estaciones.

Para muchas personas, no tiene nada de especial. Cielo, agua, árboles. Yo quiero explicárselo, quiero contarles a las visitas por qué es tan especial. Pero me cuesta mucho obligarme a hacerlo: ¿sabes qué tenía yo a mi alrededor cuando era pequeña? ¿Cuando cruzaba las calles, cuando iba al colegio? Arena y piedra. Piedra arenisca. No es fácil de visualizar. Arena amarilla que nos cubría los zapatos. Que cubría nuestras casas. Mi madre la barría de la puerta varias veces al día. Imaginad a alguien como yo, que viene de la arena, y que ahora vive entre el cielo y el agua. Es una transformación de los elementos. Me dan ganas de decir, esto es inmenso. Es grandioso. Y, en cierto modo, también triste. Lo que fuimos en otros tiempos ha desaparecido, ha sido sustituido por otra cosa.

Pero no digo nada y sé por qué. No quiero que piensen que vengo del desierto. Que soy de un país del desierto. En realidad, ya lo piensan, pero me niego a inculcar en sus mentes más imágenes raras acerca de quién soy. Estoy hablando de la arena, no del desierto. Son dos cosas diferentes, pero la gente no lo entendería.

Un detalle sobre mí: no puedo mantener la boca cerrada. Por lo general, sé cuándo debería. Al menos, en retrospectiva. Pero aun así, no puedo evitar soltar lo primero que se me pasa por la cabeza. Se supone que no hay que hacerlo. No como ser humano, sino como madre. Se supone que los comentarios hirientes hay que guardárselos, pero yo no puedo.

Estoy sola en mi dolor. Esa es la conclusión a la que he llegado. Aram debería ser quien compartiera ese sufrimiento conmigo. El dolor pasa de mujer a mujer. Pero no lo comparte.

No llegó hasta pasadas cuatro horas y cuarenta y cinco minutos desde que me habían dado la noticia. Desde que me había enterado de que iba a morir. Sé que nadie se lo dijo antes, sé que no lo sabía. Y, aun así, estoy enfadada. Sí, hay otras personas aquí, pero eso es otra cosa. Están tristes. Me echarán de menos. Pero mi hija... jamás superará algo así. Es algo que compartimos. Quiero compartirlo con ella. La irrevocabilidad.

Cuando llega, sigo tendida en el sofá con los ojos medio cerrados. Todo el mundo se pone en pie para saludarla. Oigo su voz, suena cansada. Quiero que entre aquí gritando. Gritando y llorando. Aterrorizada. Pero no es así. Entra, saluda a mis amigas y parece cansada. No me levanto, dejo que sea ella la que se acerque a mí. Se toma su tiempo, se queda un momento en el pasillo. Hace preguntas, intenta entenderlo. Sé que eso es lo que está haciendo, pero la sensación que tengo es otra. La sensación que tengo es que se queda ahí, charlando, y eso me pone de mal humor. Yo aquí, mientras mi mundo se desmorona, y ella tarda cuatro horas y cuarenta y cinco minutos en presentarse, y cuando lo hace, ni siquiera corre hacia mí. Se queda ahí plantada. Noto cómo se me tensa todo el cuerpo: las pantorrillas, los glúteos, las manos, la cara. Cuando se sienta junto a mí, en la alfombra, no digo nada. Aprieto los ojos con fuerza.

—Hola, mamá —dice.

—No tienes madre —le contesto—. No tienes a nadie. Eres huérfana.

La oigo contener el aliento y también a todas las demás. Oigo el dolor que yo he provocado, el dolor que he lanzado al aire. Oigo el dolor. Mi hija no es

de las que gritan y lloran. Lo sé. Así que ahora oigo el dolor que crece en su cuerpo, que le hace difícil respirar. Pasa un rato, puede que cinco minutos. Y entonces se pone de pie y se va. Va al cuarto de baño a cuidar de sí misma. Como siempre ha hecho.

Noto las lágrimas que brotan y se deslizan por mis mejillas. Me llegan a los pliegues del cuello. Mis amigas se congregan a mi alrededor cuando me ven llorar. Me cogen la mano, me acarician la cabeza. Todo el mundo me rodea. Ella está allí, sola. Quiero pedirle a alguien que vaya a buscarla, pero no me salen las palabras. Tendrá que acostumbrarse a ello, dice una voz dentro de mi cabeza. Si no está acostumbrada ya, ahora es el momento.

Aram me lee poesía. Por lo general no lo hace, así que me sorprende. Creo que solía hacer esas cosas con Masood. A lo mejor desea que yo ocupe el lugar de su padre. No puedo. Me siento en el sofá y ella se sienta a mi lado, con las piernas cruzadas bajo el cuerpo.

—Escucha, mamá: «Mi padre dijo: puesto que nadie que te pertenezca yace sepulto en esta tierra, esta tierra no te pertenece».

La observo con una mirada vacía.

—¿Lo entiendes? —me pregunta—. «Mi padre dijo: puesto que nadie que te pertenezca yace sepulto en esta tierra, esta tierra no te pertenece». Y ahora hemos enterrado a papá.

Observa mi silencio, lo llena, como si eso pudiera ayudar.

—Lo escribió una joven persa.

Quiero decirle que es ridículo. En primer lugar, la tierra no le pertenece a nadie, eso no es más que basura patriótica. Nadie es dueño de ningún país. «A tu padre lo incineraron —pienso—. Lo único que está bajo tierra es su urna. No forma parte del territorio sueco». Suelo decir esa clase de cosas. Así que lo digo. Me oigo a mí misma decirlo en voz alta y me arrepiento al instante. Veo el dolor que le sube inmediatamente desde el pecho, veo el nudo que le espesa la garganta.

Le está buscando un significado. Claro. Quiere encontrar la manera de relacionarlo todo, de entresacar una conclusión de todo este caos. Y yo quiero disculparme, pero no lo hago. Digo:

—Y si eso es cierto, ¿qué ocurre después de mí? ¿Qué pasa cuando entierras a tus dos progenitores aquí? ¿Te dan una medalla? ¿Una medalla a la más sueca?

Se pone en pie y se va a la cocina. Abre el grifo, finge que quiere beber un poco de agua, supongo. Debería correr a su lado, pero no lo hago. Cojo el mando a distancia y cambio de canal. Tarda un poco en volver. No dice mucho más. Al cabo de un rato:

—Me voy a casa.

La miro, molesta.

—Si acabas de llegar.

—Llevo aquí cuatro horas, mamá. Ahora tengo que irme.

No quiero que se vaya.

—Pues si te vas a quedar tan poco tiempo, no te molestes en venir —me oigo decir.

Asiente. Se marcha. No puedo obligarla a quedarse. Ya hace mucho tiempo que no puedo obligarla a quedarse.

¿Es posible que la vida se agote más rápido cuando se vive intensamente? La gente siempre me dice que mi risa es muy escandalosa. Imaginemos que cada risa, cada risa demasiado escandalosa, me restaba días de vida. ¿Qué ocurre si cada persona solo tiene un número limitado de respiraciones y se le agotan más deprisa cuando se ríe de forma escandalosa, cuando habla demasiado alto o cuando baila hasta quedarse sin aliento? Cuando grita eslóganes y huye de soldados y policías. Respiración, respiración, jadeo, todo se va agotando. Me pregunto si de verdad es así.

He empezado el tratamiento. Han tardado tres meses en llamarme. Se interpusieron las vacaciones de Semana Santa.

—¿Cuánto se ha extendido el cáncer en los últimos tres meses?

Observo con dureza a la especialista, Christina. Si me muero, la culpa es tuya, tuya y de tus tiempos de espera, le digo con la mirada.

Al principio, Christina no dice nada. Está intentando entender mi pregunta. Es oncóloga y ginecóloga. El cáncer empezó en los ovarios. Mis partes femeninas, mis partes de madre, fueron las que desataron el incendio. Me parecía irónico y se lo dije la primera vez que nos vimos: ¿no es irónico lo mucho que se nos castiga por ser mujeres? En aquella ocasión, también me miró como ahora. En silencio. Preguntándose.

—Ya sé que esperar es duro —dice—, pero hacemos todo lo que está en nuestras manos.

—¡Pues podíais haber hecho todo lo que estaba en vuestras manos hace tres meses! Y entonces a lo mejor habría tenido una oportunidad.

Baja la vista hacia sus papeles.

—Te vamos a ingresar ahora, durante unos días.

Eso es todo lo que dice.

Oigo a Aram formular un montón de preguntas. Cosas que a mí jamás se me habría ocurrido preguntar. Parece que se ha documentado. Le cojo una mano. Ella es de esas personas que se documentan.

—¿Eres médico? —le pregunta Christina.

—No —responde ella—. No. Es mi madre.

Se le quiebra la voz y veo vacilar a la doctora.

En cualquier caso, entiendo que el cáncer se ha extendido más. Quieren controlarme, por si acaso los tumores dificultan alguna función de mi organismo. Hablan de las funciones de mi organismo como si no formaran parte de mí. Dejo de escuchar, que Aram hable por mí.

Cuando terminan, salimos de la pequeña consulta. Ya me han preparado una cama y me siento en el borde. Contemplo la bata de hospital, las sábanas

de un blanco grisáceo. La manta azul. Aram me sujeta una mano.

—Lo haremos más acogedor, mamá.

Se marcha para ir a comprar zumo y periódicos, y yo no me muevo. No me muevo ni un milímetro mientras ella no está.

Regresa enseguida, sin aliento. Lleva dos bolsas en la mano, que deja caer en el suelo. Corre unos pasos hacia mí y me abraza. Me estrecha con mucha mucha fuerza. Sigo sentada en la cama, con los brazos colgando a los costados y dejo que sigan colgando. Dejo que Aram me abrace. Descanso entre sus brazos. Me abraza durante largo tiempo, me acuna despacio. Oigo el latido de su corazón en la mejilla y pienso que ese corazón lo hice yo. En otros tiempos, ese corazón latía dentro de mí y ahora late junto a mí y pronto latirá sin mí. Dentro de poco, mi corazón callará para siempre, pero el suyo seguirá latiendo, llevará mi ritmo consigo. Seguiré estando ahí, en alguna parte de su latido. Quiero que esa idea me consuele, pero no es así. Quiero mis propios latidos. Quiero que sean míos, quiero que sigan latiendo por sí mismos, no quiero existir como una mera sombra en el cuerpo de otra persona, ni en el recuerdo de otra persona.

Levanto las manos y la aparto, la empujo con fuerza. Ella da un traspié y está a punto de caer hacia atrás. Parece una niña asustada, un polluelo de pájaro al que arrojan del nido sin previo aviso. En mis ojos, no encuentra nada. Estoy vacía. Finalmente, da media vuelta y rebusca entre sus bolsas. Prepara la mesa. Botellas de zumo. Revistas. Todas llenas de imágenes, de indiscretas fotos de paparazzi. Sabe que no tengo fuerzas para leer. Una bolsa de Werther's Original que deposita en una taza de plástico. Me recuerdan mi infancia, tan lejana en el tiempo y el espacio. Y entonces coge un conejito blanco de suaves orejas.

—He pensado..., no sé si lo quieres.

Lo estrecho entre los brazos y lo acaricio mientras ella coge un jarrón y lo llena de agua en el pequeño lavabo. Coloca las flores, uno de esos ramos que pronto se marchitarán. La clase de flores que venden en la tienda de artículos de regalo de un hospital. Quiero decirle que se están muriendo, igual que yo. Pero me contengo, trato de contenerme al menos un poco. Ella se sienta en un taburete, junto a la cama.

—Bueno —dice—. Bueno, me tengo que ir. Tengo que ir a trabajar.

Me coge de nuevo la mano y la dejo inerte entre las suyas.

—¿Cuándo volverás?

—Volveré mañana, mamá, pero te llamaré esta noche.

Mañana. Miro el reloj: son las 11:27 de la mañana. Cuento las horas que tengo que estar sola en esta habitación de hospital, despierta. Quiero pedirle que se quede, pero cómo hacerlo. Dice que tiene que irse, no quiere quedarse. Me noto un nudo en la garganta. Nadie quiere quedarse. La miro.

—Esas flores tan feas no tardarán en morir —le digo—. Igual que yo. Ya te las puedes llevar.

Da un respingo, como si la hubiera abofeteado en plena cara. Baja la vista al suelo. Pasan unos segundos, puede que un minuto. Todo está en silencio.

—Bueno, vete —digo al fin.

Y le doy la espalda. Ella me apoya una mano en el hombro. Y luego se va.

Mi madre aún no sabe que me estoy muriendo. No se lo he dicho, y he prohibido a todo el mundo que se lo diga. ¿Por qué debería atormentarla esa idea? ¿Por qué debería perder a otra hija? Otra pérdida. Es lo que a veces quiero decirles a todos los que nos acusan de venir aquí a robarles, a quedarnos con algo que no nos pertenece. Me dan ganas de decirles: ¿creéis que he ganado? ¿Creéis que he ganado más de lo que he perdido? Y vosotros..., ¿creéis que habéis perdido más de lo que yo he ganado? ¿Creéis que vuestra pérdida es mayor que mi ganancia?

El día que nací, fui una decepción. Era la sexta hija en una familia sin varones. No era lo que mis padres esperaban. Pero tampoco fui la mayor de las decepciones. Cuando Noora nació, seis años más tarde, el desánimo se apoderó de nosotros. No sé muy bien para qué querían hijos varones. En las familias más conservadoras, un varón significaba el sostén de la familia. Las hijas solo significaban gastos. Pero ese no era nuestro caso. Cuando yo nací, Maryam tenía casi veinte años y era maestra. Viajaba por las provincias, a los pueblos en los que faltaban maestras. Era independiente y ganaba dinero. Dinero que traía a casa.

Mis hermanas mayores no tardaron en encontrar trabajo, como maestras o ayudantes de investigación. Su dinero era nuestro dinero y vivíamos en nuestro capullo de orgullo y feminidad. Mi madre traía a sus clientas a casa. Les cortaba el pelo y se lo teñía. Les depilaba la cara con hilo. Yo aprendí a hacerlo a muy temprana edad y la ayudaba. Las mujeres se tendían en un colchón y yo me inclinaba sobre ellas con la espalda encorvada y el hilo entre mis dedos regordetes. No me gusta contar estas cosas aquí, en Suecia, porque va en contra de la forma que tienen aquí de ver la vida. Mis pobres hermanas, que trabajaban y tenían que entregarle el dinero a nuestra madre. Noora y yo, que barríamos pelo, depilábamos cejas y trabajábamos para la familia. Ellas no tuvieron una autonomía real, ni nosotras una infancia real, me dirían. Pero yo creo que nuestra vida era maravillosa. Mis hermanas... cuánta libertad tenían. Y yo, rodeada de mujeres, de la promesa de feminidad e independencia. Todo al mismo tiempo.

De joven, yo era una persona con un gran potencial. Era inteligente. Ambiciosa. Trabajadora. Palabras que, podría pensarse, significan algo. Llevan a algo.

Entré en la facultad de medicina. Es difícil imaginar lo importante que era ese logro. Era como un sueño. El sueño. Mi madre, mis hermanas... Estaban tan emocionadas que lloraron y lloraron durante días, después de que se publicara en el periódico la lista de admitidos.

Hacia finales de verano, mis hermanas invitaron a nuestros vecinos a una fiesta para celebrarlo. A mi madre no le gustó mucho la idea, creía que no había que dar publicidad a las buenas noticias. Lo que más temía era el mal de ojo. Que alguna persona rencorosa nos mirara con envidia y que su mal de ojo estropeará nuestro mundo. Pero, de todas formas, nos ayudó con los preparativos. Éramos ocho mujeres en una cocina humeante. La madre y sus siete hijas. Dicho así, suena un poco a cuento de hadas. Y supongo que lo era.

Maryam, con la frente perlada de sudor mientras freía berenjenas y cocinaba una cazuela tras otra de carne. Mahvash, Gita, Shooohreh y Shabnam con sus minifaldas y sus melenas lisas y teñidas de rubio. Cuatro mujeres independientes y trabajadoras que parecían muñecas. Yo les cortaba el pelo y se lo peinaba al estilo de Farrah Fawcett. Aquella era la clase de mundo por el que suspirábamos. Los ángeles de Charlie y El Padrino. Fuertes y frágiles. Para salvar y ser salvadas. Cosas que, de hecho, no existen en ninguna realidad. Se sentaban en el suelo con las piernas extendidas y limpiaban las verduras, mientras mamá contemplaba aquellas piernas largas y desnudas y, al rato, las tapaba con una manta. No quería que mostráramos piel. Que nos luciéramos. No quería que fuéramos por ahí provocando.

Y luego estaba Noora, nuestro bebé, con doce años recién cumplidos. Correteaba entre nosotras, sacudiendo las trenzas y parloteando. Ay, parloteaba sin descanso.

—No entiendo por qué no podemos invitar a agha Hossein y sus hijos.

—No podemos, Noora —respondía nuestra madre.

—Pero no lo entiendo, ¿por qué? Los conocemos de toda la vida. ¿No se

ofenderán?

—No quieren venir, Noora.

—Pero ¿cómo lo sabemos? ¿Se lo hemos preguntado?

Maryam solía intervenir cuando se daban esas situaciones, cuando percibía que a nuestra madre le empezaban a flaquear las fuerzas. Aquel era siempre su papel: desviar, proteger, asumir el control.

—Noora, no quieren venir porque les da vergüenza venir.

—Pero... ¿por qué les da vergüenza?

—Porque Mustafa vino a pedir la mano de Nahid y ella le dijo que no, ¿te acuerdas? Esas cosas no son fáciles para un hombre, Noora.

—Pero eso solo demuestra que ella le gusta, es obvio que quiere venir y celebrarlo con nosotras.

—No, Noora. No es obvio.

Yo era todo lo contrario de Maryam. Brusca y dura, sin el menor interés en proteger a nadie.

—Es todo lo contrario. Es un hombre y su orgullo es lo único que tiene. ¿Crees que puede asimilar que la chica que lo rechazó triunfe? ¿Que llegue a ser doctora? ¿Sobre todo cuando nadie de su familia, ninguno de esos seis hermanos sanos y fuertes, ha ido a la universidad? La mitad de ellos ni siquiera terminaron el instituto. ¡No quieren celebrarlo con nosotras! Seguro que ahora mismo nos están llamando zorras y putas.

—¡Nahid!

Bajé la cabeza y guardé silencio. Maryam no solía hablar en ese tono.

—¡Zorras y putas! —Noora se reía, feliz, y bailoteaba por la cocina—. ¡Zorras y putas! —canturreó. Mahvash y Gita la corearon.

Noora cogió la manta que mamá les había echado por encima. Con un guiño coqueto se la puso sobre la cabeza, como si fuera un chador.

—Zorras y putas, decían de la doctora Nahid, zorras y putas es lo que somos.

Busqué la mirada de Maryam y nos echamos a reír las dos. No tardamos en levantarnos todas. Alguien había puesto un disco de vinilo y empezamos a bailar con lechugas y cuchillas de carnicero en las manos. Zorras y putas dio paso a Hayedeh, icono del pop.

Recuerdo un momento, años más tarde. Mucho después de que hubiéramos

huido. Mucho después de que Hayedeh hubiera huido. Cuando nos enteramos de la noticia de su muerte, Masood apenas se molestó en levantar la vista del periódico. Solo dijo tres palabras:

—Una puta menos.

Cuando recuerdo aquella fiesta, el sentimiento de soledad se vuelve aún más profundo. Fue una fiesta perfecta. Mi madre y mis hermanas se pasaron días enteros cocinando. Nuestro tío colgó farolillos en el jardín. Invitó también a unos músicos amigos suyos. Una cantante de voz aterciopelada, un anciano que tocaba el tombak y su hijo, que tocaba el sitar. Fueron muchos los vecinos y parientes que entraron por la verja del jardín. Silbaban y vitoreaban, entusiasmados por mi futuro. Hasta agha Hossein vino. Se detuvo junto a la puerta, con el sombrero pegado al pecho, y esperó. Cuando me acerqué a él con cautela, se aclaró la garganta.

—Felicidades —dijo, al tiempo que me ofrecía un pequeño regalo.

Me apresuré a darle un beso en la mejilla. Era como si su presencia confirmara todas mis esperanzas respecto a la vida que tenía por delante. Todo saldría bien y nada era tan malo como yo temía. Dio media vuelta y se marchó sin decir nada más, pero no importaba. Lo seguí con la mirada hasta que entró en su casa y luego corrí de nuevo hacia mis hermanas. Corrí como una niña.

Los músicos tocaron y cantaron todo lo que les pedimos; nos turnábamos para acercarnos a ellos con una mirada esperanzada y una petición para la siguiente canción. Bailamos. Creo que ninguna de nosotras llegó a comer nada. Bailamos y cantamos. No había matices ni sombras. Solo alegría. Mi madre enviaba a una hija a la facultad de medicina. Ella, el único sostén de siete chicas. Se mantenía apartada, pero finalmente Noora corrió hacia la cocina y consiguió sacarla de allí. La cogimos de los brazos, la empujamos, mientras ella se reía. Entró en el corro que habíamos formado, se echó al hombro el trapo de cocina y se puso a bailar. Bailó y cantó y, cuando la canción terminó, se acercó a mí y me cogió la cara con aquellas manos ásperas, huesudas y callosas después de tantos años trabajando en la peluquería. Me besó en la frente. Un beso largo y firme. Noora silbó y yo cerré los ojos para ocultar las lágrimas. Luego mi madre se alejó y se quedó dentro durante el resto de la fiesta, pero daba igual. Yo sabía que le había regalado algo que importaba.

Aquella noche, él estaba allí. Nunca lo habíamos visto. Lo trajo la familia Soltani. Acababa de trasladarse a la ciudad para estudiar en la universidad.

Los Soltani pensaron que era buena idea traerlo, que conocería a otros estudiantes. Al principio, no me fijé en él, lo único que vi fue que Noora hablaba con alguien durante mucho rato. Alguien que se reía de sus chistes, que escuchaba sus disparatadas ideas y observaciones. Más tarde, cuando me senté en la escalera junto a mis zapatos de plataforma para frotarme los pies doloridos, Noora lo trajo. Solo entonces lo vi.

—¡Nahid, Nahid, este es Masood! Va a estudiar agricultura. ¡Su padre es granjero! ¿Qué era lo que criaba? Ah, sí, gusanos. ¡Gusanos de seda! Producen hilo de seda que luego sirve para hacer alfombras... ¡Es un trabajo muy importante! El orgullo de Irán. ¡Imagínate!

Masood se echó a reír. Una risa cálida y alegre. No una risa afectada, ni formada en la boca, sino una risa de verdad, de las que surgen de lo más profundo del estómago.

—Para mi padre es muy importante, pero tampoco es que sea el orgullo de Irán. De hecho, ni siquiera sé si nos queda orgullo.

Esas palabras me obligaron a levantar la vista. La mirada de sus ojos me pareció invitadora y desafiante a la vez.

—Pensaba que nosotras éramos el orgullo de Irán. Las hermosas mujeres de este país.

Pronuncié aquellas palabras como si para mí fuera natural decir cosas de ese tipo. Coquetear. No lo era, nunca antes lo había hecho. Recuerdo que deseé que Noora no se riera de mí, deseé que me dejara salirme con la mía.

Él se sentó en la escalera, a mi lado. Sonrió dejando los dientes a la vista.

—No sois nuestro orgullo, sois nuestro corazón.

Noora silbó.

—Donjuán. Atención, donjuán a la vista.

Luego se marchó corriendo y nosotros nos quedamos allí sentados. No tenía ni idea de que yo tuviera tantas cosas que decir, tantas ideas en la cabeza. Pero Masood parecía saberlo exactamente.

Masood y yo hablamos. Hablamos mientras dejaba de sonar la música y se apagaban los farolillos. Hablamos mientras vecinos y amigos venían a despedirse con un beso en la mejilla y me felicitaban una vez más. Nos quedamos allí sentados en los escalones y hablamos durante toda aquella primera noche. Maryam nos observaba de vez en cuando entre las cortinas, vigilándonos.

Masood tenía un montón de ideas, las más radicales que yo había escuchado hasta entonces. Ideas acerca de derribar las arcaicas estructuras que nos atrapaban en nuestro destino. Habló de las personas y del derecho de las personas a ganarse el pan. Habló de la justicia como si fuera una fiesta, como si nuestra tarea fuera organizarla. Enviar las invitaciones. Cuando salió el sol, reclinó el cuerpo y se apoyó en los brazos con los ojos cerrados. El pelo rubio se le rizaba en la frente y resplandecía como el oro bajo la luz matutina. Lo miré, sin sentirme en absoluto cansada. Recuerdo muy bien aquella sensación: la sensación de haber estado despierta toda la noche, de haber bailado hasta que me dolían los pies, de haber cantado y hablado hasta que me dolía la garganta y, sin embargo, no sentirme satisfecha. Al contrario, quería más. Tenía hambre de más.

Creo que en eso consiste la vida. En estar hambriento. Intento pensar en algo por lo que ahora valga la pena quedarme despierta toda la noche. No se me ocurre nada, ni una triste idea. Quizá es que me siento llena, me digo. Y quizá por eso me ha elegido el cáncer.

Masood volvió unas cuantas noches más tarde. Yo estaba sentada en el suelo de la cocina, en el sitio que antiguamente ocupaba papá, cosiendo el dobladillo de mis faldas con la máquina de coser de mamá. A mi lado, la radio emitía música a todo volumen y yo seguía el ritmo con el cuerpo. Aún conservaba intactas las sensaciones de la fiesta. No faltaban muchos días para que empezaran las clases en la universidad y yo tenía toda mi fe depositada en aquel lugar. En lo que podía ocurrir cuando las mentes pensantes se reunían. En mi ingenuidad, creía que el largo de mi falda era un asunto primordial, una de las primeras cosas en las que debía pensar. Tenía que llevar faldas más cortas. Tenía que ser una mujer libre con piernas libres.

De repente, Noora entró corriendo y se dejó caer al suelo, junto a mí. Los ojos le centelleaban tras el grueso cristal de las gafas y llevaba en la mano un gran ramo de flores.

—¡Está aquí, ha vuelto! ¡Ha venido a verte, Nahid!

Le hice un gesto para que bajara el volumen de la radio.

—¿Quién, Noora, quién está aquí?

—¿Quién? ¿Cómo que quién? Como si no te pasaras el día pensando en él. Pues Masood, claro. Ha vuelto. Se ha enamorado de ti, Nahid, estoy segura. ¿Te lo puedes creer? ¡Alguien se ha enamorado de ti! ¡Doctora y afortunada en el amor! ¿Qué se siente, Nahid?

La abracé, riendo, y le di un beso en la frente.

—Te quiero, pequeñaja, ¿lo sabías? Tú sí que eres afortunada en el amor.

Se soltó. Siempre con tantas prisas.

—Te está esperando, Nahid. Está fuera, esperando, no quiere entrar para no molestar. ¡Pero las flores son para mí! No son para ti. Me las ha regalado porque yo os presenté.

Enterró la cara en el ramo y aspiró el perfume.

—¡Huelen como el amor!

Me puse en pie y me dirigí hacia él.

El primer día me presenté con mi falda supercorta y la melena peinada en ondas que me caían sobre los hombros. La blusa que llevaba, de suave seda con un lazo en el pecho, era de Gita. Debo de tener una foto en alguna parte. De mi madre y yo junto a la verja, una al lado de la otra, poco antes de entrar. Era una cabeza más baja que yo y lucía una amplia sonrisa. Sus sonrisas eran poco frecuentes. Yo tengo una expresión pícaro e infantil en el rostro. Noora debía de estar detrás de la cámara.

Sé que aquel día, en aquel momento, me sentía orgullosa. Orgullosa y feliz. Tendría que haberme sentido satisfecha de lo que tenía, no haber deseado más. Pero lo hice.

Los grupitos quedaron claros desde el primer día. La gente se reunía en corrillos; muchos hablaban en voz baja, pero otros ya lanzaban sus eslóganes. Se les oía de vez en cuando, como los primeros granos de maíz que explotan y se convierten en palomitas. Uno aquí, otro allá. No todo el rato, pero sí con decisión. Con la promesa de que habría más. Caminé con las carpetas pegadas al pecho, mientras mis tacones de madera repiqueteaban en el suelo de mosaico, bajo mis pies. Ya no me sentía tan bien. Ya no me sentía tan libre. Las chicas de aquellos corrillos vestían como chicos. Llevaban pantalones acampanados y camisas abrochadas; el rostro sin maquillaje, el pelo recogido en trenzas. Se movían sin trabas, sin esfuerzo. Se las veía radiantes. Como si desearan algo tan importante que la grandiosidad de la idea misma las iluminara a ellas.

Debía reunirme con Masood en la cafetería y yo lo vi a él antes de que él me viera a mí. Estaba apoyado en la pared con un cigarrillo entre los labios, gesticulando vigorosamente. Lo rodeaban varios estudiantes. Uno de aquellos corrillos. Me quedé inmóvil, invadida de repente por una profunda vergüenza. Avergonzada de mis piernas desnudas y de toda la energía que había dedicado a vestirme para la libertad. ¿Qué sabía yo de ser libre? Estuve a punto de dar media vuelta para marcharme, pero él me vio. Cruzamos una mirada y él se interrumpió a mitad de una frase. No sé cómo explicar estas cosas. Si lo pienso ahora, me da rabia mi propia ingenuidad. Pero en aquel momento... Se

iluminó cuando me vio. Como si lo iluminara la vida misma. Una expresión de alegría y admiración le centelleó en el rostro. Y cuanto más me miraba él, más disminuía mi inseguridad. Daba igual la ropa que yo llevara o las dudas que tuviera. Me di cuenta de que él veía quién era yo en realidad. Que veía lo que yo quería. Y de que me ayudaría a conseguirlo. Tuve la sensación de que él deseaba mi libertad y mi fuerza, de que tal vez incluso las deseaba más que yo misma.

Era una noche cálida, unas semanas después. Me había quedado hasta tarde en la biblioteca, con mis libros. Después de las clases, solía volver corriendo a casa para ayudar a mi madre, pero en la universidad me estaba sucediendo algo. Creo que había empezado a pensar que era una persona dentro y fuera de mí misma. Que existía más allá de mi relación con los demás. Era una idea completamente nueva y duró menos que un caramelo en la puerta de un colegio.

No cogí el autobús para volver a casa, sino que decidí volver dando un paseo por la ciudad. Contemplando a los jóvenes enamorados. Una pareja que se susurraba al oído en un banco del parque. Otra pareja que discutía acaloradamente delante de un puesto de helados. No era para mí, nunca había sido para mí. No quería ser la esposa de nadie. No quería dedicar mi vida a cuidar de los demás. No quería llegar a ser como mi madre. Lo último que quería era llegar a ser como mi madre. Pero no podía dejar de pensar en el amor. Ni en Masood. Quería estar con él, pero no pertenecerle. Y las cosas no funcionan así, nunca han funcionado así.

Cuando finalmente abrí la verja, las luces ya estaban apagadas. Pensé que Noora y mi madre estaban durmiendo. Pero después de cruzar el pequeño patio y abrir la puerta de casa, oí una voz que cantaba en la cocina. Debe de ser la radio, pensé, mientras colgaba mi chaqueta y dejaba los libros en el recibidor. Pero la voz me recordaba a alguien y también oí algo más. El agua de un grifo abierto. Me acerqué de puntillas a la cocina y lo primero que vi fue a mi madre. Estaba sentada en su sitio de costumbre, con los ojos cerrados y una taza de té entre las manos. Se mecía suavemente hacia delante y hacia atrás, al ritmo de la canción. Entré y me sorprendí al ver la espalda de Masood. Estaba ante el fregadero, con las mangas subidas, y lavaba delicadamente los platos mientras cantaba.

No habían reparado en mi presencia y yo no quería interrumpir su tranquilidad, así que los dejé. Los dejé allí y me fui a la cama. Miré a Noora, que dormía profundamente en la cama de al lado, escuché el dulce canto que me llegaba desde la cocina y recuerdo que se me llenaron los ojos de

lágrimas. La presencia de Masood me ofrecía una sensación de seguridad que nunca antes había experimentado.

Un viernes por la mañana, al amanecer, Masood llamó suavemente a nuestra puerta. Corrí hacia él. Yo había relegado faldas y blusas al fondo de mi armario. Llevaba pantalones acampanados, zapatos cómodos y una de las camisas de cuadros del uniforme escolar de Noora. No llevaba maquillaje y me estremecí un poco cuando él me abrazó. Me sentía desnuda y expuesta, mucho más descubierta que cuando me ponía faldas cortas. Pero eso cambiaría. Pronto ya no me vería a mí misma como un simple rostro, sino como un montón de ideas y pensamientos, que me protegían mucho mejor que el maquillaje.

Nos dirigíamos a las montañas para reunirnos con los demás. Las personas con las que estaba Masood el primer día se habían convertido en nuestro grupo. Teníamos que evitar a la policía y a los soldados, así que las orgullosas montañas nos ofrecían cobijo.

Salimos de la ciudad en el coche de Masood, pero aparcamos a una distancia segura del pie de las montañas. Y luego subimos andando. Acumulando fuerzas y energías. Resistencia. Era mágico. El sol brillaba sobre el horizonte. El aire era limpio y aún un poco frío. La adrenalina nos corría por el cuerpo. Pies que pisaban con fuerza, que nos conducían sin vacilar hacia delante. Aquel sonido tan especial de los pies... Pies que caminan, pies que corren, pies que luchan.

A medida que nos acercábamos al punto de reunión, Masood empezó a emitir sonidos con la boca. Un tono para indicar que estábamos allí. Otro para indicar que nadie nos había seguido. Y entonces llegó la respuesta. El sonido que indicaba que el camino estaba despejado.

Nos estaban esperando. Saber, Rozbeh, Ali y Soraya. Eso fue antes de que adoptáramos otros nombres, antes de que empezáramos a vivir ocultos en la clandestinidad. Lo de entonces era muy distinto a lo que fue después. Nos saludamos con besos en la mejilla, hablando entusiasmadamente. Ali sirvió el té y Saber, nuestro líder, empezó la reunión. Se inclinaba hacia delante, con un pie apoyado en una roca y los brazos descansando en el muslo. Aquella imagen me producía un cosquilleo en el estómago. Saber tenía las mangas

subidas, vestía un chaleco fino y unos robustos zapatos. Tras él, se alzaba una cascada de picos montañosos. La luz del sol los hacía parecer amarillos y les daba un aspecto imponente. Creo que en cierto modo nos veíamos a nosotros mismos como parte de aquellas montañas. Nos creíamos igual de poderosos. Igual de firmes. Inmortales. Un pueblo de piedra.

Cuando terminamos de hablar de política, Rozbeh cogió su sitar y empezó a tocar. Desde donde estábamos sentados veíamos a otros grupos, cientos de personas. Nos llegaba música desde diversos puntos. Armónica, canciones. Masood silbaba y Soraya cantaba. «El invierno ha terminado, florece la primavera». Tras la primera estrofa, me uní a ellos. «La roja flor del sol ha vuelto, y la noche ha terminado». Estábamos allí sentados, con nuestras botas, boinas, trenzas y rostros desnudos. «En nuestro pecho lucían bosques de estrellas».

Así es como empezó para nosotros.

La revolución nos cayó encima como una lluvia de estrellas. No sé cuándo nos dimos cuenta de que formábamos parte de una revolución. De que éramos revolucionarios. Queríamos serlo, claro. Pero todo había empezado como un sueño infantil. Niños que soñaban con ser astronautas, estrellas de cine o presidentes.

Cuando conocimos a Saber, él estaba a punto de terminar la carrera de ingeniería. Era como un león. Muy atractivo, muy grande, muy fuerte. Cuando caminaba delante de nosotros, su fuerza se apreciaba en el movimiento de los músculos de su espalda. Todos, hombres y mujeres, estaban enamorados de él. No es habitual conocer a muchas personas así en la vida y supongo que me alegro de haber tenido la oportunidad. Pero, aun así, desearía no haberlo visto nunca. No haber conocido a Masood. Desearía que jamás hubiera venido a nuestra casa. Desearía haber seguido paseándome por el campus en minifalda, haber vivido la vida tal y como era.

Ahora creo que éramos idiotas. Lo teníamos todo. Teníamos todo lo que se puede desear. Éramos las personas más afortunadas de nuestro país. En muchos sentidos, teníamos más que los verdaderos ricos. Teníamos un futuro que construir con nuestras propias manos. Saber, por ejemplo. Tendría que haberse contentado con llegar a ser un tipo trajeado, con esposa guapa, casa, hijos, coches y whisky. Pero no. Construíamos principios. Queríamos la auténtica libertad. La queríamos para nosotros mismos, sí, pero sobre todo la queríamos para los demás. Y eso era lo atractivo, eso era lo hermoso. Cargar con el peso de la justicia sobre nuestros hombros. Ser soldados de la justicia.

¡Creíamos que estaba en nuestras manos! Que era algo que podíamos representar. Críos ingenuos y estúpidos... Pero es lo mejor que he hecho en mi vida. A veces pienso que ojalá aquella hubiera sido mi vida. Lo que vino después... eso preferiría no haberlo vivido.

Aquel día, Noora y yo nos levantamos sigilosamente mucho antes de que saliera el sol. Nos vestimos, entusiasmadas y nerviosas. Mamá no nos oyó. Recuerdo haber pensado durante un segundo que tendríamos que despertarla. Que tendría que decirle que Noora nos acompañaba en esta ocasión. Pero no lo hice; temía que protestara y que Noora se llevara una decepción. Dejé dormir a mamá y Noora y yo fuimos a reunirnos con Masood, que nos esperaba en el patio.

Si vuelvo ahora la vista atrás, sé que eso ocurrió unos cuantos años más tarde, pero tengo la sensación de que forma parte de un único movimiento. El traspaso de poder ya se había realizado y no estábamos satisfechos. Se habían cerrado las universidades para silenciar a las personas como nosotros. Pero seguimos adelante. Con nuestras reuniones y nuestras manifestaciones.

No sé por qué permitimos que nos acompañara. Sigo sin entenderlo. Ella se moría de ganas, llevaba mucho tiempo dándonos la paliza. Nuestro mundo le parecía fascinante. Lo que veía entre nosotros, el ir y venir de nuestros camaradas, los susurros y las risas.

—La lucha es tan mía como tuya —me dijo una vez.

Masood se echó a reír. No podíamos no darle la razón. Nuestra pequeña y adorable Noora. Una guerrera de solo catorce años.

La cogimos de la mano y echamos a andar en la oscuridad. Nos reunimos con el resto del grupo bajo el puente. Saber asintió al ver a Noora. Un gesto silencioso que la hizo crecer varios centímetros. Luego nos indicó que lo siguiéramos y obedecimos. Al llegar a una puerta desconocida se detuvo y nos indicó a Masood y a mí que entráramos con él. Los demás se quedaron fuera, vigilando. Bajamos a un oscuro sótano. Tardé unos segundos en acostumbrarme a la oscuridad y recuerdo haber buscado la mano de Masood. Nos cogimos con fuerza. Una mujer que estaba junto a una imprenta aún caliente se puso en pie y se nos acercó. Sin decir una palabra, le entregó a Saber una bolsa de lona llena a rebosar.

Ya en la calle, nos repartimos los panfletos recién impresos y Saber nos indicó una ruta a cada uno. Para entonces, nos creíamos experimentados. Lo

habíamos hecho muchas veces, habíamos recorrido la ciudad en muchas ocasiones deslizando folletos bajo las puertas. Difundíamos nuestro mensaje. Animábamos y despertábamos al pueblo. Todos los folletos decían más o menos lo mismo, aunque dedicábamos mucho tiempo y esfuerzo a redactarlos.

Resistencia.

Lucha.

Justicia.

Igualdad.

Libertad.

Saber le había dado un montón a Noora, pero a mí me parecía arriesgado que fuera sola.

—¡Dámelos!

Noora protestó.

—¡Nahid! Quiero hacerlo, Nahid. Esos son míos.

—Puedes venir conmigo. Tendrás que conformarte con eso.

Le quité los panfletos y nos miramos fijamente. Me observó como si acabara de robarle algo. Una experiencia. Una noche en el cine o un par de zapatos nuevos.

—¡Noora, hablo en serio! Vienes conmigo.

Noora intentó recuperar los folletos, pero Masood se interpuso. Le apoyó las manos en los hombros y le dedicó la mirada paternal que ella tanto necesitaba.

—Te queremos demasiado, Noora —le dijo.

Ella dejó caer los brazos a los lados. Se rindió.

Masood me sonrió, y Noora y yo nos alejamos. Si pillaban a alguien con aquellos panfletos, lo ejecutaban. Lo sabíamos, y eso no nos detenía. Pero Noora... No podíamos exponerla a algo así.

Noora caminó unos pasos por detrás de mí durante toda la madrugada. Que estuviera allí me infundía ánimos. Me enorgullecía que fuera tan valiente. A veces se le olvidaba lo que estaba haciendo. Se ponía a saltar o a tararear alguna canción y yo no podía evitar echarme a reír. Pero básicamente, nos movíamos con sigilo. Nos agachábamos y maldecíamos cuando veíamos acercarse a alguien. Nos escondíamos en las callejuelas. A Noora le centelleaban los ojos, le gustaba aquello. Y yo lo entendía: era divertido, era

emocionante. Daba miedo, pero la clase de miedo que da una casa encantada. Y nos teníamos la una a la otra.

Cuando terminamos de repartir nuestro montón, nos reunimos con Masood y con Rozbeh. El sol empezaba a asomar por encima de los tejados y nosotros caminábamos juntos por las calles. Íbamos por el centro de la calle, como si fuéramos intocables. Como si fuéramos inmortales. El sol subía y nos iluminaba en silencio. Nos vigilaba.

—Esto es la libertad —dijo Noora.

Lo dijo en un tono solemne y yo noté en mi interior el cosquilleo de la vida misma. Masood se quitó la boina y se la puso a Noora. Se echó a reír, le pasó un brazo por los hombros y la estrechó contra su cuerpo.

Noora tenía catorce años. Yo veinte. Me pregunto qué cosas hacen juntas las hermanas a esas edades. De qué hablan. Tengo la mente en blanco, no lo sé. Sé lo que yo hacía con mi hermana y sé que era maravilloso. Era como un sueño. Sigue viviendo dentro de mí como un sueño.

Caminamos juntos hacia la universidad, donde supuestamente debía celebrarse una manifestación. Cuando Noora comprendió que la dejábamos acompañarnos, corrió hacia mí por detrás y se me subió a la espalda de un salto.

—¡Zendegi, jonami jan! ¡Vivir!

Nos reímos juntas. Ella y yo, y los demás de su entusiasmo infantil.

Cuando pienso en aquel día, me pregunto por qué nadie estaba preocupado. Por qué nadie tenía miedo. Por qué nadie huyó en dirección contraria. Nadie se fue a casa. Nadie se escondió.

Delante de la universidad, se habían concentrado más de mil personas, puede que varios miles. Nos adentramos en la multitud y nos dejamos arrastrar, Masood, Rozbeh, Noora y yo. Nos cogimos de las manos y empezamos a movernos como una cadena. Era importante. Era importante disolver el grupo y extenderlo para que no todo el mundo estuviera expuesto al mismo peligro en el mismo momento. Y era importante que permaneciéramos juntos. Cogidos de las manos, gritábamos nuestros eslóganes. El sol calentaba con fuerza y miré a Noora varias veces. Me pregunté si le daba miedo aquella multitud. Me pregunté si podría soportarlo, si me pediría que volviéramos a casa. No lo hizo. Gritó como si la lucha fuera suya, su lucha personal. Tenía catorce años.

Me cuesta distinguir un instante del siguiente. El movimiento era, en cierto modo, como un trance. No sé cuánto tiempo estuvimos allí pero, de pronto, la marcha se detuvo y oímos gritos por delante de nosotros. Gritos y detonaciones. Masood intentó subirse a los hombros de Rozbeh para ver qué ocurría, pero justo entonces la multitud dio la vuelta. La gente, aterrorizada, empezó a correr en nuestra dirección. En los rostros ya no se veía entusiasmo. Masood y Rozbeh cayeron al suelo, y yo tiré de Noora para dirigirme hacia ellos. No sé cómo pudimos encontrarlos y ayudarlos a ponerse de nuevo en pie, pero lo conseguimos. Y luego echamos a correr, cogidos aún de las manos. Masood intentaba encontrar una salida, pero había demasiada gente. Lo único que podíamos hacer era dejarnos llevar por la multitud. Entonces se oyó

una detonación por delante y, durante un segundo, todo el mundo se quedó inmóvil. Fue el segundo que tardamos en darnos cuenta de que los policías estaban embistiendo a la multitud con sus motocicletas y sus armas. Estaban por todas partes.

Los manifestantes ya no seguían una única dirección, ya no había unidad. Aquel mar de seres humanos se movía como un remolino. Todo el mundo buscaba un hueco, una salida. Tardé un poco en entenderlo. En comprender que la situación había empeorado de forma irrevocable. Y que aún empeoraría más. Pero entonces miré a Masood y vi en sus ojos un terror que jamás había imaginado. Estaban disparando a matar. Me volví hacia Noora. Ella me miró a través de sus grandes gafas redondas, sonriendo, perpleja. Seguramente pensaba que las manifestaciones eran siempre así. Y se preguntaba qué íbamos a hacer a continuación.Cuál era el siguiente paso. Le sonreí y asentí, para que se tranquilizara.

Todo sucedió en un único movimiento. Sé que no llegamos a estar quietos en ningún momento, pero el recuerdo de aquel instante es tan vívido, lo tengo tan grabado en las retinas, en la mente y en el corazón, que es como si todo se hubiera detenido de repente. Como si estuviéramos en un escenario y los focos nos iluminaran directamente, como si fuéramos el centro del universo. Miré a Noora y asentí. Oí un disparo que me hizo saltar. Había sonado muy cerca. Peor aún, era como si algo me hubiese pasado muy cerca. Me volví hacia Masood, tan rápido que las trenzas me golpearon en la cara. Y entonces noté un tirón, una especie de peso inexplicable en la mano. Miré hacia abajo. Era Rozbeh. Estaba cayendo. Se golpeó las rodillas contra el suelo. Me miró, con el rostro contraído. Aflojó la presión en mi mano y se desplomó de bruces. Al principio no lo entendí, no entendí que nos había ocurrido algo. La multitud era muy numerosa. Y éramos tan jóvenes... ¿Por qué iba a ocurrirnos algo? Me incliné para cogerle de nuevo la mano, para ayudarlo a ponerse en pie. Pero entonces Masood se dejó caer también de rodillas. Se abalanzó sobre Rozbeh, lo cogió por el pecho y lo abrazó. Y entonces lo vi. La sangre que se abría como una flor en la camiseta blanca de Rozbeh. Una rosa roja en su pecho. Masood volvió el rostro hacia el cielo. Tenía los ojos cerrados y rugió. Creo que me quedé allí un instante, mirando. Luego me quité el pañuelo y taponé la herida con él. Pero seguía saliendo sangre, formaba un círculo cada vez más amplio. Grité pidiendo ayuda, pero allí nadie podía ofrecernos ayuda.

Y, entonces, Rozbeh se marchó. Me estaba mirando a los ojos con una expresión de dolor en el rostro y, un segundo más tarde, ya no estaba allí.

—Nos lo llevaremos de aquí —dijo Masood—. ¡Levántalo! Rozbeh, dadash, estamos aquí. Estamos aquí, Rozbeh.

Masood trató de levantarlo, de cargárselo al hombro, pero la multitud lo empujó y perdió el equilibrio. Cayó al suelo, bajo el cuerpo de Rozbeh, y se quedaron allí los dos, entre todos aquellos pies que corrían de un lado a otro.

—Está muerto. Masood, Masood, ¿me oyes? Está muerto.

Negó con la cabeza. Siguió taponando el agujero de bala. Siguió hablando, tratando de consolar a aquel cuerpo sin vida. Finalmente, lo estrechó entre sus brazos. Se quedó allí, en mitad del caos, abrazando a Rozbeh y gritando su nombre.

Fue entonces cuando me di cuenta de que Noora ya no estaba con nosotros. Le había soltado la mano. Estábamos rodeados de gente por todas partes y se había formado una densa nube de humo encima de nosotros. Noora ya no estaba. Yo también empecé a gritar.

Gritamos sus nombres. Rozbeh. Noora. Los nombres de los nuestros, de nuestra gente. Apenas se oían nuestras voces, pero nos quedamos allí, gritando a pleno pulmón aquellos nombres, mientras la gente corría y tropezaba con nosotros y los disparos resonaban entre nuestros gritos.

Fue un minuto. No duró más de un minuto. Pero a mí me parece una eternidad, me parece toda mi vida.

* * *

Masood tardó un poco en oírme, en comprender que habíamos perdido a Noora. Pero entonces me miró y se puso en pie de un salto. Dejamos a Rozbeh, lo dejamos entre los cuerpos y los disparos de rifle. No sabíamos hacia dónde ir, no sabíamos dónde podía haber ido Noora. Finalmente, echamos a correr sin más. Corríamos y gritábamos su nombre. Corrimos y corrimos, y yo creía que Masood estaba detrás de mí. Me parecía escuchar sus gritos. Me parecía sentir la presencia de su cuerpo junto al mío. Así que me metí en un callejón, pensando que me seguiría. Oí pasos a mi espalda y supuse que eran los suyos. Pensé que estábamos a salvo. Que podríamos hablar acerca de lo que debíamos hacer, de cómo encontrar a Noora. Pero cuando me di la vuelta, me

encontré con otra persona. Era un hombre vestido de negro, con una porra en la mano. Nos quedamos allí los dos, cara a cara. No era mayor que yo. Éramos dos críos, mirándonos fijamente. Y entonces comprendí que era uno de ellos, uno de los que habían matado a Rozbeh. Las ideas empezaron a rebotar como pelotas de ping-pong dentro de mi cabeza. ¿Debía darle una patada, correr, saltar, hacer todo lo posible para escapar de allí? ¿O debía sonreír y hacerme la inocente? Decirle que iba de camino a mi casa y que sin saber cómo me había encontrado en mitad de aquel caos, que mi madre se preocuparía si no volvía pronto a casa. Pero entonces apareció una sonrisa en el rostro de aquel hombre y me asusté. Comprendí que estábamos solos en aquel callejón, que podía hacerme lo que quisiera. Que nadie podía protegerme de él. Creo que esa idea se impuso. Miedo a la muerte, en cierto sentido. Que aquel hombre me violara era peor que morir. Tengo que huir de él, fue lo único que pensé. Tengo que huir de él y volver a la calle. No quería quedarme allí, oculta, violada, humillada. Apreté los puños y doblé las rodillas. Noté el grito que me subía desde las entrañas y me lancé hacia él. Como cuando un personaje en las películas de Bruce Lee echa a correr y se abalanza sobre su oponente. No sé cómo ocurrió, pero de golpe me encontré de nuevo en la calle y me metí entre la multitud. Intenté abrirme paso, pero había mucho humo y apenas veía. Había demasiada gente. De repente, me sentía muy cansada. El hombre me alcanzó, me agarró por detrás. ¡Grité! Grité llamando a Noora y grité llamando a Masood.

—Tengo que encontrar a mi hermana. Por favor, por favor. Es una niña.

El hombre levantó una mano y me dio con el revés. El dolor físico. No estaba preparada. Lo recuerdo con claridad, recuerdo lo mucho que me sorprendió. Ni siquiera el disparo que le había destrozado el pecho a Rozbeh me había preparado. Mis ganas de luchar se evaporaron y guardé silencio. Era evidente que me iban a arrestar. Podían arrestarme, torturarme y matarme si querían. Mientras no me violaran... No quería que me violaran, antes prefería morir. Prefería morir a tener que entregarme a ellos a la fuerza. Violarme sería como inyectarme el mal, un mal con el que tendría que cargar durante toda la vida. Un mal que viviría siempre al acecho dentro de mí.

* * *

Me arrastró por el suelo. La grava se me clavaba en la espalda y cerré los ojos. No quería ver. No quería tratar de adivinar. Habría ido con él de forma voluntaria si me hubiera dado la oportunidad. Pero le gustaba obligarme. Entonces me cogió por la cintura y me arrojó al interior de un camión que esperaba. Estaba oscuro como boca de lobo. Había cuerpos por todas partes. Personas que gemían y gritaban. Seguí con los ojos cerrados. Seguí con los ojos cerrados hasta que las puertas volvieron a abrirse y empezaron a sacarnos a rastras. Detrás de mí, un chico gritó con voz aguda:

—¡Nos van a disparar! ¡Cantemos, camaradas, unamos nuestras voces en una canción!

Me volví para decirle que se callara, pero él me sonrió. Sonrió como si todo fuera bien. Los hombres de negro me apartaron de un empujón y lo cogieron. Los demás nos limitamos a mirar. No dijimos nada. No cantamos con él. Solo miramos. Lo arrastraron por el suelo y se lo llevaron hacia una pared. Una mujer mayor me cogió del brazo y me clavó las uñas con fuerza en la piel. Cerré de nuevo los ojos. Lo oímos. Oímos cantar a aquel hombre. Y entonces un disparo resonó en el aire y todo quedó en silencio. El silencio más cruel que he escuchado en toda mi vida.

* * *

Aquel día detuvieron a muchas personas. Si se piensa bien, si alguien se toma la molestia de pensarlo bien, es tan surrealista... Tantos cuerpos. Me acordé de aquel día cuando Göran Persson habló de una montaña de carne, y me pregunté si de verdad había visto alguna vez una montaña de carne, una montaña de cuerpos humanos. No es que estuviéramos apilados unos sobre otros, ni que estuviéramos muertos. Por lo menos, no en mi celda, aunque sabía que no muy lejos de allí había una montaña de carne muerta. Pero éramos muchos, en un espacio muy reducido, y circulaban demasiados fluidos entre nosotros. Sangre, sudor, lágrimas, orina. Me abrí paso entre toda aquella gente. Buscaba a Noora con la mirada. «Por favor, que estemos en el mismo sitio —pensaba—. Tengo que cuidar de ella. Necesito cuidar de ella». Pero no la vi. «No está aquí. Claro que no está aquí. Está en casa con mamá. Sí, tiene que estar allí». Me dejé caer en un rincón. Allí me sentía más segura, encajonada entre dos paredes, oculta a la vista. Me quedé allí sentada durante

mucho tiempo. Poco a poco, la sala se fue vaciando, un cuerpo tras otro. Seguí con la mirada a todas y cada una de aquellas personas. Desaparecían y no volvían, ni una sola. Traté de no pensar adónde irían.

Yo fui una de las últimas a las que se llevaron. Dos hombres vestidos de negro me cogieron por los brazos. Olían mal, a sudor rancio. Yo, que siempre gritaba y discutía, guardé silencio. Contemplé sus manos en silencio. Sus manos. Grandes y callosas. Cubiertas de moretones y pequeños cortes. Manos que habían repartido cientos de latigazos. Manos que hundían cigarrillos en la piel, que rodeaban gargantas jadeantes.

Me llevaron a una sala de interrogatorios y me dejaron allí. Estaba a oscuras, excepto por la luz de una lámpara de aceite que descansaba sobre una desvencijada mesa metálica. Al otro lado de la mesa había una silla plegable. No supe qué hacer. No sabía si debía sentarme. Así que retrocedí y me pegué a la pared, al tiempo que me protegía el cuerpo con los brazos. Temblaba de pies a cabeza y deseé tener pastillas de cianuro. Masood y yo lo habíamos hablado, habíamos dicho que preferíamos tomar pastillas de cianuro y morir antes que dejar que nos torturan y asesinaran. Pero supongo que en el fondo no pensábamos que fuera a ocurrir, por lo menos no tan pronto. A mí me parecía un acto de valentía. Quitarnos la vida, para impedir que nos la quitaran otros. Creía que era lo que hacían los guerreros de verdad. Pero allí, en la sala de interrogatorios, me di cuenta de que no era valentía, sino lo contrario: era el miedo lo que despertaba en mí el deseo de quitarme la vida.

Entró un hombre delgado, vestido con un traje gris. Lucía una escasa barba que, al parecer, se estaba dejando crecer. Bajo la chaqueta llevaba un polo de color amarillo apagado. Entró solo, con un montón de papeles entre las manos, pero al verme gritó algo en dirección al pasillo y entraron otros dos hombres vestidos de negro que lo escoltaron hasta la pequeña mesa. Luego se sentó y los otros dos se quedaron de pie, tras él.

Empezó haciéndome una serie de preguntas cuya respuesta era sí o no. ¿Era musulmana? ¿Rezaba con regularidad? ¿Era marxista? ¿Apoyaba la Revolución islámica?

«¡No es mi revolución!», grité por dentro. Pero, por fuera, asentí a todas las preguntas sobre el islam y negué cada vez que el hombre mencionaba el comunismo o la lucha de clases. No vacilé. Durante nuestras reuniones, habíamos hablado sobre esa posible situación. ¿Debíamos defender nuestros

ideales incluso cuando nuestra vida estaba en juego? Entonces nos parecía obvio que sí. Todo lo demás era una traición, una traición oportunista. Pero no lo hice. Estaba demasiado asustada como para defender aquello por lo que creía estar luchando. Quería vivir. No quería morir.

Pero ellos querían información.

—¿Quién te ha dicho que salieras a la calle? —preguntó el hombre delgado.

Golpeó el papel con el bolígrafo. Anotaba todas y cada una de mis palabras.

—Nadie —respondí.

Y era cierto. Era yo quien animaba a los demás a salir. Yo era una de esas personas a las que ellos querían apartar, eliminar.

Me preguntaron con quién había estado y dudé. Ayudaría que les dijera algo. No sufriría tanto si les ofrecía algo. Así que pronuncié el nombre de Rozbeh. Supuse que no podrían arrestarlo, que no podrían quitarle la vida otra vez.

Les dije que aquella había sido la primera vez para mí. Que ni siquiera sabía de qué iba la manifestación. Que Rozbeh era mi prometido. Que me había dicho que pasaríamos solo un momento por la manifestación y que luego iríamos al cine. Que yo solo lo estaba siguiendo. Le atribuí a él toda la responsabilidad y no mencioné ningún otro nombre. Les dije que no me interesaba la política, que yo solo seguía a mi prometido.

—¿Volverás a hacerlo? —preguntó el hombre.

—No. Nunca.

Bajó de nuevo la vista hacia sus papeles. Anotó exactamente las palabras.

—Agha, yo solo quiero casarme, tener hijos y vivir mi vida. Por favor. No tengo nada que ver con lo que ha ocurrido hoy.

El hombre tarareaba mientras escribía. No me atrevía a mirar a los tipos vestidos de negro. Solo lo miraba a él. Me pregunté por qué leyes se regía. Qué leyes consultaría a la hora de decidir qué hacía conmigo.

Finalmente, empujó un pliego de papeles por encima de la mesa.

—Firma aquí.

Lo miré para intentar comprender qué quería decir; luego me incliné sobre los papeles y empecé a leer.

—¡Firma!

El que había gritado en esa ocasión era uno de los hombres vestidos de negro. Antes de firmar con mi nombre, pude leer las últimas líneas. En ellas se decía que juraba mi lealtad a la Revolución islámica.

Los hombres vestidos de negro me cogieron de nuevo por debajo de los brazos y me empujaron hacia una puerta. No era la misma puerta por la que había entrado y el corazón me dio un vuelco. Pensé que no me habían creído. Me sacaron por la otra puerta. Me incorporé y me tambaleé por el pasillo. No había ni puertas ni ventanas. Nadie. Pero oía gritos. Oía golpes. Me quedé inmóvil durante un segundo, escuchando. Por si oía la voz de Noora. Pero los sonidos me parecían indistinguibles unos de otros. Caminé por el pasillo, doblé una esquina y me encontré ante otra puerta. Una puerta muy grande.

La contemplé durante largo rato. Nos habían contado tantas historias..., ¿por qué no me había dado cuenta de que aquello era real? De que podía pasarme a mí. Me dejé caer al suelo y me rodeé las rodillas con los brazos. Traté de controlar la respiración. En mi mente se abrió paso una clara imagen de lo que había al otro lado de aquella puerta. Un patio. Hileras de personas con los ojos vendados. Hombres de negro con pistolas. Cuerpos que caían al suelo. Cuerpos que alguien se llevaba a rastras. Y más hileras de personas. Había oído contar todos los detalles. Pero algunas personas terminaban allí y, pese a todo, conseguían salir con vida. Todas aquellas historias nunca me habrían llegado si no fuera posible escapar. «¡Puedo escapar!». Eso fue lo que pensé. «Soy una de esas personas que consiguen escapar». Así que me puse en pie otra vez. Me acerqué a la puerta y la abrí, despacio. Intenté echar un vistazo, ver algo, prepararme.

Estaba oscuro como boca de lobo y hacía frío. Deduje que era de noche. No oía nada, así que salí. La puerta se cerró de golpe a mi espalda. Lo único que quedó fue oscuridad y silencio. Estaba sola. Mi primer impulso fue dar media vuelta y tratar de abrir la puerta otra vez, pero estaba cerrada con llave. Así que eché a correr. Eché a correr hacia delante, en línea recta, sin saber dónde estaba ni adónde me dirigía. Y nadie me detuvo. Me habían dejado marchar.

Caminé largo rato a campo traviesa antes de llegar a una carretera. Durante todo ese tiempo no dejé de mirar por encima del hombro. Pensaba que debía de tratarse de un error. Que sin duda vendrían a por mí. Pero no vino

nadie.

Cuando ya amanecía, pasó un camión y levanté los brazos para pedir ayuda. No estaba muy segura de que fuera lo más prudente, pero no me veía capaz de salir adelante yo sola. Me había creído capaz de salvarme de un pelotón de fusilamiento, cuando ni siquiera era capaz de soportar el frío y la desolación.

El camión me dejó en plena ciudad. En la misma plaza en la que me había separado de Masood, Noora y Rozbeh. Ni siquiera sabía si aquello había sucedido el día anterior o varios años atrás.

Quería que la plaza tuviera el mismo aspecto que antes de que todo aquello ocurriera. Quería que se alzara majestuosamente, con la estatua del sah en el centro de la rotonda y los carteles de John Wayne colgados en las paredes del cine. Quería retroceder desde la revolución hasta el último dictador, aquel viejo cabrón. O, por lo menos, quería volver atrás en el tiempo hasta un punto en el que pudiera elegir quedarme al margen de la revolución.

Cuando salté del camión recordé que me habían quitado el bolso. No llevaba ni un céntimo encima. Así que empecé a caminar otra vez. Caminé y caminé. Una caminata interminable. Mientras caminaba pensaba una y otra vez: no es fácil luchar. La lucha no es fácil. No es fácil luchar. Aquel pensamiento se repetía como un bucle en mi mente. No es fácil luchar.

* * *

Me pasé todo el camino de vuelta a casa murmurando.

—Noora ya está en casa —me decía—. Es una chica lista. Joven. Rápida. Seguro que huyó. Huyó y volvió a casa con mamá.

Asentí.

—Ahora mismo estarán sentadas en la cocina, tomando el té. Y mamá estará diciendo: «Más le vale a Nahid volver pronto a casa». Noora se ríe. Noora se ríe y dice: «Pues claro que va a volver, mamá». Sí, eso es. Masood ha salido a comprarles el pan. Me mirarán los tres cuando entre por la puerta. Me gritarán, se reirán, me abrazarán. Y luego todo habrá acabado, todo habrá acabado. No habrá pasado nada, no habrá pasado nada.

Cuando doblé la esquina de nuestra calle, lo primero que vi fue a mi madre. Estaba sentada en un taburete, delante de la verja. Se mecía hacia delante y hacia atrás, con las manos apoyadas en los muslos. Me fijé en que

alguien había dejado a sus pies una bandeja con té. Ni siquiera había tocado el vaso. Sentí tanta vergüenza al verla que quise dar media vuelta y marcharme.

A medida que me iba acercando, vi que mi madre tenía los ojos cerrados y que movía los labios. Estaba recitando un poema de Hafiz. Lo susurraba, igual que se susurra una plegaria. Le apoyé una mano en el hombro y ella abrió los ojos; me miró como si un fantasma acabara de colarse en sus sueños. Me observó durante varios segundos antes de levantarse del taburete. Se levantó tan rápido que el taburete cayó sobre la bandeja de té y los platos se rompieron en miles de fragmentos. Pero ella ni siquiera se dio cuenta. Se dejó caer al suelo, a mis pies, y me rodeó las piernas con los brazos. Gritó mi nombre con una voz tan cortante como los cristales del suelo. Me dejé caer a su lado y nos abrazamos. Ella gritaba y yo escuchaba. Deseé poder gritar yo también, pero era como si se me hubiera congelado la parte de mi ser capaz de hacerlo.

—Maman, maman —dije al fin—. ¿Dónde está Noora?

Aquel momento. Si pudiera de algún modo borrar aquel momento de mi vida, de mi memoria, de mis retinas... La mirada de perplejidad de mi madre. Ella daba por hecho que era yo quien sabía dónde estaba Noora. Daba por hecho que Noora estaba a salvo. La confusión que se transformó en terror, terror absoluto, y luego el cuerpo que se desplomó en el suelo, a mi lado. Mi madre encogida en el suelo, gritando. Gritando un nombre nuevo, el de su pequeña. Quise dejarme caer a su lado, abrazarla y obtener consuelo de aquel cuerpo relleno y maternal, pero temía que muriera allí mismo. Temía que el corazón le estallara y se detuviera. Jadeó, en busca de aire, y pensé: «La he matado». Así que entré corriendo en casa y llamé a una ambulancia. La tendieron en una camilla y Mahvash y Gita se fueron con ella. Mis hermanas no me miraron. Se negaban a mirarme.

Cuando se hubieron marchado, recorrí la casa. Miré en todas las habitaciones. Finalmente, entré en el cuarto que Noora y yo compartíamos. Su cama estaba hecha con esmero. Su pijama, doblado sobre la colcha. Lo cogí y salí otra vez de casa. Me senté en el taburete de mi madre y aspiré el perfume del suave tejido. Gatos. Eso lo recuerdo. Era un pijama de gatos.

Masood llegó junto a mí en la oscuridad. Llegó, al fin. Tenía la ropa desgarrada y estaba sucio. Arena y barro por todas partes. Llegó a pie, igual que yo. Me pregunté si habría estado en la misma sala de interrogatorios que yo, si habría contestado igual que yo. Si lo habían liberado como a mí, si había respirado el fresco aire nocturno y había echado a andar. Pero lo conocía bien. Él nunca les habría dicho lo que querían oír. Nunca habría asentido a preguntas sobre el islam ni habría respondido que no a preguntas sobre el marxismo. Él nunca habría pronunciado nombres.

Era la clase de persona que se llevaban por alguna de las otras puertas. Jamás lo habrían dejado escapar en la oscuridad. Una oscuridad reservada a los traidores.

Yo estaba sentada en el taburete cuando llegó. Sentada, completamente inmóvil y con la mirada perdida en el vacío. Me sentí como si hubiera estado conteniendo el aliento hasta entonces, como si por fin pudiera coger aire. Respiré hondo y empecé a gritar de inmediato. Él corrió hacia mí y me apoyó la cabeza en el regazo. Lloramos juntos, creo que esa fue la única vez que lloramos juntos. Tendríamos que haberlo hecho más a menudo, muchas más veces. Si hubiéramos llorado juntos, en lugar de permitir que el dolor se convirtiera en una espina entre nosotros, quizá nuestras vidas no habrían sido lo que han sido. Quizá no nos hubiéramos sentido tan solos. Quizás él no hubiera muerto. Y quizá yo no me estuviera muriendo.

—He ido a casa de Rozbeh —dijo—. Quería decírselo a sus padres. Pero la puerta estaba rota y he visto guardias en el patio. No lo entiendo. ¿Cómo lo han identificado? ¿Por qué persiguen ahora a sus padres? Están arresando a unos inocentes que acaban de perder a su hijo.

Me quedé inmóvil. Completamente inmóvil. Y decidí no contárselo jamás a nadie. No hablar de la sala de interrogatorios, ni de las preguntas. Ni de que había delatado a Rozbeh, les había dado su nombre. Sus pobres padres. Mi madre. Aquellas almas atormentadas.

—Noora ha desaparecido —le dije a Masood.

Algo ocurrió en su mirada cuando me oyó decir aquellas palabras. En sus

ojos marrones, cargados de afecto y desesperación. Fue como si la mirada se le quedara fija y luego desapareciera de ella todo lo que aún conservaba la esperanza. Todo lo que era hermoso.

—No, no. Volverá a casa. —Me soltó, se puso en pie y se apartó—. Volverá a casa, Nahid. Volverá.

Entró en casa con la cabeza gacha y la espalda encorvada como si fuera un anciano.

Yo me quedé allí sentada. Preguntándome si alguna vez conseguiríamos perdonarnos a nosotros mismos. Si alguna vez conseguiríamos perdonarnos el uno al otro. Por haber dejado que Noora nos acompañara. Por haber permitido que nos convenciera. Por habernos alegrado de que estuviera con nosotros.

* * *

Lo que no sabía ni podía entender aún era que nosotros también morimos aquel día. Solo teníamos veinte años pero, en muchos sentidos, nuestra vida había llegado a su fin. Lo que vino después solo fue un torpe intento de reemplazar lo que habíamos perdido allí, aquel día. Nuestra hija. Nuestra huida. Todos mis turnos, cada hora pasada en el trabajo. Todo, todo.

Tendríamos que haber muerto aquella noche. Los años que siguieron solo fueron tiempo prestado.

No te marchas porque te rindes. Te marchas para poder hacer algo, crear algo. Construir algo que sea como hacerle una peineta en plena cara a toda la mierda que ha ocurrido.

La gente suele verme como a una víctima. Esperan de mí que me muestre débil, sumisa. Me ven como a una refugiada. No entiendo su forma de pensar. ¿Es que no se dan cuenta de que si estoy aquí es precisamente porque soy fuerte? ¿Que hay que ser fuerte para no rendirse, para rechazar el sufrimiento y la opresión? A veces me pregunto si ellos se creen fuertes, si creen que la fuerza surge de no tener que enfrentarse nunca a las dificultades. Si creen que una vida plácida aumenta la capacidad de resistencia de las personas.

Me siento orgullosa de mi fuerza. Golpe tras golpe. Me levanto siempre, una y otra vez. Salgo adelante una y otra vez. Es como un sistema inmunológico que se vuelve más resistente después de cada ataque. ¡Sí, es exactamente eso! Es exactamente eso.

Pero luego llegó el cáncer y empecé a dudar.

—¿Por qué me ha tenido que pasar a mí? —le pregunto a Christina. La idea rebota dentro de mi mente, de un lado a otro—. ¿Qué he hecho yo para merecer esto?

Ella apoya una mano sobre la mía y se inclina hacia delante.

—Es mala suerte, Nahid. No es más que mala suerte.

La respuesta me golpea con fuerza. Mala suerte. Qué banal. Qué provocador. Después de todo lo que he luchado para tener una buena vida. Después de ser tan testaruda, de hacer tantos sacrificios.

Mala suerte.

Y entonces me doy cuenta de que fue la mala suerte lo que nos arrebató a Noora. Y simple suerte que fuera yo la que sobrevivió. La misma mala suerte fue la que hizo que mi madre dejara de hablarme durante semanas. La mala suerte hizo que yo pasara de ser el orgullo de mi familia a convertirme en su maldición.

¿Y si la vida no tuviera nada que ver con la fuerza o la debilidad? ¿Y si

fuera solo la casualidad lo que nos gobierna? ¿Y si resulta que solo soy una mujer con mucha mala suerte? Puede que en el fondo solo sea eso. En ese caso, preferiría ser débil. Preferiría ser débil y tener la suerte de mi lado.

Hoy se celebra el Midsommar, la fiesta del solsticio de verano. Luce el sol. Es poco habitual, así que todo el mundo está feliz. Miro desde mi ventana. Abajo, en el césped, ya han empezado los preparativos. Mujeres con vestidos de flores, niños de blanco, coronas de flores. Y ese especie de palo en torno al que bailan. Solo son las diez de la mañana, así que los festejos aún no han empezado en realidad. Los que están ahora allí abajo son los entusiastas, los que se encargan de los preparativos. Me asomo a la ventana, con la barbilla apoyada en una mano, y los observo. El té del vaso que tengo junto al codo es de color rojo oscuro. Me invade un repentino impulso, de esos que te asaltan a veces. Me apetece coger el vaso y derramar el líquido caliente sobre sus cabezas. No porque quiera hacerles daño; tampoco lo haría, en realidad. Solo es una idea que me cruza la mente y me provoca un estremecimiento. Puede que esté loca, puede que este cáncer sea lo mejor, para mí y para el mundo.

Mi teléfono emite un pitido. «Llegaremos enseguida, ¿vas a bajar?». Son Aram y Johan. Insisten en que los acompañe, pero a mí me da igual. Podría haberme quedado tranquilamente en el sofá, viendo la tele. Pero no. Yo también he sacado mi vestido de flores.

Me lo pongo y me contemplo en el espejo. Es difícil acostumbrarse a la imagen. Sin pelo, sin cejas. Como verme pelada a mí misma. Marchita. Como si estuviera desapareciendo. Así que elijo un pañuelo violeta, de un intenso color violeta. Me dibujo las cejas, presionando con fuerza. Es excesivo, hasta yo lo veo. Pero lo hago igualmente. Relleno el contorno. Me pinto los labios. Enseguida se me corre el carmín. Me paso la mano por la barbilla, trato de borrar las manchas, pero han arraigado en la piel. Lo dejo así. Mejor excederse que ser invisible. Dejar de existir del todo.

Bajo en el ascensor con el bolso colgado del brazo. Me sigue gustando esa sensación de estar en movimiento, de estar yendo a algún lado. La sensación de que no se ha acabado aún, no del todo.

Cuando abro la puerta del coche, ella se vuelve con una mirada expectante. Se sobresalta. Es su reacción al verme la cara. La incomodo. No dice nada, así que él se vuelve y empieza a hablar.

—¡Hace un día precioso!

Asiento.

—Sí, seguro que lo vamos a oír más de una vez a lo largo del día.

Él sigue sonriendo y yo quiero decirle que deje de hacerlo. Quiero decirle que no puede sustituir a mi hija. Que a quien necesito es a ella.

—¿Cómo te encuentras, mamá? —pregunta finalmente ella, con voz tensa.

Suspiro. Me pregunto por qué, si no me soporta, me ha pedido que vaya con ellos. Por qué mi propia hija me mira como si fuera un monstruo. Por qué no puede hacerme feliz. Ocuparse de que yo sea feliz.

—Estoy aquí —digo—. Ya es algo.

Se vuelven hacia delante y el coche empieza a moverse. Lo veo a él cogerle la mano, apretársela con fuerza. Y eso me entristece. Me entristece que él tenga que protegerla y consolarla. Y que no haya nadie sentado a mi lado para hacer lo mismo: cogerme la mano. Soy yo quien lo necesita.

Seguimos sentados en silencio. Ella pone música persa, Googoosh. Recorremos el mismo camino que ya hemos recorrido antes tantas veces. Por la autopista que atraviesa bosques, cruza puentes y se adentra en el mar. El corazón siempre me da un vuelco cuando pasamos por aquí: estamos flotando por encima de islas, rocas, cabañas, botes y agua transparente, limpia, centelleante. Es un sitio precioso. He vivido aquí durante treinta años y la belleza es algo a lo que no me acostumbro. Un sitio tan bonito y apenas tengo buenos recuerdos de él. ¿Cómo es posible?

Cuando ella era pequeña, esto era lo que hacíamos. Subíamos al coche, poníamos música y conducíamos. Íbamos hasta Djurö, o más allá de la iglesia de Värmdö, o hacia Norra Lagnö. Pisaba el acelerador quizá un poco más de lo necesario. La música estaba quizá un poco alta. Soltaba el volante quizá demasiado a menudo para encender un cigarrillo. Ahora me doy cuenta de que no era muy prudente por mi parte, pero entonces no me importaba. Ni siquiera cuando ella también iba en el coche. Me sentía agitada. Atrapada. Sí, me he sentido muy a menudo prisionera en mi propio hogar, en mi propia mente. Y ahora estoy encarcelada en este cuerpo enfermo.

—Saber está muerto —dijo Masood una tarde.

No lo había oído entrar. Estaba junto al umbral. Erguido, tenso, casi en posición de firmes.

Yo estaba sentada en la alfombra y tenía a Aram sobre las rodillas. Tenía trece meses y la pequeña habitación que habíamos alquilado era insuficiente para vivir. Un sótano sin ventanas. Un bebé no puede aprender a vivir en un sitio así. Lloraba y lloraba, inconsolable. Llevaba todo el día llorando. Nos sentábamos durante todo el día en el mismo sitio, y ella lloraba. Cuando Masood entró, notaba una especie de niebla en la mente. Yo también debía de haber estado llorando, porque tuve que parpadear varias veces para verlo bien. Así que le pedí que repitiera lo que acababa de decir. Pensaba que no lo había oído bien, que las sílabas habían rebotado contra la angustia de Aram y habían llegado a mis oídos convertidas en otra cosa.

—¿Se puede saber qué te pasa? —gritó Masood—. Está muerto. Muerto. Muerto. Muerto. Muerto.

Aram lloró aún más alto. Movié las manitas en el aire, como si buscara algo a lo que agarrarse. Algo a lo que aferrarse. Me la acerqué al pecho y traté de calmarla. Traté de calmarla mientras me esforzaba por pensar con claridad, por pensar en cualquier cosa menos en el vacío.

—¿Por qué te quedas ahí sentada? —me gritó.

Yo también le grité.

—¿Y qué se supone que debo hacer, Masood? ¿Qué más, qué más debemos hacer? Se acabó, se acabó todo, ya no queda nada.

Se acercó a mí y cogió a Aram en brazos. Ella lloró aún más alto. Lloraba y gritaba tanto que su voz se me clavaba. Sonaba como si no pudiera respirar y Masood tenía los ojos negros, mucho más oscuros que nunca, y no quería que cogiera en brazos a mi niña.

—¡Masood, dámela!

Estaba intentando ponerme en pie, cuando una fuerza me golpeó, me golpeó con tanta violencia que caí de espaldas. Lo primero que pensé fue que

se había tratado de un terremoto. Pensé en Aram. Estábamos en un sótano. ¿Y si se nos caía todo el edificio encima? Entonces aquella fuerza me golpeó de nuevo, y solo entonces comprendí que no venía de la tierra, sino de él. Estaba de pie junto a mí, con Aram entre los brazos, y me pateaba con sus sucios zapatos. Me pateaba el estómago, el pecho e incluso intentó darme en la cara. Levanté los brazos para protegerme y él siguió pateándome, una y otra vez. Oí el crujido de los huesecillos de mis manos. Oí el estridente llanto de Aram, mi ya desesperada hija. Oí los jadeos de Masood.

Y fue entonces cuando me quedé inmóvil. Me quedé allí tendida en el suelo, inmóvil. En aquella habitación no había ventanas ni teléfono y yo no podía moverme. Así que me quedé allí, contemplando el diseño de la alfombra. Era una alfombra tejida a mano. Nuestra más preciada posesión. Nos la llevábamos cada vez que nos mudábamos. Masood se la cargaba al hombro. No sé por qué creíamos que era tan importante conservarla. Por qué aquella alfombra, concretamente.

Tejida a mano, con hilos rojos y azules que trazaban un diseño de espirales en los que era fácil sumergirse. Igual que el intenso azul del mar, bordeado de cabañas rojas e islas verdes, traza a través de la ventanilla del coche un diseño de espirales en los que es fácil sumergirse. Es tan bonito... ¿Por qué no conservo buenos recuerdos?

Mi hija es lo único que me importa en esta vida. Tal vez sea porque no tengo mucho más. Sea cual sea el motivo, así son las cosas, Aram es lo único que tengo. La quiero. De verdad. Pero... ¿quién no quiere a sus hijos? Ella es importante para mí. Quiero que las cosas le vayan bien. Quiero que tenga salud, que sea feliz. Quiero verla a menudo. Quiero todo eso. Pero no me gusta ser madre. Nunca me ha gustado.

Cuando pienso en dar a luz, solo me viene una palabra a la mente: arrepentimiento. Arrepentimiento por haberme colocado a mí misma en esa situación. Arrepentimiento por haber permitido que mi cuerpo acabara en ese estado. Y el dolor. Cuánto dolor. ¿Por qué tendría alguien que soportar algo así? Ningún hombre lo aceptaría jamás. Todo el mundo me decía que tenía que sentirme feliz. Llevaba un bebé en mi seno, un bebé grande y fuerte, que crecía dentro de mí. Había hecho bien mi trabajo. Me había quedado embarazada como tenía que ser. Ahora solo tenía que expulsar aquel producto de mi cuerpo, aquella prueba de que era una mujer decente. Aquella masa enorme. En mi mente, yo solo veía a alguien que no quería salir. Alguien que me arañaba con las uñas, que me pateaba con las piernas, que me oponía resistencia con los brazos. Alguien a quien yo ya había defraudado. Porque se lo había estropeado todo. La había expulsado de mi cuerpo. A este mundo. Imaginaba que ya debía de odiarme.

Para mí fue una humillación. Los fluidos, las posturas en que tenía que retorcer el cuerpo. Me pusieron de pie en la cama, me apoyaron las manos en la pared, me dijeron que empujara. Empuja, empuja. Poco después, una enfermera exclamó: «Ya la vemos». Mira, mira. No podía mirar. Me quedé allí, con la mejilla apoyada en la fría pintura del hospital. Las lágrimas me caían sobre los pechos hinchados, gritaba y temblaba. Y me sentía arrepentida. Oh, qué arrepentida me sentía.

Cuando me la pusieron sobre el pecho, me enamoré de ella, de verdad. Me enamoré de ella desde el primer momento. Me di cuenta de que estaba dispuesta a dar mi vida por ella. Y supongo que eso fue todo. Me di cuenta de que estaba dispuesta a dar mi vida por ella y de que era imposible cambiar

eso. No podía deshacer lo hecho. Ahora yo era ella. Mi cuerpo existía para ella. Y me daba miedo, porque significaba un tormento sin fin. Significaba que ella me seguiría durante el resto de mi vida.

Esa clase de sentimientos no se pueden contar a los demás. Ni como madre, ni como mujer. Adoro a mi hija, pero odio ser madre. Y así ha sido desde el primer momento. A veces, incluso la odio a ella por ponerme en esta situación.

Cuando me diagnosticaron el cáncer, lo primero que pensé fue en llamarla. Quería que Aram dejara de hacer lo que estuviera haciendo. Quería llorar y chillar. Quería gritar: «Ayúdame. Sálvame». Eso era lo que más deseaba hacer, pero no lo hice. Y me enorgullezco. Elegí protegerla, aunque solo fuera durante unas horas.

Lo he hecho muchas veces a lo largo de mi vida. Coger el teléfono y pedirle que me salve. Gritar junto a la puerta de su habitación: «Ayúdame, ayúdame». Lo he hecho una y otra vez, se lo he hecho a esta pobre criatura a la que supuestamente yo debía proteger, ayudar, rescatar. Ella estaba conmigo la primera vez que él me pegó y estaba conmigo todas las veces que siguieron. Así fue. Ninguno de los dos intentó protegerla, ocultarle la enormidad de nuestro fracaso, esconder de su mirada todo aquel dolor. No, al contrario.

Una vez se quedó a dormir en casa de una compañera del equipo de fútbol, Malin. Nuestra hija tenía su propia vida, pese a contar solo diez años. Su propio mundo. Había comprado patatas fritas y una bolsa de caramelos, ella sola. La dejé en casa de su amiga. Me acerqué para asegurarme de que los padres de Malin estuvieran en casa.

—No hace falta que entres, mamá.

Pero la aparté suavemente a un lado y entré. Habían colocado colchones delante de la tele y, en la cocina, la mesa crujía bajo una montaña de tacos. Alguien se había tomado muchas molestias, alguien iba a cuidar muy bien de ella. Se me formó un nudo en el estómago.

—No puedes salir después de las ocho, ¿me oyes? Me da igual si a las demás las dejan o no, o si salen igualmente. ¡Tú no puedes!

Asintió y desvió la mirada. Quería librarse de mí. Quería entrar en aquel otro mundo, su mundo.

—¡Llamaré para ver si estás!

Asintió de nuevo. Yo sabía que saldría. Que haría lo que quisiera, igual que hubiera hecho yo.

Luego volví andando a casa en aquella tarde de verano. El verano sueco.

Me encanta. Hacía calor y todo estaba muy verde entre las casas adosadas. En la atmósfera se respiraba el perfume de aquel pequeño lago del bosque. Húmedo, cálido, verde. Caminé despacio, no me apresuré en volver a casa. No tenía absolutamente la menor prisa por volver. Él estaba allí. Aquella noche Masood no trabajaba, yo tampoco trabajaba y Aram dormía en otra casa. Nos dejaba solos. Entré en el parque vacío, me senté en un columpio y me di impulso. Creo que me quedé allí mucho tiempo. Columpiándome hacia delante y hacia atrás, más y más alto, más y más rápido. Luego descansé un poco. Contemplé el barrio. Para nosotros vivir allí era un lujo. No es que no nos lo mereciéramos. Nos lo merecíamos, habíamos trabajado muy duro para llegar hasta allí. Era un lujo sobre todo por el contraste con el lugar en el que habíamos empezado.

Jamás olvidaré la noche en que nos trasladamos a nuestro primer apartamento, una vivienda social. Llegamos allí directamente desde el campamento de refugiados. Estábamos preparados para empezar nuestra nueva vida. Pero aquel barrio... No se parecía en nada a lo que habíamos visto de Suecia hasta entonces. Parecía un lugar en el margen. En la frontera entre Suecia y no sé qué. Tal vez el vacío. No era un lugar mágico, al estilo de los cuentos de hadas. El campamento de refugiados sí lo había sido: un lugar de encantadoras casitas en el bosque. Teníamos que compartir la nuestra con otra familia, pero daba igual. Era muy bonito. Aquello, en cambio... Aquello era un montón de asfalto, cemento y acero, largas hileras de sucios balcones verdes a los que daban las puertas de varios apartamentos. Era feo. Olía a orina. Había borrachos que deambulaban entre los edificios. Y gritos que salían de los apartamentos.

¿Qué podíamos hacer? Estábamos en un país en el que reinaban la paz, la democracia y la libertad. Pero también era espantoso. El hecho de terminar allí nos demostró claramente que habíamos tocado fondo. Estábamos nosotros, los refugiados políticos. Y estaban los borrachos, las madres solteras y todos los que habían disfrutado de libertad y democracia toda su vida y, sin embargo, no habían conseguido pasar de allí. No queríamos vivir en aquel lugar. Y no planeábamos quedarnos allí más de lo estrictamente necesario. Así que trabajamos y trabajamos. Trabajamos, ganamos dinero y lo ahorramos. Vestíamos ropa vieja y rota, y nuestras comidas eran míseras. Y así pudimos comprarnos la casa adosada. Y trasladar nuestros cuatro bártulos a un lugar

bonito y tranquilo.

Las personas lo intentan. Intentan construir algo bueno, porque es mejor que la alternativa. Creen que pueden, creen que tienen la capacidad de crear algo hermoso. Pero eso no ocurre. No es tan bueno como debería haber sido. No es tan bueno como la imagen que se habían formado, no es tan bueno como habían esperado. No lo sé. Sigo esforzándome por entenderlo. Creemos que si hemos conseguido huir de una guerra y encontrar el camino hacia la paz, deberíamos ser mucho más felices. Que si hemos vivido en un sótano con un bebé, mientras las bombas caían a nuestro alrededor, y ahora tenemos un jardín y el cielo está despejado, deberíamos ser más felices. Creemos que si ya no tenemos que vivir rodeados de borrachos y sirenas de policía, seremos más felices. Pero no funciona así y no sé por qué.

Finalmente, volví a casa. Abrí la puerta despacio. Le eché un vistazo al reloj de la pared y comprendí que había estado fuera mucho tiempo. Demasiado. La casa estaba muy tranquila, pero aquel silencio no presagiaba nada bueno. Esperaba escuchar al menos el murmullo de un partido de fútbol en la tele. Pero no escuché ningún sonido, no detecté ningún movimiento. Me dirigí hacia el cuarto de baño. Pensaba darme una ducha, para matar el rato. Y entonces lo oí.

—¡Ven aquí!

La voz de Masood sonaba áspera y obedecí. Estaba sentado en el sofá de la salita. Contemplando el vacío.

—¿Dónde estabas? —me preguntó.

—He ido a llevar a Aram, ya lo sabes.

—¡De eso hace dos horas! ¿Dónde has estado las últimas dos horas?

—Dando un paseo. Por el barrio. Hace una tarde preciosa.

—¡No has estado paseando! —gritó. Se había puesto en pie—. ¿Con quién estabas? ¡Dímelo!

Si hubiera podido hacer algo en aquel momento, si hubiera dicho otra cosa, ¿habría acabado todo ahí? Si le hubiera puesto una mano en el brazo y le hubiera dicho: «Lo siento, amor. Tendría que haber vuelto enseguida. Me he equivocado». Si hubiera pronunciado esas palabras, si me hubiera acercado a él y lo hubiera besado..., ¿habría supuesto alguna diferencia? ¿Habría cambiado todo entonces, habrían sido distintas nuestras vidas? Si lo hubiera hecho, tal vez él seguiría vivo. Y yo no me estaría muriendo. ¿Habría valido la

pena sacrificar mi orgullo? No estoy segura.

—Y a ti qué te importa. ¡Tengo derecho a ver a quien quiera y cuando quiera!

Eso fue lo que dije y él levantó una mano por encima de mi cabeza. Grité, con la esperanza de que ella viniera a rescatarme. Pero no vino. No estaba allí.

* * *

Cuando un hombre le pega a una mujer, puede hacerlo de muchas formas distintas. Quien no lo haya vivido en persona, probablemente piense que se trata solo de un bofetón, o un empujón contra la pared. Pero él hacía mucho más que eso. Era como si su rabia fuera infinita y, una vez liberada, no hubiera forma de contenerla. Y los sonidos, si pudieran grabarse los sonidos. Recoger los fluidos. El olor. Había gritos, por lo general no demasiadas palabras, solo gritos. Mis sollozos, mis lágrimas. Sus jadeos, su sudor. Té caliente que se estrellaba contra el papel de la pared. Cigarrillos fumados en las pausas. Y luego el sonido de los golpes.

La mayoría de las veces empezaba así, con una mano alzada y un bofetón en la cara. A veces era un bofetón, pero por lo general un puñetazo. Un puñetazo en la boca. En la mejilla. En la frente. Bajo la barbilla. Iba cambiando. Con el primer golpe bastaba, en realidad. Era suficiente para lanzarme al suelo. Podría haberse dado por satisfecho con eso, pero las cosas no funcionaban así. Mientras estaba en el suelo, empezaba a patearme. Me pateaba las piernas, el vientre y, si podía, los pechos. Yo me encogía rápidamente en posición fetal y entonces él me pateaba la espalda. Por lo que recuerdo, nunca la cabeza. Pero de vez en cuando yo me desmayaba, recibía algún golpe tan fuerte que me dejaba fuera de combate demasiado pronto. Creo que eso lo asustaba. Por lo general, iba a buscar una jarra de agua fría y me la echaba por encima. Y ahí terminaba todo. Si perdía el conocimiento lo bastante rápido, me ahorraba la peor parte. La persecución. La persecución era lo peor. Que me persiguiera el hombre junto al que dormía todas las noches.

Cuando me pateaba, yo trataba de ponerme en pie para huir. Lo conseguía bastantes veces, pues Masood no era exactamente un boxeador profesional. No

creo que hubiera participado en demasiadas peleas, excepto conmigo. Así que daba patadas y movía los brazos sin saber muy bien qué estaba haciendo. Y cuando yo echaba a correr, él corría detrás de mí. Una vez cogió un palo de hockey que estaba en el recibidor y me golpeó con él. Otra vez me alcanzó, me rodeó el cuello con las manos, me empujó contra el cabezal de la cama y empezó a estrangularme. Aquella vez pensé que me iba a matar. Y ella también. Quien escuche esto tal vez se pregunte «Dios, ¿dónde estaba la niña?». ¡Bueno, pues estaba allí mismo! Entre nosotros.

El día en que me persiguió con el palo de hockey, primero la derribó a ella. No lo hizo a propósito, a ella jamás la atacaba. Pero estaba en medio. Solo con mirarlo, Aram ya sabía cuándo iba a descargar el primer golpe. Se interpuso entre nosotros. Cayó sobre la alfombra cuando él la apartó. Y aquel otro día, el día en que pensé que me iba a estrangular hasta matarme, ella estaba allí. Le tiraba de los brazos, lo empujaba. Gritaba: «¡Basta! ¡Basta!». Pero no servía de nada, así que al final se marchó corriendo. La oí correr, la oí cerrar violentamente la puerta de la calle. Va a buscar ayuda, pensé. Pero no ocurrió nada. Todo se volvió negro. Y cuando desperté, estaba tendida en la cama, sola. En la habitación reinaba la oscuridad. No se oía ni un solo ruido. Traté de aclararme la garganta, traté de escupir las palabras. Y cuando finalmente lo conseguí, pronuncié su nombre.

—¡Aram! ¡Aram! —susurré al principio, pero finalmente el terror se adueñó de mi voz—. Araaam, Araaam.

Grité, grité y grité. Al poco, se abrió la puerta de la calle y luego la del dormitorio. Asomé la cabeza. Rizos alborotados, ojos muy abiertos.

—Ayúdame —dije, y ella se acercó.

Se sentó en el suelo, me cogió la mano con una de las suyas y me acarició el pelo con la otra.

—¿Por qué me has dejado sola? —fue lo que le dije.

No le dije todo irá bien. No le dije lo siento. Ninguna de las cosas que diría una madre. Porque estaba enfadada. Enfadada con ella.

—¿Por qué me has dejado sola?

* * *

Aquella noche de verano. La noche en que ella huyó a la fiesta de pijamas, al

mundo idílico que otros habían construido para ella. La noche en que yo volví lentamente a casa, me columpié en el parque vacío, contemplé las casas adosadas y los pequeños jardines que pertenecían a personas que no poseían demasiado, ni demasiado poco. Aquella noche en que volví a casa y me encontré con el silencio y a él esperándome, aquella noche en que le contesté mal y él se puso en pie y me derribó de un golpe. Fue como si los dos hubiéramos perdido algo. Como si nuestro flujo se hubiera interrumpido. Yo estaba en el suelo, él de pie a mi lado, y lloré.

—Quiero ir a buscar a Aram —dije.

Él accedió.

No sé qué dijo, pero me dejó ponerme en pie y salir. Subí al coche y conduje unos minutos hasta la casa en la que estaba Aram. Justo después de haber llamado al timbre, vi mi reflejo en la ventana y, durante un segundo, me pregunté qué estaba haciendo. Se me había corrido el maquillaje, tenía la cola de caballo medio deshecha y una marca de encendido color rojo en la mejilla. Cuando se abrió la puerta, levanté rápidamente la mano para tapármela. Para ocultar las llamas de mi rostro. Tenía la esperanza de que fuera una de las niñas quien abriera, pero no fue así, claro. Abrió la madre, la mujer que vivía allí.

—Ah, hola —dijo en tono vacilante.

—He venido a recoger a Aram —dije.

La mujer negó con la cabeza, como si la decisión fuera suya.

—Ay, pero si se lo están pasando muy bien.

Tragué con dificultad.

—Lo entiendo. Pero tiene que volver a casa.

Vi la forma en que me miraba. No quería apartarse, pero se dio cuenta de que no tenía derecho a oponerse.

—¿Ha pasado algo? —me preguntó.

No respondí.

—¿Puedes ir a buscarla?

Me lanzó una prolongada mirada. No sé si me estaba juzgando o es que le daba pena, pero al final entró. Oí voces alegres, voces que de repente quedaron interrumpidas. Cinco niñas aparecieron en el recibidor y me miraron. Fijamente. Con la misma expresión que la madre, o eso me pareció,

pero qué podían saber ellas. Y entonces llegó Aram. Con todas sus cosas recogidas, la mochila en la mano. No me miró. Tampoco miró a sus amigas. Se limitó a decir adiós, sin dirigirse a nadie en particular, y a salir. Pasó junto a mí sin detenerse.

Puede que el dolor se mueva en círculos, puede que yo le causara dolor a ella solo para vengar mi propio dolor.

Cuando Aram era pequeña, la subía al coche y me limitaba a conducir. Esos son, probablemente, los mejores recuerdos que pude darle, aunque fueran el fruto de mi ansiedad. Tal vez ella no se diera cuenta, tal vez solo viera energía. La energía que yo conseguía reunir para escapar de lo que me perseguía. Viajábamos entre prados verdes y bosques densos, sobre el agua centelleante... El archipiélago nos fascinaba a las dos, aunque viviéramos en mitad de él. Por lo general, escuchábamos música persa. Googoosh. Igual que ahora, mientras Johan conduce y vamos a visitar a su familia. Me gusta que ella ponga la misma música cuando está con él. Que presuma de lo que yo le he dado.

Man o to ba hamim ama delamon kheyli doore. Estamos sentadas muy cerca la una de la otra, pero nuestros corazones están muy lejos. Cuando era pequeña, me miraba con los ojos muy abiertos mientras yo cantaba. Me daba cuenta de que le gustaba y eso me animaba a cantar en voz aún más alta. A veces me pedía que apagara la música y que le cantara otras canciones, las que no estaban en una cinta ni en un CD. Las canciones populares de mi infancia. Ella conocía algunos fragmentos, las cantaba conmigo. No entendía las palabras, desconocía aquel dialecto extraño, pero en cierto modo sabía qué significaban. Lo veía en su expresión. O puede que solo estuviera imitándome de forma inconsciente. Mi pérdida, mi dolor. Esas cosas se heredan, estoy segura, igual que el pelo negro azabache.

En el coche nos sentíamos protegidas. Protegidas por el metal y por la velocidad. Nos sentíamos protegidas sin tener que protegernos la una a la otra. Y la música... era nuestro vínculo con el exterior. Nos unía al lugar del que procedíamos. Creo que ella también lo sentía. Aquella era la música de la que procedía. Creo que, por curioso que parezca, se siente más cerca de esa música que del centelleante archipiélago. Y puede que sea así mientras yo siga existiendo. Puede que finalmente también se libere de esas canciones cuando yo muera. Y puede que entonces consiga trasladar sus raíces a las islas y al mar.

Pero hoy se celebra la fiesta del solsticio de verano y es otra persona la

que conduce el coche. Una persona a la que ella ha encontrado, una persona de su mundo. Yo voy en el asiento trasero, protegida de nada. Todo me ha alcanzado y no hay nada en este mundo que se mueva lo bastante rápido como para permitirme huir.

Llegamos junto al agua y aparcamos. Aquí es donde solían terminar nuestras excursiones en coche. Yo conducía sin descanso hasta que llegábamos al agua. Entonces nos quedábamos sentadas unos minutos, contemplando el mar; luego yo daba media vuelta y conducía en la dirección opuesta hasta que volvíamos a encontrar agua. Pero hoy nos recoge una barca. Hoy el mundo se extiende un poco más allá. El padre de Johan me ayuda a subir a bordo y todo el mundo me observa, como si fuera a romperme en cualquier momento. No os preocupéis por mí, quiero decir. No me va a pasar nada. Pero guardo silencio. Pienso en mis entrañas, consumidas y devoradas, que se van deteriorando más y más a cada hora que pasa.

Seguramente, la lancha motora no va demasiado rápido, pero yo tengo la sensación de que sí. Me agarro con fuerza, cierro los ojos y dejo que me azote el viento. Que me golpee el rostro, que atraviese el pañuelo que me cubre la cabeza y me llegue hasta el cráneo desnudo. No oigo nada, a excepción del viento y del motor, y me gusta. Me hace sentir viva, más viva de lo que me he sentido en mucho tiempo.

—Gracias —le digo al padre de Johan cuando la barca empieza a detenerse.

Intento decirlo de forma que lo entienda. Pero él cree que le doy las gracias por el viaje.

—De nada —dice. Solo eso, de nada.

Quizá no es posible entender que te están dando las gracias por la vida si no estás también a punto de morirte.

Mi padre estuvo enfermo desde que yo tengo memoria. Yacía en una cama en la cocina, para estar cerca de nosotras. Al lado tenía una bandeja en la que siempre había un narguile encendido y un vaso de té. Tomaba opio, su calmante, con una pipa de agua. No se medicaba, no se quejaba. Yo solía tenderme junto a él para escuchar sus historias. Sus reflexiones. Tenía muchas reflexiones acerca de la vida. A un nivel que yo realmente no entendía. Era sufi, derviche. Yo no sabía qué significaba eso, creía que un derviche era un mendigo que llamaba a la puerta de las casas, que ofrecía plegarias a cambio de comida y un lugar en el que pasar la noche. A veces, se contaban historias de derviches para asustar a los niños. Si no te terminas la comida, ¡vendrá el derviche y se te llevará! Yo creía que eso no encajaba con lo que era mi padre.

Mi tío solía llamarlo «el filósofo» y supongo que eso sí se aproxima más a lo que en realidad era. Hablaba sobre la vida y sobre el amor. Sobre el amor que nosotras le profesábamos y el que él le profesaba a la tierra. Sobre la belleza de coger un puñado de arena y ver cómo se iba colando entre los dedos y volvía al suelo. Yo no entendía gran cosa de lo que decía, pero la imagen de la arena se me había quedado grabada. Solía acuclillarme delante de nuestra puerta y me dedicaba a coger puñados de tierra amarilla y a contemplar cómo caía lentamente al suelo.

—¿Por qué te ensucias así las manos? —gritaba mi madre al verme.

Cuando le contestaba que era por lo que había dicho mi padre, ella hacía un gesto de impaciencia y cerraba de un portazo. Su mundo era el día a día: cocinar, trabajar, limpiar. Pero el mundo de mi padre era mucho más:

La arena fluye de nuevo hacia la tierra porque ese es su sitio. Podemos cogerla, capturarla o transportarla. Pero aunque transcurra una eternidad, aunque la traslademos a miles de kilómetros, la arena buscará de nuevo la tierra en cuanto se le presente la oportunidad. Y, del mismo modo, todos estamos unidos a nuestros orígenes.

Si mi vida se hubiera desarrollado de otra manera, tal vez recordaría algo más de entre todas las cosas que me decía mi padre. Pero esas son las

palabras en las que pienso.

Me alejo hacia la pequeña playa mientras los demás siguen sentados a la mesa en el muelle, celebrando la fiesta del solsticio de verano. La arena blanca no es natural, la han traído hasta aquí. La han transportado por el mar hasta esta minúscula isla. Me siento con las piernas recogidas y hundo los dedos de los pies, con las uñas pintadas de rojo, bajo la arena. Cojo delicadamente un puñado, lo abrazo, lo sujeto con fuerza. Tal vez podamos desobedecer, tal vez podamos obligar a las cosas a quedarse en un sitio al que no pertenecen. La arena en el aire, en mi mano. La aprieto con tanta fuerza que se me agarrota la mano. Y luego la suelto con un quejido de dolor.

—¿Va todo bien? —dice Aram desde el muelle.

Le hago un gesto afirmativo. La arena ha regresado a la tierra.

Esto es una isla y les pertenece. Es un fragmento de tierra que surge del mar, y les pertenece. Me fascina. Además de la arena de la playa, traída expresamente hasta aquí, todo lo de esta isla es sólido y resistente. Como si nada pudiera sacudirlo. Hay árboles por casi toda la isla, árboles altísimos. De troncos tan anchos que tapan la vista. Me fascina, me fascinan las cosas que están solas. Al pasear por los senderos, las raíces se entrecruzan bajo los pies. Las palpo con las manos. Es imposible levantarlas, es imposible obligarlas a irse a otra parte. Jamás se escurrirán entre los dedos de nadie, jamás volverán a caer en la tierra para regresar a su hogar. Ya están ahí y siempre estarán ahí. Miro a los demás, sentados a la mesa celebrando la fiesta del solsticio de verano. Y pienso que yo soy una persona de arena, mientras que ellos son personas de raíces.

Cuando me llegó el momento de empezar el colegio, mi madre me dijo que tenía que irme a vivir con Maryam. Mi hermana trabajaba en una pequeña ciudad a tres horas de distancia y yo iría a su clase, sería su alumna. Por las tardes, se suponía que debía ayudarla en la casa. Cocinar, limpiar y esas cosas. Cuando lo recuerdo, aún me da rabia que mi madre me mandara lejos. Que me mandara a aligerar la carga que soportaba mi hermana. Y me da rabia porque me sentí utilizada, como si fuera un instrumento. No me trató como algo con un valor intrínseco, como algo que había que atesorar.

Maryam se había casado aquel verano. Su marido también se llamaba Masood, supongo que es una ironía del destino. No había tantos hombres liberales disponibles como mujeres había en mi familia, así que solíamos acabar a menudo con algún imbécil. Masood era profesor, igual que Maryam, y un año más joven que ella. Y creo que ahí es donde empezó el problema. Mi hermana era más que él. Se le daban mejor las matemáticas, la asignatura que ambos impartían. Se le daba mejor tratar con la gente, mientras que él no hacía más que meterse en líos que a mi hermana le tocaba solucionar. Además, ella era guapa, orgullosa y fuerte. Todo lo que una mujer no puede ser, ni siquiera en Suecia, sin que la puteen por ello. Así que él la humillaba. Le prohibió trabajar por las tardes. Tenía que cocinar, ocuparse de la casa y lavarle la ropa. Y mientras él trabajaba, ella tenía que quedarse sentada a su lado, zurciéndole los agujeros de las camisas y cepillándole los zapatos. Así eran las cosas, no había más. Y por eso se me necesitaba, para ayudar a mi hermana a atender a su esposo. Para hacerle compañía en la cocina después de que él le hubiera gritado y ella se hubiera retirado. Como una especie de escudo. O, al menos, en eso esperaban que me convirtiera.

Para una maestra, era imposible no trabajar por las tardes. Tenía que corregir exámenes y preparar las clases. Así que Maryam se levantaba cuando él se quedaba dormido y encendía una luz tenue lejos del dormitorio, por lo general en el recibidor. Y allí se sentaba rodeada de papeles, con las gafas en la nariz y un bolígrafo en la boca. Se recogía el pelo de color caoba en un moño alto; el largo cuello y las gruesas pestañas le daban, en aquella luz

tenue, el aspecto de un hada. Era guapa, guapísima. Era muy guapa.

Yo dormía en un colchón en la salita, como un perro guardián, y aquel espectáculo se desarrollaba ante mis ojos. Maryam lo seguía hasta la habitación. En el mejor de los casos, hablaban en voz baja e intercambiaban unas cuantas frases antes de que todo quedara en silencio. Minutos después, se oía el sonido de sus ronquidos. El chirrido de los muelles. Y ella pasaba de puntillas junto a mí. Iba a la cocina, en uno de cuyos armarios guardaba la bolsa. Cogía lo que necesitaba. Se sentaba en su sitio. Miraba en mi dirección y me guiñaba un ojo.

—Duerme, azizam, cariño.

Yo sonreía y le lanzaba un beso. Cerraba los ojos y escuchaba el sonido de los trazos del bolígrafo hasta que me quedaba dormida.

Y luego todo cambió. Todo cambió y fue culpa mía. El invierno fue muy duro aquel año y no estábamos acostumbradas ni al frío ni a la nieve, por lo menos no a tanto frío y tanta nieve. Un día volví a casa del colegio con fiebre y un resfriado que me hacía temblar de pies a cabeza. Tenía siete años, era delgada como una hoja y estaba lejos de mi madre. No quería causar problemas, así que me acurruqué en mi rincón de la salita y traté de quedarme muy quieta, en silencio. Pero estaba ardiendo y temblaba, así que no conseguí hacerme invisible. Creo que lo primero que vio Masood cuando entró en casa fue a mí. Mi cuerpo sudado y tembloroso. No me quería allí.

Era muy maniático con la higiene. Nunca le daba la mano a nadie, a menos que estuviera seguro de que la otra persona se la acababa de lavar. Exigía que Maryam lavara con jabón todas las frutas y verduras. Además, tenía que sacar las alfombras y fregarlas al sol todos los viernes. Mi hermana limpiaba el baño todas las noches y todas las mañanas. A veces, él abría la puerta, asomaba la cabeza y echaba un vistazo al baño. Y luego gritaba su nombre. «¡Maryam!». Un nombre tan delicado pronunciado con la voz más áspera. El baño nunca estaba lo bastante limpio para él.

Creo que, en realidad, le gustaba que yo viviera allí. Le gustaba ver a Maryam con una niña en la cocina. Pero cuando me puse enferma, él ya no me quería allí y yo no tenía ningún otro sitio adonde ir. Me di cuenta de que mi hermana estaba angustiada. Me metió en el baño, dejó correr el agua caliente hasta que se acabó y luego me dijo que me quedara allí, entre el vapor.

—Es muy bueno para los pulmones —dijo antes de salir.

Pero yo sabía que lo único que quería era quitarme de en medio.

—Me voy a poner enfermo por culpa de esa cría, Maryam. Esto no me gusta.

Me quedé sentada en el taburete de plástico del cuarto de baño, escuchando sus voces.

—No te preocupes, Masood. Solo es una noche. No la dejaré que toque nada. Se le pasará.

—¿Es que ni siquiera puedo relajarme en mi propia casa? ¿Tengo que preocuparme por los gérmenes y la porquería hasta entre estas paredes?

—Es una niña, por favor. No nos va a pasar nada. Se pondrá bien.

—¡Te has retrasado con la cena! Y todo porque estabas cuidando de esa cría. ¡Se supone que está aquí para ayudar!

—Por favor. Claro que me ayuda. Mañana me ayudará. No es ningún problema.

Se produjo un silencio y supe que Maryam se había apresurado a entrar en la cocina. Me la imaginé sentada en la alfombra, delante del hornillo. Balanceándose hacia delante y hacia atrás mientras removía el contenido de las ollas, como una anciana. Era la ansiedad. Tenía los nervios a flor de piel. Como si estuviera esperando una orden. Una queja. El sonido de su nombre, pronunciado como una acusación. O tal vez lo supiera. Tal vez supiera lo que iba a ocurrir aquella noche. Puede que la única sorprendida fuera yo.

El calor y el vapor del cuarto de baño empezaron a disminuir, pero no me atreví a moverme. Me quedé allí sentada, temblando. Lo oí a él revisando sus papeles. Y a ella colocando el hule sobre la alfombra, preparando los platos y los cubiertos. Los oí sentarse y empezar a cenar. Sabía que Maryam no vendría a buscarme. Las uñas se me habían puesto azules y notaba el resfriado en el pecho. Abrí de nuevo el grifo, con la esperanza de que el agua ya saliera caliente otra vez, pero aún estaba helada. Cerré el grifo y me senté. Me temblaba todo el cuerpo y la cabeza me daba vueltas debido a la fiebre. No sabía qué hacer. Solo quería irme a casa, con mi madre. Quería irme a casa y tenderme en el suelo de la cocina, junto a la cama de mi padre, para escuchar sus historias. Historias sobre la tierra y sobre el amor. Amor.

Recuerdo que me enfadé, que me enfadé con mi hermana. Recuerdo que ese sentimiento se adueñó de mí. Me levanté y abrí la puerta del cuarto de baño. Salí corriendo, desnuda y sin dejar de toser. Maryam y Masood,

sorprendidos, levantaron la vista de sus platos. Creo que todos nos quedamos perplejos ante mi atrevimiento. Nos quedamos allí los tres, mirándonos, y nadie dijo nada. Corrí hacia mi cajón, en el rincón de la salita. Estaba de pie, de espaldas a ellos, y saqué mi toalla, busqué mi ropa. Los ojos me lloraban por culpa de la congestión y no veía nada. En aquel momento, me quedé inmóvil entre mi propia niebla, paralizada por el miedo de lo que acababa de hacer.

A mi espalda, solo silencio. Inmovilidad y silencio. Entonces lo oí a él ponerse en pie, dejar caer la cuchara en el plato y dirigirse hacia el recibidor. Se puso su abrigo y salió dando un portazo. No me atreví a volverme. Me subí los pantalones con manos temblorosas. Me puse una camiseta de manga larga por la cabeza. Cogí mi colchón, que estaba enrollado junto a la cómoda, y saqué del último cajón mi manta y mi almohada. Hice la cama y me acosté, sin dejar de darle la espalda a mi hermana. No se había movido de su sitio. No había emitido ni un solo sonido. Me sentí avergonzada. Avergonzada por lo que acababa de hacerle. Supuse que no me había quedado más opción, pero tampoco a ella.

Me quedé dormida y me desperté varias horas más tarde al oír un golpe. Me senté bruscamente. La habitación estaba a oscuras. Oí un ruido sordo y, luego, otro golpe. Venían de la habitación. Corrí hacia la puerta, apoyé la oreja y escuché. Los golpes amortiguados se sucedían, pero eran los únicos sonidos. Golpes y respiraciones agitadas. Jadeos. Empujé despacio la puerta y eché un vistazo por la abertura. Ella estaba tendida en el suelo, mirando hacia el otro lado. Él estaba de pie a su lado, pateándola con fuerza en el blando estómago. Ella permanecía inmóvil, en silencio. Quise gritar, pero me contuve. Cerré despacio la puerta y me tumbé de nuevo en mi colchón. Sofoqué la tos con la almohada. Estaba muerta, no me cabía duda. Él la había matado y tal vez pensara venir también a por mí.

Un minuto más tarde, la puerta del dormitorio se abrió de golpe y oí pasar a Masood. Se dirigió a la puerta de la calle y se perdió en la oscuridad de la noche. Me puse de pie rápidamente y luego me dejé caer al suelo, junto a mi hermana.

—¡Maryam, Maryam, Maryam!

No me respondió. Tenía los ojos cerrados, las mejillas llenas de marcas rojas, amarillas, casi azules. Le puse un dedo debajo de la nariz, como se hace

con los bebés para asegurarse de que siguen respirando mientras duermen. Al principio no noté nada, pero luego llegó un soplo. Débilmente, pero llegó. Estaba viva. Me puse en pie de nuevo y fui a la cocina; llené un cuenco de agua fría y cogí el paño colgado de un gancho. En la salita, vacilé. Pensé que quizá era mejor cerrar la puerta con llave, para tener un poco de paz. Un poco de tiempo. Pero la imagen de la ira de Masood era demasiado reciente y no me atreví. Corrí de nuevo hacia Maryam. Moje el paño en el agua fría y le lavé la frente, las mejillas, los ojos. El agua fría se mezclaba con las gotas de sudor que me caían de la frente febril y con las lágrimas que me resbalaban por el cuello.

—Abre los ojos —susurré—. Por favor, Maryam, abre los ojos.

Finalmente, despertó y me miró con sus hermosos ojos verdes. Nos observamos la una a la otra en silencio. Luego me cogió el paño de la mano y lo humedeció en el agua. Levantó el brazo con un quejido de dolor y me secó la frente febril. Me hice un ovillo y me tendí junto a ella. Y allí nos quedamos las dos tumbadas durante el resto de la noche. Ninguna de las dos durmió, solo nos quedamos allí acurrucadas, mirando al frente. Vigilando. Esperando a que regresara Masood.

Cuando volví a casa, para las vacaciones de Año Nuevo, le hablé a mi padre sobre Maryam y su marido. Le conté que él la martirizaba. Y que ella siempre respondía de la misma forma: con más cariño. Le dije a papá que hablara con ella, que le dijera que respondiera a los gritos, que siguiera con su vida.

Estaba tendida en la alfombra, con la cabeza en su regazo, mientras él hacía girar lentamente la pipa entre los dedos.

—Es más noble amar que ser amado, dokhtaram.

Lo miré con incredulidad. ¿Y eso era todo? ¿No pensaba defender nuestro honor? ¿No pensaba proteger a Maryam?

Miró a mi madre, de pie junto a la cocina, y pese a ser solo una niña lo comprendí. La espalda tensa y delgada de mamá. Su expresión adusta. Entendí que papá la amaba sin ser correspondido. Y supe entonces que eso no era lo que yo quería. Sabía que quería ser amada y quería sentirlo a cada momento. Ser yo la que amaba... no, eso solo conllevaba trabajo y decepciones.

Un día, Aram me enseña un artículo. Hago un gesto de impaciencia. Otra cosa que en realidad quiere compartir con Masood. Pero aquí solo estoy yo, soy la única que queda. Y pronto ya no tendrá a nadie. Pobrecilla.

Cómo podemos haberle hecho algo así. A esa criaturita que era todo nuestro mundo, que supuestamente debía sustituir todos los mundos que habían desaparecido. Si lo hubiéramos sabido... Si hubiéramos sabido que terminaría así. Que la arrancaríamos de nuestras raíces y de nuestras familias, que nos la llevaríamos muy lejos y luego nos moriríamos. Que la abandonaríamos, la dejaríamos sola en un país que no era el suyo. Porque no lo es. Da igual lo sueca que se haya vuelto Aram. Aquí no hay nadie que pueda cuidar de ella, al menos no como la hubieran cuidado si nos hubiéramos quedado. Y eso se lo hicimos nosotros.

Me pregunto ahora qué tiene más valor. La libertad y la democracia... o tener personas que nos quieran. Personas que puedan cuidar de nuestros hijos después de nuestra muerte.

El artículo habla de alguien que ha muerto. Al darme cuenta, me enfado. ¿Por qué tiene que enseñarme algo así? ¿Por qué no intenta protegerme? «¡No quiero morirme! —me dan ganas de gritarle—. ¿Por qué me muestras la muerte?».

Es sobre Kiarostami. El director. El ídolo de Masood. Cáncer, igual que yo. En cierta manera, es reconfortante. No puedo decírselo a Aram, pero es lo primero que se me ocurre. No soy la única que se enfrenta a la muerte sin pelo, sin un cuerpo, sin dignidad. Nadie está a salvo. Por mucho talento que tenga. Por muy famoso que sea. Por mucho dinero que tenga. Delante del cáncer, todos somos iguales.

—No estaba preparada para que todo terminara tan rápido.

Habla con voz ronca. Me doy cuenta de que trata de reprimir lo que siente. De ahuyentarlo.

—Pensaba que tendríamos más tiempo. Más tiempo antes de que todo terminara. Antes de que todo el mundo se fuera. Antes de que todo... Al final, las cosas iban a salir bien, mamá. Iban a salir bien. Para papá. Y para ti.

Está llorando. No discretamente, sino como una niña. Solloza y le gotea la nariz.

—¡No entiendo por qué tiene que terminar así! Por qué nunca conseguimos que las cosas salieran bien. Por qué nunca tuvimos paz. ¡Se suponía que debía sentirse mejor! ¡Pensaba que se sentiría mejor! Y ahora ya no está.

Está tendida boca abajo en el sofá, con la cara oculta entre los brazos. Me acerco rápidamente a ella, le acaricio el pelo.

—Llora —le digo—. Llora, cariño. Es lo mejor que puedes hacer. Llora, llora.

Noto cómo se va relajando, cómo va soltando una parte de lo que lleva dentro. Algo se abre en su interior. Sigo acariciándole el pelo.

—No entiendo por qué todo desaparece, mamá. Por qué todo el mundo desaparece. No lo entiendo. No sé cómo superarlo. No quedará nada. Me siento como si estuviera flotando en el aire. Es que no entiendo por qué todo tiene que desaparecer.

Aparto la mano de ella. No quiero hacerlo, pero es como si no pudiera dejar la mano allí más tiempo. Quiero que lllore. Quiero que sufra. Quiero que lllore mi muerte. No quiero que se compadezca de sí misma, que sufra por su propio destino. Es ella la que recibirá el fruto de todos nuestros esfuerzos, y de todas nuestras pérdidas. Es ella la que heredará todo lo que nosotros ansiábamos, todas las cosas que dábamos por sentadas. Libertad, posibilidades, vida... Ella es la que seguirá viviendo. Y, sin embargo, aquí está, compadeciéndose de sí misma.

Todo desaparece, quiero decirle. Todos los mundos, todas las personas. Eres hija de la guerra. Eres una refugiada. Ya tendrías que saberlo. ¿Creías que solo se aplicaba a los demás? ¿Creías que lo habíamos dejado atrás, que es algo de lo que puedes huir? ¡Lee algún libro de historia! Nada perdura. Todo desaparece y este mundo se transformará en otro. Es de ahí de donde vienes, es esa la sangre que fluye por tus venas. Harán falta generaciones enteras para sustituirlo. Generaciones enteras antes de que la paz sueca, y la constancia sueca, sustituyan miles de años de guerra, rebelión y caos.

—Así son las cosas —me limito a decir. Mi tono es áspero, pero no hago nada por evitarlo—. Desde que tengo memoria, todo ha desaparecido siempre. Y mientras tú vivas, experimentarás lo mismo.

* * *

Pero cuando Aram se va, me quedo junto a la ventana con el artículo en la mano. Lo ha sacado de internet. Lo ha imprimido y me lo ha traído. Lo ha hecho por mí. Y por ella, porque para ella era importante. Quería hablar de ese tema. Quería que yo le ofreciera consuelo. Porque Kiarostami está muerto. Contemplo el papel que tengo en la mano, la imagen borrosa. Leo las palabras. Están en inglés, pero las entiendo:

Los árboles están arraigados a la tierra. Si los trasladamos de un sitio a otro, ya no darán fruto. Si yo hubiera dejado mi país, me sucedría lo mismo que al árbol.

Al leer esas frases, siento como si me hubieran dado un puñetazo en el estómago. No lo sabía. No me había dado cuenta de que era así. De que así serían las cosas. De que serían tantas las cosas que acabarían por desaparecer. Aquí estoy, pensando que Aram tendría que entenderlo, cuando yo he pasado tanto tiempo sin entenderlo. Solo ahora lo comprendo.

Estaba de pie junto a la ventana de mi apartamento. Fuera estaba oscuro y hacía frío. Hablo de antes del cáncer, de antes de todo esto. Y pensar que entonces me creía infeliz. Tenía la chaqueta sobre los hombros, un vaso de té entre las manos. Mi aliento ascendía en la oscuridad. Una y otra vez. De forma regular. Justo a mi lado, sobre la repisa de la chimenea, sonó mi móvil. Decidí no responder. Quería quedarme allí un poco más. Beberme el té. Tomar una pastilla para dormir e irme a la cama. Quedarme en mi propio mundo. Y también pensé, lo pensé de verdad, que no quería responder. Es lo que pienso a veces cuando me llama. No quiero responder, no quiero darle la satisfacción de haberme encontrado. Quiero que piense en mí más de lo que piensa en mí. Quiero seguir en su mente durante el resto de la noche, quiero que se pregunte cómo estoy. Quiero que piense: «Tengo que volver a llamar a mamá». Y por eso no respondí la primera vez, pero volvió a llamar. Contemplé el teléfono, estuve a punto de dejar que saltara el buzón de voz. Pero respondí en el último segundo. Y oí el traqueteo del metro.

—¡Llámame cuando haya menos ruido! —fue lo primero que dije.

Ella guardó silencio. Creo que le dieron ganas de colgar cuando me oyó. Cuando escuchó mi tono de voz. Mis palabras. Supongo que debió de pensar que yo no se lo iba a poner fácil.

—¿Hola? ¿Hola? ¿Sigues ahí? No te oigo.

Decidió intentarlo, de todos modos.

—Ha ocurrido algo terrible, mamá —dijo.

No sé por qué, pero no me conmovió. Tendría que haberme conmovido. Tendría que haberme preocupado. Tendría que haberme asustado. Tendría que haber reaccionado de alguna manera. Pero no hice nada de todo eso. Nada en absoluto.

—Vale, ¿qué? —Lo único que oía era el traqueteo del metro, así que proseguí—. Ya hablaremos mañana. Mañana te llamo.

Y colgué. Me dediqué de nuevo a contemplar la oscuridad. Más allá del lago, hacia los bosques. ¿Qué podía ser tan terrible? Seguramente no era nada.

Ya había cerrado la ventana y me dirigía a la cama cuando volvió a llamar. Recuerdo que suspiré. Que hice un gesto de impaciencia. Pero cogí de nuevo el teléfono, sí. Seguramente, me disponía a decir algo que empeorara aún más las cosas, pero no tuve tiempo.

—Papá ha muerto. Papá está muerto.

Tal vez estuviera en un túnel silencioso, porque se oyó como un eco. «Papá está muerto. Papá está muerto». No sé si dijo algo más. No sé si yo dije algo más. No me acuerdo.

Solo sé lo que pensé: no conseguimos escapar. No conseguimos escapar. Nosotros, que no queríamos morir. Nosotros, que lo único que queríamos era no morir.

Sé que está en la habitación. Sé que me ha encontrado. Algún vecino debe de haberla llamado para decirle que se me han llevado en ambulancia. Seguro que ha llamado a todas las salas de urgencias. Hasta que me ha encontrado y ha venido aquí. No tengo fuerzas ni para abrir los ojos, pero sé que está sentada a los pies de la cama. En un taburete, inclinada hacia delante. Nunca se sienta en las sillas tapizadas con respaldo. Nunca se reclina. No, sé que está ahí sentada, inclinada hacia delante, cuidándome.

Oigo el trino de los pájaros en el exterior. Noto en el cuerpo la caricia de la brisa cálida que se cuele por la ventana abierta. Sé que lleva una camiseta de tirantes, pantalones de pata ancha y zapatos de tacón. Oigo el golpeteo de sus tacones en el suelo. Lo hace muy suavemente, despacio, pero no puede evitarlo. Está nerviosa, inquieta. No quiere que yo siga viviendo. Quiere que yo acabe de una vez con esto y me muera. Que termine todo. Que acabe el tormento, para mí y para ella.

¿Por qué no puedo morirme y ya está? Ojalá pudiera. Noto el cuerpo entumecido. Intento moverme, ponerme de lado, pero no controlo el cuerpo. La oigo levantarse, oigo el chirrido del taburete metálico contra el suelo. Se ha dado cuenta de que intentaba moverme. Me coge la mano.

—Mamá —dice—. Mamá, estoy aquí. Estoy aquí, mamá. No te dejaré.

Le tiembla la voz, se le quiebra.

—Mamá. Mamá. Mamá.

Se deja caer al suelo junto a la cama, sosteniéndome una mano entre las tuyas.

Empieza a cantar en voz muy muy baja.

Man o ba khodet bebar, man ba raftan hazeram.

Otra vez Googoosh. Intento apretarle la mano, pero la mía no responde. Mi mano no me escucha, está flácida e inerte. Ya muerta entre las tuyas.

Akhare shehreh safar, akhare omre mane. Lahzeye mordane man, lahzeye residane.

Quiero pedirle que pare. Esa canción no. Ella no se va a morir, no me va a

seguir a ninguna parte. Ella vivirá, vivirá mucho tiempo. Quiero hacérselo entender. Que si no vive, todo se habrá perdido. Guarda silencio. O a lo mejor es que yo me quedo dormida.

Cuando abro los ojos, la lluvia golpea los cristales de la ventana. Debe de ser otro día. Aram está sentada, vestida con un jersey ancho y zapatillas deportivas. No lleva maquillaje, se ha recogido el pelo en un moño informal.

—¿Por qué tienes esa pinta? —digo, con voz ronca—. ¿Es que no te arreglas para tu madre?

Suelta una carcajada. Breve. Como cuando algo no es divertido pero no hay mejor forma de responder. Llama a la enfermera y se sienta a mi lado.

—¿Cómo estás, mamá?

El nudo que tengo en la garganta está a punto de explotar. Quiero gritar. ¡Gritar! Pedir ayuda. Decirle cuatro verdades a lo que sea que me ha traído aquí. Solo gritar. Pero tengo la boca seca y no puedo. Muevo la cabeza de un lado a otro. Ella me aprieta la mano. Desvía la mirada hacia la ventana, hacia la lluvia que golpea sin descanso.

Es la quimio. Me está tumbando. Tengo mucha fiebre y no sé qué infección. Me bombean antibióticos en la sangre por vía intravenosa. Antibióticos y quién sabe qué más. Estoy allí tendida, conectada a montones de tubos, y no sé nada de nada. No puedo hacer nada de nada.

—Yo también soy enfermera —digo cuando entra una enfermera a tomarme la tensión y controlarme el pulso.

Quiero que la persona que me clava tantas agujas en el brazo amoratado y maltrecho lo sepa. Quiero que sepa que entiendo de estas cosas. Que soy igual que ella. No una víctima, una pobre desdichada a su cuidado. Sonríe.

—¡Estupendo!

Eso es lo único que dice. Recoge sus cosas, silbando, empuja el carro y se despide con una mano.

—La doctora vendrá enseguida.

Aram la observa con una mirada vacía. Puede que pase mucho tiempo antes de que Aram vuelva a silbar, pienso. Puede que pase mucho tiempo antes de que algo vuelva a parecerle estupendo. Se me ocurre entonces que me estoy hundiendo y la estoy arrastrando también a ella.

—Debe de tener una cita —digo.

Intento parecer feliz. Aram, sobresaltada, se vuelve hacia mí. Tarda un momento, pero me devuelve la sonrisa y yo me doy cuenta de que mi sonrisa se ha vuelto auténtica.

—A lo mejor encuentro por aquí a algún viejo guapo con cáncer de próstata que quiera tomarse un café conmigo.

Aram se echa a reír y el sonido de su risa me provoca un cosquilleo en el estómago.

—En el pasillo he visto a uno que se parece a Mikael Persbrandt..., un Persbrandt sin pelo.

Me guiña un ojo.

—Prefiero esperar al auténtico —le digo.

Nos quedamos allí las dos, sonriéndonos durante un rato. Sin movernos, sin hablar. Nos sonreímos la una a la otra como dos tontas, hasta que yo me canso y vuelvo la cabeza.

* * *

Cuando entra Christina, parece preocupada.

—Vamos a tener que suspender la quimio —dice.

—¿Y eso qué significa? —pregunta Aram—. ¿Qué hacemos en vez de la quimio?

—Nada —responde ella—. Ahora mismo, su cuerpo no está lo bastante fuerte.

—Entonces, ¿no va a recibir tratamiento? ¿Y el cáncer se le extenderá por todas partes?

—Ese riesgo existe —responde Christina—. Pero la quimio la mataría. Lo siento mucho.

Nos deja y la intensa lluvia se intensifica aún más. Las dos contemplamos la ventana. Las gotas furiosas que vuelan hacia el cristal, que se estrellan contra él, que resbalan. Aram se ha sentado ante el pequeño escritorio, con un bolígrafo en la mano. Está garabateando algo. Dibujando, supongo, pero yo solo oigo los trazos del bolígrafo.

—¡Basta! —digo.

Debo de haber gritado, porque me mira, sorprendida.

—Si tanto te aburres de estar aquí, por mí puedes marcharte.

Sus ojos profundamente oscuros. Me mira como una niña. Una niña dolida y abrumada. Mi pequeña.

—Vete. Es lo mejor. Estoy cansada y quiero dormir. Vete.

Sigue sentada, como si estuviera paralizada.

—Nos vemos mañana, si tienes tiempo. No hay nada que hacer, ya lo has oído.

Aram recoge rápidamente sus cosas. Supongo que deseaba marcharse, deseaba que la liberara.

—¿Tienes prisa? —le pregunto. Se pone tensa.

—¿Quieres que me quede, mamá? Me quedo todo el tiempo que quieras.

«Miente —pienso—. Si eso fuera verdad, no se iría nunca».

Es como si me hubiera pasado el resto de mi vida en aquel hospital. Estaba a 40 °C de fiebre y no había manera de bajarla. Tenía alucinaciones. Sí, supongo que era eso. Alucinaciones. Sean lo que sean. ¿Acaso no alucinamos todo el tiempo? Vemos el mundo a través de nuestros turbios filtros. ¿Llegamos alguna vez a experimentar algo real? ¿A experimentarlo de verdad? Cáncer. Supongo que eso es real y, al mismo tiempo, no lo es. En primer lugar, ¿por qué empecé la quimio? Cuando me dijeron que me iba a morir. Por qué no cogí mi dinero y eché a correr. Podría haberme ido bastante lejos, llevar una vida lujosa. Podría haberme llevado a Aram. Podríamos haber ido a Hawái, descansar en tumbonas bebiendo cócteles enormes, hacernos masajes todos los días. Podríamos haber ido a Nueva York y alojarnos en hoteles de cinco estrellas. Podríamos haber viajado a Las Vegas y apostar en los casinos. Y cuando se acercara el final, podría haberme despedido de ella. Mandarla de vuelta a casa. Despedirme con besos, abrazos y la mente intacta. Y luego me habría comprado un descapotable viejo y habría conducido hasta Texas, hasta el desierto. Habría buscado una montaña y habría conducido hasta la cima. Me habría bebido una botella de coñac y me habría fumado un paquete de cigarrillos. Y me habría sentado allí, en el borde del precipicio, con las piernas colgando, a beber, fumar y cantar. Luego me habría subido al coche, habría pisado el acelerador y habría conducido con los brazos levantados, gritando. El coche se habría despegado del suelo y habría quedado flotando en el aire. Y yo habría volado. Habría gritado y habría volado y la vida habría terminado de la forma más hermosa.

Eso es lo que habría hecho. Hacer de la noche día. Vivir hasta sentirme satisfecha. Acabada. Pero perdí mi oportunidad.

Me dijeron: tienes cáncer, te vas a morir. Y yo decidí enfrentarme a la muerte en lugar de exprimir lo que me quedara de vida. En realidad, no sé por qué elegí este camino. Pero sí sé que si me ofrecieran la posibilidad, volvería a elegirlo. Eso lo sé. Sé que me da más miedo morir que vivir mal. Y creo que siempre he sido así. Esa era yo en la sala de interrogatorios. Por eso lo traicioné todo y a todos, por eso me convertí en una traidora. Y esa soy yo en

esta habitación de hospital. Me da más miedo morir que no vivir hasta el final.
Si eso no es una vana ilusión, entonces no sé qué son las vanas ilusiones.

La infección ha remitido y pronto me darán el alta. No quiero marcharme. No quiero volver a casa y estar sola. Sí, es así de fácil. Prefiero estar en el hospital. Prefiero la compañía de los moribundos y de sus hastiadas enfermeras a estar en mi propia casa. Además, aquí recibo visitas, porque cuando una persona está ingresada en el hospital, hay que ir a verla. En cuanto vuelva a casa, todo el mundo creerá que puedo apañármelas sola. Así que quiero quedarme.

Se lo he dicho a Christina. Que aún no me siento lo bastante fuerte. Ella me ha cogido la mano y se ha sentado en la silla que está junto a la cama, cosa que los médicos no suelen hacer. Por lo general, se quedan de pie, mirando a los pacientes desde lo alto. Pero ella me ha cogido la mano y me ha hablado con voz dulce.

—Lo entiendo. Pero me temo que así van a ser las cosas a partir de ahora. Ya nunca te sentirás lo bastante fuerte.

Me han dado ganas de levantar la mano, con todos los tubos y agujas que llevo, y abofetearla. Un bofetón que le girara la cara, que le pusiera los ojos morados. ¿Cómo puede decirle algo así a alguien? ¿Cómo puede enviar al mundo a un ser humano con esas palabras? «Soy más fuerte de lo que crees», quiero decirle. Pero no serviría de nada, porque entonces me metería en la primera ambulancia de transporte asistido y me mandarían a casa. Y, además, ni siquiera sé si es verdad.

Siempre he creído, siempre he pensado, que soy más fuerte de lo que la gente imagina. Pero ahora es al revés. Los demás me ven como a una superviviente, pero se equivocan. Estoy muy asustada, me da mucho miedo la muerte. Estoy más asustada que nunca, más aterrorizada de lo que creía posible. Pensaba que la muerte sería algo rápido y violento. Una bala en la cabeza, un accidente de coche, una bofetada, un porrazo y adiós. Estaba preparada para algo así, pero no para esto. No para esperar. Y esperar. Ya ha transcurrido un año desde el diagnóstico, desde que me dijeron que me iba a morir. Un año y puede que aún me quede ese mismo tiempo de vida. Un año despertándome todas las mañanas con la idea de que me estoy muriendo. Y un

día, ya no falta mucho, me moriré.

Esto no es lo que yo imaginaba. No es lo que esperaba de la vida. Esta prolongada espera de la muerte.

Vamos a un concierto, dijo Aram. Compró las entradas, lo planificó todo. No sé por qué, no entiendo cómo se le ha ocurrido. Se le ha metido en la cabeza que tenemos que hacer cosas juntas antes de que yo desaparezca. Cosas bonitas. Pero no sé si me apetece mucho, con tanta lucha contra tumores y toxinas. No sé si quiero ir.

—Puedes hacerlo, mamá —dice—. Puedes venir conmigo.

Sabe que Christina me va a dar el alta. Y está contenta. Cree que eso significa que aún hay esperanza.

Qué sabrás tú, quiero decirle. Qué sabréis vosotros de lo que está ocurriendo dentro de mi cuerpo.

—Iremos en taxi hasta allí. Y cogeremos otro taxi para volver. Solo tendrás que caminar unas decenas de metros. No es nada del otro mundo, puedes hacerlo.

Puedes hacerlo. Como si yo tuviera dos años y me estuviera animando a hacer pipí en el orinal.

—No quiero ir —le digo—. Es mi última noche en el hospital. Quiero quedarme aquí.

—Pero el concierto es esta noche, mamá. Solo esta noche. No puedo cambiarlo. Y quién sabe si...

—¿Quién sabe qué? —digo, enfadándome con ella—. ¿Quién sabe si tendré otra oportunidad? ¿Quién sabe si me moriré mañana?

Se muerde el labio como suele hacer cuando está dolida. Lo sé, pero ella cree que no me doy cuenta. Veo sus sentimientos con la misma claridad que veo brillar la luna en las noches de invierno. Con mucha mucha claridad. Disimula un poco más, me dan ganas de decirle. No se te da demasiado bien. No quiero ver todo lo que sientes, ¿es que aún no lo sabes? Ya siento yo bastantes cosas. Y no quiero que esas miradas tuyas me hagan sentir más culpable o más avergonzada. ¿Estás dolida? ¿Lo estás? Pues me da igual, porque yo me estoy muriendo. Yo me moriré y tú seguirás viviendo. ¿Lo entiendes? Así que puedo hacerte lo que me dé la gana.

—¡Vete! —me limito a decirle—. No pienso ir.

Deja caer los hombros, tensos, y se marcha. Estrujo la almohada de estampado turquesa que me compró Aram. Cierro los ojos y me seco las lágrimas en la tela.

Christina llama a la puerta y asoma la cabeza. De nuevo. Es la segunda vez hoy. Solo quiero que me dejen en paz.

—Vaya, pues sí que tenéis medios en este hospital, ¿no? —le digo—. ¿Qué he hecho yo para merecer tanta atención?

Pero entonces recuerdo dónde estoy y lo que está pasando y me siento en la cama.

—¿Ya tienes los resultados de las pruebas?

A lo mejor esta noche es la noche en que me dicen que se ha acabado de verdad. A lo mejor puedo pedirles que me metan una bala en los sesos. Si los resultados de las pruebas son lo bastante malos, difícilmente podría considerarse un crimen. Yo jamás sería capaz de hacerlo, eso lo sé muy bien.

—Me he encontrado a tu hija junto al ascensor —dice—. Parecía disgustada.

Trago saliva.

—No te corresponde a ti hablar de ese tema conmigo. Que venga la consejera. —Hago una pausa. Frunzo los labios—. O que la consejera vaya a ver a mi hija.

Me mira con el ceño fruncido. Decepcionada. Está decepcionada. No conmigo como paciente, sino como madre.

—Nahid.

Me sorprende que sepa mi nombre. Que me vea como a una persona y no como a un recipiente de toxinas y masas celulares en expansión.

—Entiendo que sea doloroso —dice—. Entiendo que te parezca injusto. Entiendo que estés enfadada. Todo eso lo entiendo y no tengo nada que decir en cuanto a las decisiones que tomas o la forma en que eliges vivir tu vida. Mi trabajo consiste en luchar contra el cáncer y en asegurarme de que sufras lo menos posible. Eso es todo. Así que solo te voy a decir una cosa: te recomiendo que te esfuerces. Te recomiendo que te esfuerces por conseguir que tus días tengan sentido. Que pases tiempo con tus seres queridos. Que hagas cosas divertidas. Esa es mi recomendación como profesional, Nahid. Si

lo haces, tendrás más energía. ¿Lo entiendes? Y eso es todo lo que necesitamos. Que tengas más fuerzas. Durante más tiempo.

—¿Y para qué necesito las fuerzas? —respondo—. ¿Adónde me van a llevar? Conseguiré unos pocos días más, unos pocos días para ser fuerte. ¿Por qué no puede terminar de una vez? ¿Por qué tengo que seguir? ¡Me voy a morir! Todo el mundo sabe que me voy a morir. ¿Por qué tengo que seguir?

—Nahid —dice Christina—. Todos vamos a morir. A lo mejor me muero yo antes que tú. ¿Lo entiendes? Tu hija podría morir en cualquier momento. En un accidente, o a causa de alguna enfermedad desconocida. No lo sabemos, no sabemos nada. Pero si a ella le ocurre algo, nunca olvidarás las últimas palabras que le hayas dirigido. Yo solo soy médico, pero puedo asegurarte que eso sería mucho peor que el cáncer.

Puede que sea una egoísta. Puede que alguien me diga: Nahid, eres mezquina. Y odiaría a esa persona. Le gritaría y lloraría. Le diría: ¿qué sabes tú? ¿Qué sabes tú de lo que he tenido que pasar? ¿Qué sabes tú de lo sola que he estado? ¿Qué sabes tú de lo egoístas que han sido los demás conmigo? Podría decir todo eso y esa persona aún me detestaría más. Me diría: te compadece de ti misma. Te compadece de ti misma y eso también es egoísta. ¿Por qué castigar a inocentes por las injusticias que tú has sufrido? ¿No entiendes que así solo transmites tu dolor? ¿No entiendes que así solo mantienes vivo el dolor y te aseguras de que te sobreviva? ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que el dolor se convierta en tu legado, que el dolor sea la herencia de tu hija? Me limitaría a mirar a esa persona, a lanzarle una mirada airada. Y mi respuesta sería breve.

¿Por qué iba ella a salvarse?

Espero hasta que Christina se marcha. Luego me incorporo rápidamente y busco mi teléfono. «Iré», escribo. Y luego me dejo caer de espaldas otra vez.

—Lo hago por Aram —me digo en voz alta.

Pero no es verdad. Lo hago por mí. La doctora tiene razón. Duele hacer daño a los demás. Duele, porque los demás te dan la espalda. Y eso es lo peor. Quedarme sola. No quiero eso. Quiero que vuelva, quiero que se quede a mi lado. Así que, esta vez, haré lo que ella quiere. Mi teléfono emite un pitido. «¡Bien! Paso a buscarte», escribe. Viene hacia aquí. Eso es todo lo que necesito saber y me permito cerrar los ojos. Dormir en lugar de luchar. Descansar y permitir que los tumores, dentro de mí, respiren hondo.

En mi sopor, lo imagino como una violación. Me veo obligada a experimentar mi miedo más atroz: algo desconocido y no deseado que penetra en mi cuerpo y se apodera de él. Deja a su paso un desastre que jamás podré limpiar. He perdido la lucha por mi propio cuerpo, pienso para mis adentros. Aunque tal vez la batalla ya estuviera perdida cuando nací. Otra niña, otra decepción.

Una vez más, estamos las dos juntas en un coche. Ella me coge una mano y miramos las dos por la ventanilla, hacia Strandvägen y el agua. Esperaba que centelleara, pero no. Está oscura y agitada, como un mal presentimiento.

—Va a llover —digo.

—No importa —responde ella.

El coche se detiene delante del Cirkus Arena y hay tanta gente que tengo que contener el aliento. Hacía mucho tiempo que no veía tanta vida. Aram me abre la puerta desde fuera, pero vacilo.

—No sé si podré.

Ella me coge del brazo y me ayuda a salir. Con delicadeza, pero también con más fuerza de la que esperaba. Me dejo llevar, arrastrando los pies. En un momento determinado, se nos unen sus amigos. Me observan con miradas cargadas de compasión y yo las rehúyo. Ninguno de ellos sabe qué decirme. Me dejo caer en una mullida butaca. Justo entonces empieza la música y es como si me rodeara una presencia viva, como si estuviera envuelta en algo cálido, hermoso y tierno como las manos de una madre. La música. La melodía tiene un aire persa y ella, la chica que está en el escenario, parece salida de un cuento de hadas. Se llama Laleh. Un tulipán en mitad de una tormenta de abril. Empieza a hablar y su voz me tamborilea en los tímpanos como la suave lluvia veraniega. Me traslada a un tiempo y un lugar desaparecidos hace mucho. Aram me sigue cogiendo la mano y, por primera vez, me parece que está bien. Está bien morir. Tengo la sensación de que me espera una especie de calidez. La calidez de papá. La calidez que en otros tiempos albergaba Masood en su interior. La calidez de Noora. Tengo la sensación de que Noora me está esperando. Me hundo aún más en la mullida butaca y percibo mi propia sonrisa. Le aprieto la mano a Aram, con la ternura de esas manos de madre. Me mira y, a pesar de la oscuridad, veo su sorpresa. Mi afecto le produce asombro.

No sé si fue por mi calidez o porque, gracias a la oscuridad, Aram también estaba envuelta en la misma sensación de seguridad. O tal vez fuera gracias a la chica del escenario. Deseo haber sido yo quien le transmitiera algo. Deseo

haberla ayudado a sobrellevar el dolor. Pero supongo que fue solo la música. La poesía. Mi hija se crio entre música y poesía. La música y la poesía le ofrecían consuelo, le daban el aire que respiraba, el alimento que la nutría. Pero fui yo quien le regaló la música y eso me hace feliz. Por lo menos, pude regalarle la música. La chica del escenario empieza a cantar. Una niña de la guerra, igual que mi hija. Sus palabras le dan a Aram el aire que respira. Canta acerca de los que se van demasiado pronto y de los que tratan de aferrarse, los que no se quieren ir. «Algunos mueren jóvenes», canta, y Aram empieza a llorar. Lloro casi en silencio. Inclina la cabeza, empieza a temblar y sé que está sollozando, mi pobre hija. Mi niña. Lloriquea como un bebé. Solloza, tiembla y lloriquea como un bebé y sé por qué. Sé que soy yo la que se muere. Y que ella es la que se queda. Sé que yo voy a abandonar a mi hija y que ella va a perder a su madre. Le aprieto la mano con más fuerza y me reclino en mi butaca. Me balanceo hacia delante y hacia atrás. Es lo que hay. Yo me voy a morir y mi hija va a perder a su madre. Durante un segundo, incluso me parece agradable. Me parece que así es como debe ser.

Es verano otra vez. Abril ha dado paso a mayo, mayo a junio y, una vez más, han levantado el palo en el césped de abajo. Llevan sus vestidos de flores y gritan sus alegres gritos. Estoy asomada a la ventana, como de costumbre, con una taza de té justo al lado. Mi reflejo exige atención y me observo. Me observo atentamente. Me ha vuelto a crecer el pelo. Ya llevo tres meses sin quimioterapia y los tumores se han reducido. ¡Estoy curada! Se lo dije a Christina el lunes, pero ella no pareció estar de acuerdo.

—Ya veremos, Nahid —dijo.

Decidí no hacerle más preguntas.

—Gracias —me limité a decirle.

Ella asintió. Me sonrió con amabilidad.

—Que disfrutes de la fiesta del solsticio de verano.

—¡Gracias! Lo voy a celebrar con mi hija y la familia de su novio —le dije. Vacilé, antes de añadir—: Es una tradición.

No le conté que solo era la segunda vez, porque entonces nos habríamos puesto a hablar otra vez del tiempo. ¿Sería esta la última vez? ¿Puede llamarse tradición, si solo ha ocurrido dos veces?

Me he comprado un vestido nuevo, un vestido con grandes flores rojas estampadas. Ahora mismo está colgado de la puerta del cuarto de baño; también tengo unas sandalias rojas, que están en el recibidor. Tengo ganas de que llegue la hora. Quiero subir al coche y llegar lejos, muy lejos, pasar por encima del agua, cruzar puentes e islas. Recorrer esos hermosos paisajes. Quiero conservar buenos recuerdos. Recuerdos hermosos. Algo agradable que pueda atesorar en mi interior.

Una vez que estoy vestida, me coloco delante del espejo y cojo la barra de carmín. Me pinto los labios despacio, meticulosamente. Hoy no me salgo de las comisuras. Hoy no quiero ser la enferma. Porque hoy, concretamente, no me siento enferma. El día de hoy, todo indica que voy a sobrevivir. Y me siento como si hubiera vuelto a nacer.

* * *

Me doy cuenta enseguida de que hay algo distinto. Suben juntos en el ascensor y llaman al timbre. Ella lleva las llaves del coche en la mano, las sujeta con fuerza. Les da vueltas y vueltas, las hace tintinear y no quiero decirle que pare porque hoy no estoy enferma. Pero me irrita tanto que finalmente le grito.

—¡Para ya!

Ella deja caer las llaves, sobresaltada, y él me lanza una mirada sombría. Les doy la espalda y me dirijo al ascensor. No los oigo seguirme. Se quedan donde estaban, hablando en susurros. Él la está consolando. Ella está mareada, creo. Hoy que yo me encuentro bien, ella está enferma. Es cáncer, sin duda. Se lo he pegado yo. Hoy que yo estoy sana, ella se está muriendo. ¿Y si soy yo la que sobrevive y ella la que se muere y me deja sola? Nada en este mundo me da tanto miedo como esa idea.

En el coche, permanecemos todos en silencio. Yo, que ansiaba tanto un día relajado, que ansiaba ser feliz. Todos. Me fijo en la espalda de ambos e intento leer su expresión. Él parece tranquilo, es ella la que está tensa. Intento pensar en algo que decir. En algo que preguntar. Me doy cuenta de que hace mucho tiempo que no necesitaba hacerlo. Normalmente, es ella quien formula todas las preguntas, yo solo tengo que responder. No se me ocurre qué preguntar.

—¿Qué tal el trabajo, Johan? —me oigo decir.

No es la clase de pregunta que tenía en mente, y tampoco pretendía hablar con él.

Se vuelve hacia mí. Parece feliz.

—Va bastante bien, Nahid, gracias por preguntar. Pero será agradable tener vacaciones dentro de poco.

No añade nada y yo me vuelvo con un gesto de impaciencia. Todas esas palabras vacías que nos decimos unos a otros. No significan nada en absoluto.

—¿Cómo te encuentras? Me han dicho que esta semana ha ido muy bien con la doctora.

Le sonrío y le dedico la señal de la victoria.

—¡He ganado! El cáncer ha desaparecido.

Ella me observa a través del espejo retrovisor.

—Los tumores, quiero decir. Ya no tengo tumores. Así que, ahora mismo, no tengo cáncer y eso ya es mucho, ¿verdad, Johan?

Él me coge una mano y me la aprieta con fuerza.

—Es muchísimo, Nahid.

Tiene los ojos bañados en lágrimas, algo para lo que yo no estaba preparada. No estoy preparada para que le importe, no de este modo.

Ella se aclara la garganta y me observa de nuevo por el espejo retrovisor.

—Hemos pensado parar en Delselius, mamá. Para tomar un café y comer bollos de crema. ¿Te parece bien?

—¿Hoy? Es la fiesta del solsticio de verano, ¿estará abierto?

—Sí, he llamado para asegurarme —dice ella.

No entiendo por qué es tan importante, ya que en realidad tampoco es que nos entusiasmen mucho los pastelillos. Se lo digo y ella sonríe.

—Ya, ya lo sé. Pero es que me apetece. Y ha pasado mucho tiempo, ¿no? ¿Cuánto? ¿Quince años?

Hago un gesto afirmativo, pues tiene razón. Hace quince años compramos el apartamento en la ciudad y fuimos en coche hasta Gustavsberg, aturdidas. Nos sentamos en esas mismas sillas de cafetería y pedimos semlor, porque estábamos en febrero, y casi nos echamos a reír en voz alta. Creo que ninguna de las dos pensaba que ocurriría de verdad, pero lo conseguimos. Nos compramos una casa, un estilo distinto de casa, y dejamos atrás todo lo demás. O eso pensábamos, porque es lo que piensa todo el mundo cuando huye, cuando se muda. Ahora lo vamos a dejar todo atrás. Pero en realidad no funciona así: el pasado siempre nos persigue, da igual lo lejos que vayamos. Aun así, Aram y yo celebramos en aquella ocasión que nuestra vida seguía adelante y que nos sentíamos felices.

Me apetece decirlo. Que han transcurrido quince años desde que compartimos un momento de felicidad. Pero en mi mente sonaba terriblemente triste, porque no estaba segura de que volviéramos a compartir otro de esos momentos. No puedes decir que han transcurrido quince años desde que éramos felices hasta que vuelves a ser feliz. Me pregunto si eso es lo más difícil: recordar tiempos mejores. Recordar que las cosas pueden ser mejores. Recordar que la felicidad está tan cerca, que la tenemos casi al alcance de la mano.

—Me parece bien —me limito a decir, y ella parece aliviada. Como si

hubiera temido que yo le montara un escándalo.

* * *

Aparcamos junto a la plaza y bajamos del coche. El lugar parece abandonado. No porque sea la fiesta del solsticio de verano, sino porque aquí no queda prácticamente nada. Una pizzería, una panadería, un videoclub, aunque hoy en día ya casi no existen videoclubs en ningún lado. La clase de tiendas a las que va la gente hoy en día difícilmente encajarían aquí: Rusta, ICA Maxi, McDonald's... Esos sitios los abren muy lejos de aquí, donde antes había bosques. Me pregunto por qué no han derribado aún todo esto. Por qué no lo han convertido en otra cosa. Recuerdo cuando solíamos venir aquí todos los días: comprábamos en Domus, íbamos a la oficina de correos a recoger grandes paquetes enviados desde Irán, veíamos alguna peli en la Casa de Cultura. Descubrimos Suecia en esta pequeña plaza.

—Es una ciudad fantasma —le digo, y ella me coge la mano.

—Lo sé. Ahora es totalmente distinto. Pero no importa, ¿verdad? No nos afecta.

Me doy cuenta de que estoy de acuerdo con ella. Todo esto no tiene nada que ver con nosotras. Ya no estamos aquí, todo esto lo dejamos atrás ya hace mucho. Pero entonces advierto que en realidad se refiere a algo completamente distinto. A que todo esto es demasiado trivial como para afectarnos. Que la pérdida de un lugar no afecta a quienes han perdido a su gente. No afecta a los que se están muriendo.

Bajo la cabeza. Digo que aún nos afecta. Que me inquieta. Los lugares que se dejan, los lugares de los que se huye, no deberían afligirnos, pero lo hacen. Todas las pérdidas afectan. Cuando se acerca la muerte, no queremos admitir que se pueden perder cosas.

Entramos en el Delselius Café y todo parece exactamente igual que antes. Platos de cristal repletos de pasteles tradicionales, bocadillos, bollos de crema y de canela. Chicas rubias tras el mostrador, con los mismos delantales a rayas. Asientos de terciopelo rojo, la misma tela y las mismas sillas. Parece un poco dejado, no tan bonito y acogedor como me parecía cuando Aram era pequeña y solo podíamos permitirnos bollos de cinco coronas, y eso muy de vez en cuando.

Johan se acerca al mostrador para pedir y Aram me acompaña a la mesa grande que está junto a la ventana. Somos los únicos clientes dentro del establecimiento. Un par de ancianos toman café en la terraza. Alguien entra a comprar un pastel para la fiesta del solsticio de verano. El interior está un poco oscuro, fuera luce el sol y yo sigo sin entender por qué nos hemos parado aquí. Aram se sienta al otro lado de la mesa, en diagonal respecto a mí, y él ocupa una silla a su lado. En la bandeja hay dos bollos y una tarta Mazarín. La camarera nos trae el café. Consulto el reloj de la pared, uno de esos relojes grandes como el que colgaba en la clase de Aram.

—¿No llegaremos tarde a casa de tus padres?

—No pasa nada.

Johan la mira. Ella mueve la cabeza de un lado a otro, muy despacio. Se inclina hacia él y le susurra algo al oído.

Él se aclara la garganta.

—Nahid, hay algo que queremos decirte.

—Ah. Bueno, pues decídmelo.

El corazón me late desbocado porque lo sé. Es algo sobre la vida y la muerte. Aram está enferma, ahora es ella la que se está muriendo.

Johan se vuelve de nuevo hacia ella, pero Aram aparta la mirada. Él se aclara otra vez la garganta.

—Bueno, Nahid, pues resulta que vas a...

Aram se levanta bruscamente de su silla y él se vuelve a mirarla, sorprendido. Parece dispuesta a salir huyendo y yo siento lo mismo. No quiero estar aquí. ¿Por qué me han traído de vuelta aquí? De vuelta a viejos recuerdos y viejas decepciones, solo para añadir una más.

Johan le coge la mano y se la sujeta con fuerza. Ella se queda de pie, a su lado.

—Nahid, vas a ser abuela.

Todo se vuelve negro ante mis ojos. Al principio, creo que no he oído bien. O que solo es un juego, que están bromeando para aliviar un poco la tensión. Lo miro con los ojos entornados.

—¿Qué has dicho?

Titubea. Se vuelve hacia ella, pero Aram desvía otra vez la mirada.

—Bueno, pues que vamos a tener un bebé. Que vas a ser abuela.

Me aferro al borde de la mesa con fuerza.

—Ay —gimoteo—. Ay, señor.

Intento ponerme en pie para acercarme a ella, pero no puedo. Me tiemblan las piernas y me siento como si me fuera a caer al suelo. Quiero decir algo. Algo alegre. ¡Qué día! ¡Tan lleno de vida! Pero no puedo. En lugar de eso, apoyo la cabeza en la curva del codo y me echo a llorar. Las lágrimas me caen como un velo delante de los ojos y desaparezco dentro de mí misma. Dentro de mi cáncer, de todas mis luchas. Pienso que esto es todo lo que siempre he deseado. Recibir una señal de que no soy un ser humano prescindible. De que soy algo más que una traidora. Algo más que el motivo de que otros mueran y sean infelices. Pienso en mi madre, sentada junto al teléfono en su minúsculo apartamento. Pienso en que siempre espera lo peor. En la forma en que se queda allí sentada, en la alfombra, vigilando la puerta y observando el teléfono, levantándose a veces para echar un vistazo entre las cortinas. Nunca la he llamado para mantener una conversación con ella. No la he llamado para decirle: Mamá, tengo cáncer, me voy a morir. Pero ahora puedo llamarla para contarle esto: «Mamá, ¡vamos a tener un bebé!».

Los miro. Aram ha vuelto a sentarse en su silla y él la abraza, con los ojos enrojecidos. Ella tiembla entre sus brazos.

—¿Es cierto? —pregunto—. ¿Es de verdad?

Ella no me mira. Lloro, apoyada en el pecho de él. Pero Johan asiente; asiente y sonrío.

Me seco la cara con una servilleta, pero no puedo parar. No puedo parar. Yo, que supuestamente me iba a morir. Yo, que debía morir y desperdiciar mi vida. Ahora tengo un motivo para vivir.

—Gracias —digo—. Gracias.

Aram no me mira, pero no digo nada. Me levanto, me acerco a ella y la abrazo; ella deja caer los hombros. La noto relajarse entre mis brazos, apoyo la mejilla húmeda en la suya y le digo gracias una vez más. Le digo, estoy a tu lado. Estaré a tu lado. Ella se echa a llorar otra vez, Johan nos abraza a las dos y nos quedamos allí los tres, hechos una pila. Una pila humana. Otra clase de montaña de carne. Ella, yo, él y el pequeñín que crece en el vientre de Aram.

El pequeñín. Es todo lo que deseo. Si se me concede, nunca más volveré a pedir nada.

—Seré la mejor abuela del mundo.

Aram me mira, me mira abiertamente. Percibo la duda en sus ojos. Duda y eso otro que nunca desaparece: ese destello, ese brillo, esa ingenuidad infantil. Su esperanza.

Su esperanza en mí.

* * *

Seguimos en el coche, por esa carretera que he recorrido tantas veces antes. Pasamos por bosques y playas. Cruzamos el puente de Djurö y el agua resplandece tanto que centellea en mi mente. Qué lugar tan hermoso y hoy formo parte de él. Formo parte de la vida y de la belleza. Hoy no voy a morir. Hoy soy abuela. Hoy soy inmortal en todos los sentidos en que se puede ser inmortal. Noto un cosquilleo en el estómago. Me he enfrentado al cáncer y esta es mi recompensa.

Pienso en los grandes árboles de la isla. Pienso en que mi nieta no será como yo. Será una niña de raíces, no de arena. Vivirá en el lugar en el que ha nacido. Sus raíces se hundirán en la tierra. Y yo lo he creado. Fui yo quien se aseguró de que mi nieta tuviera libertad y raíces. Mi huida lo hizo posible. Uno las manos sobre el regazo, dejo escapar el aire entre los labios y me incorporo un poco más en mi asiento. Aram me observa otra vez a través del espejo retrovisor. Nuestras miradas se encuentran y la veo sonreír.

Los padres de Johan no saben lo del embarazo y se lo vamos a contar juntos. Yo participo a la hora de dar la noticia y me siento feliz. Es mi nieta. Ellos ya tienen cuatro.

—Oh, qué buena noticia —dice la madre de Johan.

Y eso es todo. Debe de ser la diferencia entre quien conoce la muerte y quien no se ha enfrentado nunca a ella, quien no repara en la grandeza de la vida.

Nos sentamos a la mesa y se sirve el vino. Les pido que llenen mi copa. Brindamos y bebo un largo trago. Reímos todos, yo la que más. Pero poco después quiero irme, quiero ir a la playa y al bosque para estar a solas con mis pensamientos. Digo que me voy a descansar un rato y todo el mundo lo entiende. Me quito los zapatos y los dejo en el embarcadero. Quiero notar la arena y las piedras bajo los pies. Voy a la playa y me siento, con las rodillas pegadas al pecho. Hay un tobogán. No me fijé en ese detalle el año pasado. También hay un cesto lleno de juguetes de plástico bajo el embarcadero. Un camión sobresale por el borde. Quiero comprar un cubo y una pala, creo. Un cubo y una pala pequeñitos para ella, porque sé que es una niña. Una niña que ocupará el lugar de Noora. Una niña que llenará el vacío.

Cuando estoy ayudando a recoger la mesa, lo veo. Camino por el sendero, entre los árboles altísimos, con una bandeja en la mano. Hago un esfuerzo por parecer sana y diligente. Para no tener que decir que no puedo, para que no se me caiga todo al suelo y las copas de vino se hagan añicos contra las piedras. Concentro la mirada en la bandeja y, a pesar de ello, veo algo que no encaja por el rabillo del ojo. Miro otra vez. Las raíces ya no están. Me doy la vuelta, miro hacia el otro lado. Han desaparecido, han desaparecido por completo. Unas cuantas astillas en el suelo son el testimonio de que estaban ahí, pero las han arrancado. Dejo la bandeja, me arrodillo y tanteo el suelo con las manos. Tierra y nada más. Oigo pasos a mi espalda, es la madre de Johan que me llama. Que me pregunta si va todo bien.

—Las raíces han desaparecido. ¿Antes no estaban aquí?

Es una pregunta, porque de alguna manera pienso que las ha trasladado.

Que siguen existiendo, solo que ya no están aquí.

—Sí, exacto. Mejor así, ¿no? —responde—. Las quitamos la primavera pasada. Menudo trabajo, son más rebeldes de lo que parece. Pero así está mejor, ¿no? —Supongo que la miro con perplejidad, porque se interrumpe—. Y no queríamos que nuestros nietos tropezaran con ellas —añade.

No sé qué decirle y supongo que ella piensa que mi silencio tiene que ver con mi salud. Cree que me he sentado en el suelo porque me encuentro mal.

—No te preocupes por la bandeja, ahora le digo a Nils que la recoja —dice.

Luego pasa junto a mí y se dirige a la casa.

La sigo con la mirada hasta que la puerta roja se cierra tras ella. Entonces hundo los dedos en la tierra, los hundo todo lo que puedo. Las raíces tienen que estar ahí, en algún lugar bajo la superficie. No es tan fácil arrancar las raíces y hacer que desaparezcan sin más, ¿verdad? Pero no consigo encontrarlas.

Ver crecer el vientre de Aram es lo más hermoso que he presenciado en mi vida. Siempre le pido que se siente a mi lado en el sofá, para poder tocarlo. A veces me acerco a ella mientras está preparando el té o lavando los platos y le levanto la blusa. Apoyo las manos frías en su piel. Por su mirada, sé que la incomoda. Es una mirada vigilante y lo entiendo: quiere proteger a su bebé. Quiere protegerlo de mí.

Creo que es bueno que quiera protegerlo, porque no es fácil. No es fácil hacerlo y a veces no es fácil querer hacerlo. A veces, pensamos que somos nosotros quienes necesitamos protección. Como si hasta nuestros propios hijos pudieran soportar más que nosotros. Ojalá no fuera así. Ojalá yo tuviera otro pasado, ojalá se me diera mejor manejar las cosas yo sola. Pero no es así.

La miró de reojo, la observo cuando no se da cuenta. Intento averiguar si tiene heridas. Heridas como las mías. Tantas que olvidará protegerse, que elegiré evitarlo. Quiero preguntarle qué piensa de todo esto. Si cree que acabará como yo. Pero... ¿cómo puedo preguntarle tal cosa sin empezar una conversación que no deseo en absoluto mantener? No, no voy a hablar con ella acerca del pasado. Ya lo he decidido. A veces, creo que ella quiere hablar. Que intenta sacar el tema. Que quiere que se lo explique. Tal vez que pida perdón. Pero entonces yo digo algo que la hace cambiar de idea. Algo que la hace pensar que no hablaré. Que no soy una persona de la que se puede obtener consuelo. Nunca lo he sido y no voy a dedicar mis últimos meses de vida a reconfortarla. Soy yo la que soporta los tratamientos y las náuseas y la respiración agitada, soy yo la que se queda en cama como un vegetal, esperando a que la muerte me reclame y se me lleve lejos.

Así que un día la llamo. Está en el trabajo y no tiene tiempo, pero le digo que es importante y ella sale a la calle para poder hablar.

—¿Puedes ser una buena madre? —le pregunto.

Ella guarda silencio.

—¿Serás una buena madre? —insisto.

—No te entiendo —responde—. ¿Qué quieres decir?

—¡No estoy segura de que puedas! No eres lo bastante fuerte para aguantar un parto. Y ocuparse de un bebé es duro. ¿Podrás aguantarlo?

Coge aire bruscamente y me parece oír todas y cada una de las moléculas rebotándole en la garganta y descendiendo por su cuerpo. Luego expulsa el aire. Pesadamente.

—Mamá, ahora voy a colgar. Por favor, no vuelvas a llamar, no vuelvas a llamarme hoy.

Y cuelga. En mi oreja. Antes de que me dé tiempo a decir nada más. Me quedo mirando el teléfono que aún tengo en la mano mientras se me hace un nudo en la garganta y se me hincha el pecho, tanto que creo que me va a reventar. ¡La odio! Hace que me sienta sola. Abandonada, prescindible. En ese momento, la odio.

Le escribo: «¿Cómo has podido hacerme eso? ¡Estoy enferma!».

No hay respuesta.

Llamo al timbre de su puerta. Es sábado por la mañana y no sabe que estoy aquí. No sé qué dirá, pero tenía que venir. No podía llamarla y arriesgarme a que no me cogiera el teléfono.

Pasa un rato antes de que alguien abra la puerta. Al principio, está todo tan silencioso que pulso otra vez el timbre. Luego oigo un cuerpo que se mueve, despacio. No sé muy bien si se dirige a la puerta, así que llamo otra vez al timbre. Solo después de pulsarlo recuerdo que así es como recibió la noticia de la muerte de Masood. Los agentes de policía llamaron a su puerta una y otra vez porque Aram no les abrió enseguida. Creo que ahora es exactamente lo mismo, es lo que le ha tocado en esta vida. La muerte que llama a su puerta. Igual que a nosotros nos tocó ver a Rozbeh caer al suelo y desangrarse. Igual que a nosotros nos tocó ver que Noora no regresaba a casa. Pienso que la vida de Aram debe de ser una repetición de la mía, porque esa es la única posibilidad. La única justicia. Así que llamo otra vez al timbre.

Cuando Aram abre la puerta, me doy cuenta de que no está bien.

—Mamá. ¿Qué pasa?

Le cuesta incluso pronunciar esas palabras y, por sus movimientos, sé que tiene dolores.

Doy un paso al frente y le apoyo una mano en el brazo.

—¿Qué te pasa, cariño? ¿Qué ocurre?

—No lo sé, mamá. —Se apoya en la pared y dobla el cuerpo hacia delante—. Algo va mal.

Se lleva una mano al vientre y yo dejo caer el bolso al suelo. Las dos nos sobresaltamos al oír el ruido.

—No, no —exclamo—. No, no puede ser verdad.

—Mamá, por favor. Siéntate, por favor. Llamaré a Johan.

—Llamaré a una ambulancia —digo—. ¡Voy a llamar a una ambulancia!

Esto no puede ser verdad. Esto no era lo que quería decir, esto no es lo que nos toca. No es lo que le toca a Aram. No es lo que nos toca. Necesitamos ese bebé. Nos merecemos ese bebé. Ese bebé es nuestro consuelo. Me dejo

caer en la silla del recibidor, respirando trabajosamente, tratando de recuperar el aliento. La oigo hablar por teléfono, en voz baja. Y luego otra vez, en un tono más autoritario. Ella lo solucionará, creo, puede solucionarlo.

—Mamá, ¿quieres acompañarme?

—¿Adónde vamos?

—Al hospital.

Y entonces me mira una vez más. Con expresión dubitativa.

—¿Quieres venir, mamá?

No lo sé. No sé si quiero ir.

—No si algo va mal.

Se echa a reír. Su risa es amarga.

—Entonces será mejor que no vengas.

Ya está vestida y la puerta de la calle está abierta.

—Me tengo que ir.

No me mira. Sale. Cierra la puerta.

Me quedo allí sentada, contemplando cómo me tiemblan las manos. Pensando en que otra vez se va todo al carajo. Ojalá se nos hubiera permitido ser felices un poco más. Ojalá hubiéramos disfrutado de un poco más de alegría. Me pregunto si los recuerdos que conservo de aquella fiesta del solsticio de verano seguirán siendo hermosos la próxima vez que crucemos el puente. O si los momentos hermosos solo cuentan cuando nada cambia. Si los momentos hermosos pueden permanecer, inalterables.

Oigo un coche que se detiene y la imagino allí de pie, en la calle. Pienso en que toda esta fealdad aún no la ha obligado a dejar de intentarlo. Me levanto de un salto y corro hacia el taxi. Está a punto de irse cuando abro la puerta de un tirón y subo. Aram aparta la vista del teléfono, sorprendida.

—Estoy aquí —digo.

Asiente y mira hacia otro lado. Un momento después, me coge la mano. Seguimos cogidas de la mano el resto del trayecto. Dentro del coche todo es quietud y pienso: aquí estamos otra vez. Ella y yo, en un coche, intentando crear algo hermoso.

* * *

Cuando llegamos, nos visitan de inmediato. Venía preparada para gritar y discutir, pero no hace falta. A los bebés se los toman muy en serio, pienso. Una vida nueva es más importante que una vida a punto de terminar.

Me piden que me quede en la sala de espera. No lo entiendo y protesto, pero la expresión de Aram me silencia. No confía en mí, y ya está. Entra en una sala con una enfermera y todo queda en silencio. Permanezco allí sentada, aferrando el bolso sobre el regazo. Preguntándome dónde estará Johan, aunque me alegro de que estemos solas. Que sea yo la que está aquí, la que la está ayudando. O, por lo menos, ¡la que la debería estar ayudando! No tendría que estar aquí sentada, sin hacer nada.

—Perdone —le digo a alguien que pasa en ese momento—. ¿Hay alguna cafetería por aquí?

—Sígame —dice la persona, y me acompaña a una tienda.

Siento un alivio inexplicable. Como si la tienda me permitiera ser quien quiero ser. Alguien que hace algo. Que ayuda. Cojo un cesto y empiezo a comprar cosas. Zumo de zanahoria, para darle fuerzas. Compró dos. Una bolsa pequeña de patatas. Me detengo junto a las revistas, pero no sé qué lee Aram. Intento recordarlo. Ojalá lo supiera, porque seguro que ella sí sabe qué leo yo. Ella sabría qué quiero. Finalmente, decido no comprarle nada. Es mejor que arriesgarme a decepcionarla.

Ahora no sé qué hacer. Contemplo los cubos de flores y recuerdo aquel día en el hospital, cuando le dije que se llevara aquellas flores tan feas. Me alejo. Y entonces lo veo: un estante lleno de ositos, jirafas, mantitas de bebé y otros regalos pensados para nacimientos felices. Acercó una mano y toco un ratoncito, un ratoncito azul de tacto suave y agradable, arropado en una mantita. Lo cojo y se me llenan los ojos de lágrimas y me entran ganas de rendirme. Quiero subir al pabellón de oncología, pedir una habitación y decir que he ido allí a morir. En lugar de eso, meto el ratoncito en el cesto y me dirijo a la caja. Subo en el ascensor al pabellón de maternidad. Por una vez, hago lo que debo hacer.

Cuando llego, se me acerca una enfermera. Trago con dificultad. Pienso que ha llegado el momento. Ahora tengo que demostrar que soy madre. Que soy enfermera. Tengo que demostrar quién soy. Pero me limito a quedarme allí de pie.

—Su hija quiere verla.

Hago un gesto afirmativo.

—¿Cómo...? ¿Qué...? ¿Sabe usted qué ha ocurrido?

No creo que me oiga. O a lo mejor es que no quiere contestar. Estrujo el ratoncito, ahora en mi bolsillo. No podía meterlo en la bolsa, no podía dárselo con las demás cosas, por si acaso. Por si acaso.

La enfermera me precede y llama suavemente a la puerta antes de abrirla. Hago un esfuerzo para tragarme el nudo que me atenaza la garganta, para impedir que estalle. Aram está sentada, ligeramente reclinada en la cama de hospital. Tiene el vientre al descubierto y unos cuantos electrodos pegados a la piel. Mira hacia otro lado y yo también. Para intentar controlar el pánico.

—Mamá —dice con suavidad.

Su tono me sorprende. No creo habérselo escuchado antes. Es su voz de madre, creo. Habla así porque ahora es una madre.

—Mira, mamá.

Me tiende una mano y me acerco a ella. No quiero mirar los cables ni las máquinas, así que la miro a ella y veo que es feliz. Quiero empezar a respirar otra vez, pero no me atrevo.

—¿Lo oyes, mamá?

No entiendo a qué se refiere, pero entonces escucho un sonido rápido y rítmico: bum, bum, bum.

—Es su pulso. Su corazón. Mira.

Me vuelvo hacia el monitor y lo veo. Latidos. Latidos minúsculos y rápidos. Creo que al principio no lo entiendo y me limito a mirar.

—Ahí la tienes —dice Aram—. Está perfectamente.

Algo me estalla en el estómago y me sube hasta la garganta. Me agarro a la cama. Intento ver a través de mis lágrimas.

—Ahí la tienes. Está perfectamente —repito—. Está perfectamente.

Subo a la cama y me tiendo junto a ella, observando el monitor. Las ondas se van sucediendo en la pantalla. Nos quedamos allí tumbadas las dos largo rato, esperando los resultados de las pruebas, esperando para volver a casa. No pienso en la espera. No pienso en nada. Lo único que hago es observar y escuchar.

Solo cuando nos estamos poniendo los abrigos recuerdo por qué he llamado antes a su puerta. El cáncer. Se ha reproducido. Metástasis por todas

partes. En el estómago, en los pulmones, en el hígado.

La miro. Se la ve tan aliviada. Tan feliz. No piensa en lo débiles que parecen mis pasos, así que decido regalarle este día. Este día pertenece a la vida.

Me he construido una especie de nido en el sofá, con cojines y mantas. Hasta he conseguido prepararme un té. Y todo yo solita. Nadie sabe que he vuelto a empezar el tratamiento. Nunca creí que pudiera mantener en secreto algo así. Pero me daba miedo lo que ocurrió el día que fuimos al hospital. Aquella vida minúscula que esperaba en su vientre. Debo protegerla. Si alguna vez he protegido algo en mi vida, será ese bebé.

Cuando nació Aram, pensé que sustituiría a Noora. Que en lugar de regresar Noora, había llegado ella. Pensé que estaría a salvo, que nadie le haría daño. Pero era demasiado pronto. Estamos aún en mitad de la pesadilla. Nadie podía impedir el dolor ni el sufrimiento. Aram se convirtió en parte de lo que estaba pasando. De la persecución, de la guerra, de nuestra huida. Pero ahora... aquí hay una vida libre de todo mal. Una vida que sustituirá la mía, que sustituirá la de Noora e incluso la de Aram. Esta es nuestra oportunidad y no la estropearé por nada del mundo. Sigo el tratamiento y vomito discretamente. Sé que no podré mantenerlo en secreto mucho tiempo, pero mientras funcione, mientras yo pueda, la protegeré.

Me tapo las piernas con la manta y cojo el teléfono fijo. El número de mi madre tiene una tecla de marcación rápida. La llamaré y le diré que está a punto de llegar una niñita a este mundo. Una niña que nos pertenece. Seremos cuatro generaciones de mujeres viviendo sobre la faz de la tierra. Creo que esta es mi forma de compensarla por lo que le arrebaté.

Pasa un rato antes de que alguien conteste. Espero. Supongo que necesita tiempo para moverse en ese apartamento tan pequeño, así que no colgaré para que no se lleve la decepción de no haber llegado a tiempo. Finalmente, al cabo de unos veinte timbrados, oigo una voz extraña. Es la vecina. Intercambiamos unas cuantas frases de cortesía antes de que me decida a preguntarle si mi madre está en casa.

—Ey vay, ¿es que no te lo ha dicho nadie lo de khanom? ¡Se la han llevado en ambulancia al hospital!

—¿Por qué?

Endurezco la voz, y aunque la pobre mujer no ha hecho nada, es como si

ella tuviera la culpa. ¡Vamos a ser cuatro generaciones sobre la faz de la tierra! ¡Va a tener una nueva Noora, le daré una nueva Noora!

—Será mejor que llames allí —dice la mujer, tras lo cual me da un número. Lo anoto en silencio. Cuelgo sin darle siquiera las gracias.

Empiezo a llamar a mis hermanas, pero no responden. Empiezo otra vez, las llamo de nuevo, una tras otra. Finalmente, Maryam coge el teléfono.

—Maryam, ¿qué pasa?

—Aziz, nada —dice. Y guarda silencio.

—Sé que mamá está en el hospital. Sé que nadie responde a mis llamadas. Así que está pasando algo, ¡dímelo!

—No tienes de qué preocuparte —dice—. ¡Tú concéntrate en ponerte bien! Nosotras nos ocuparemos de ella.

«No, no. Ahora no, por favor, ahora no». Me acerco un cojín y lloro apoyada en él.

—Maryam, quiero hablar con mi madre. Necesito hablar con mi madre. ¿Dónde está?

La oigo susurrar, hablar con otra persona. Comprendo que están tratando de decidir cómo enfrentarse a mí, qué decirme.

—Maryam —grito—. ¿Dónde está mi madre?

—Por favor, cálmate. Eso es. —Hace una pausa—. Mamá ha sufrido un derrame cerebral. Está... inconsciente. No sabemos si se va a despertar.

—Sí, sí, ¡claro que se va a despertar! Tenéis que despertarla, Maryam. Tengo noticias. El bebé de Aram es una niña. Tengo que contárselo.

Mi hermana, siempre tan fuerte, guarda silencio. La oigo tratar de acompañar la respiración, tratar de mantener la calma. Sigue intentando protegerme, aunque jamás lo haya conseguido. Ninguna de ellas ha podido hacerlo jamás, y ahora mamá se está muriendo y nadie puede ayudarme. ¡Tienen que ayudarme a despertarla!

—Maryam, tienes que hacer que se despierte. ¿Me oyes? Tengo que hablar con ella. Lo necesito, Maryam, tú no lo entiendes.

—Te llamaré más tarde, aziz —dice, y cuelga. Y eso es todo.

Me hundo en el sofá, entre mis cojines, me acurruco en posición fetal y empiezo a gimotear.

—Mamá, mamá...

Intento mecerme para obtener cierta paz. Concentro la mirada en el cubo que uso para vomitar, al lado del sofá. En los suplementos nutricionales sin terminar, sobre la alfombra. Estoy sola. Espantosamente sola. La soledad se instala en mi cuerpo. Noto su peso en todo el cuerpo. Intento levantar un brazo para secarme las lágrimas de la cara, pero me cuelga sin fuerzas a un costado. No puedo moverlo. De repente, la habitación empieza a dar vueltas y a parpadear ante mis ojos. Es como un tiovivo que gira más y más rápido. ¡Quiero bajar! Quiero bajar, pero no voy a ninguna parte.

La noche en que Masood volvió a casa y me dijo que Saber estaba muerto fue la noche en que murieron nuestras esperanzas. Nuestras esperanzas de volver a empezar. Cuando Masood cogió en brazos a mi hija, carne de mi carne, y empezó a pegarme. Murió la esperanza de obtener del dolor algo que no fuera más dolor. No podíamos quedarnos. No podíamos protegernos a nosotros mismos, ni podíamos proteger a nuestra hija.

Cuando terminó, retrocedió con Aram aún entre los brazos. La niña gritaba tanto que pensé: ahora vendrán, llegarán en cualquier momento. En una casa en la que un bebé grita de esa forma, solo puede haber criminales. De esos que solo merecen la ejecución. Retrocedió hasta chocar contra la pared y entonces se dejó caer al suelo. Pensé que iba a soltar a Aram, porque todo estaba siendo muy violento, pero no la soltó. La estrechó con fuerza. Y eso me calmó. Por extraño que resulte, me tranquilicé en mitad del caos. Pensé: la tiene. No le pegará ni le dará una patada. Aunque yo nunca consiga levantarme de esta alfombra, él la tiene. Y no la soltará. En aquel momento, era lo único que me importaba.

Masood me pateó igual que el marido de Maryam la había pateado a ella aquella primera vez. Eso fue lo que pensé mientras seguía allí tirada. Y ahora está volviendo a suceder, está ocurriendo lo mismo otra vez. Y cuando las cosas se repiten, pensamos que es porque estaban destinadas a ocurrir. Porque estaban destinadas a ocurrir así.

Nos quedamos inmóviles en esa posición. Él apoyado en la pared. Aram entre sus brazos, con la cabeza enterrada en su axila y el culito vuelto hacia mí. Y yo allí, en la alfombra. Con la mejilla apoyada en la superficie rugosa. Las pestañas apoyadas en los pómulos. Creo que fue la sorpresa lo que nos arrastró. Quiero creerlo. La sorpresa nos convirtió en personas que se pegan. En personas distintas que no volvieron a encontrar la forma de ser quienes eran en realidad. O de ser quienes podían haber sido. Nos quedamos allí paralizados y pasó mucho tiempo hasta que volvimos a movernos. Aram se quedó finalmente en silencio. Se durmió. Recuerdo que pensé: hemos escogido el camino equivocado. Recuerdo que lo pensé ya entonces. No podíamos

quedarnos allí inmóviles. Teníamos que irnos. Teníamos que avisar a los demás. Teníamos que encontrar un nuevo lugar en el que escondernos.

* * *

Nos despertamos ya al amanecer. Aram lloriqueaba y eso nos hizo reaccionar. No nos miramos el uno al otro. Creo que estábamos avergonzados, que los dos nos sentíamos avergonzados. En aquella época, aún pensaba que tenía motivos para sentir vergüenza. Porque era la clase de mujer que recibía palizas de su marido. Sentía vergüenza por ser quien era y vergüenza por la persona a la que había elegido. Nos levantamos del suelo sin pronunciar palabra y empezamos a recoger nuestras cosas. No teníamos mucho: algo de ropa, un par de mantas, algunas piezas de la vajilla de porcelana de nuestra boda... Casi todo lo habíamos dejado en casa del padre de Masood. Solo durante un tiempo, pensábamos. Solo hasta que esto termine. Hasta que las cosas se tranquilicen de nuevo. Pero aquella mañana, mientras recogíamos los fragmentos de nuestra vida y los metíamos en nuestras pequeñas maletas, comprendimos que eso ya no iba a ocurrir. Que nunca terminaría, que las cosas no se tranquilizarían. Nuestras cosas —posesiones que podrían haber construido una vida, un hogar— se quedarían atrás, en la casa de alguien. Y no pasaría mucho tiempo antes de que alguien entrara y pensara, podría pedir prestada esta cómoda o este vestidito para mi hija recién nacida. Los mismos vestidos que yo había tejido o confeccionado en la máquina de coser de mi madre. Todos, hasta el último, hechos por mí.

Cuando terminamos de recoger, me anudé un chal a la parte superior del cuerpo y Masood colocó a Aram dentro. Mi pequeña guardaba silencio, un silencio mortal. Como si supiera qué ocurría, como si lo supiera todo. Y bajamos los escalones. Un chico con una alfombra al hombro y dos maletas pequeñas en las manos. Una chica con una niña pegada al cuerpo. Abrimos la puerta con cautela, Masood asomó la cabeza y me hizo una seña con la mano tras comprobar que la calle estaba desierta. Y nos alejamos, bajo la luz tenue de la mañana. No sabíamos adónde nos dirigíamos, solo intentábamos alejarnos todo lo que pudiéramos. Masood lloraba en silencio. Yo sabía que lloraba por Saber, pero deseaba que también llorara por mí. Por lo que me había hecho. Pero no lo creo. Ni siquiera creo que lo recordara. Más bien creo

que lo olvidaba todas las veces, en cuanto terminaba. Que reprimía el recuerdo de inmediato.

* * *

Estábamos en el centro de la ciudad, en la plaza Imán Hussein. No siempre se había llamado así. Antes tenía otro nombre, un nombre que no incluía la palabra Imán, pero no lo recuerdo. Masood estaba dentro de una cabina telefónica, tratando de encontrar un nuevo sitio en el que vivir. Contemplé a la multitud que circulaba frenéticamente, casi aterrorizada, a nuestro alrededor, aunque apenas había salido el sol. Contemplé los restos humeantes del último bombardeo aéreo. Contemplé a los soldados que desfilaban hacia mí y pasaban de largo. Estreché a Aram contra mi pecho y noté en su cuerpo mi propio pulso. «Este no es lugar para una niña —pensé—. Tenemos que marcharnos de aquí».

—He encontrado un sitio nuevo —dijo Masood, mientras cogía de nuevo las maletas.

No me moví y él me observó con una mirada interrogante.

—Masood, tenemos que marcharnos de aquí.

—Eso estamos haciendo, ¡vamos!

Pero no me moví.

—No, no me refiero a eso. Quiero decir que tenemos que irnos. Huir. Que tenemos que salir de Irán, Masood.

Justo entonces, Aram gorjeó y nos dedicó su sonrisa sin dientes.

Los dos nos volvimos a mirarla. Contemplamos la alegría de vivir que fluía de ella. Y entonces nosotros también nos echamos a reír, primero Masood y luego yo. Nos quedamos allí, rodeados de nuestros miedos, y nos reímos. Y Masood me pasó un brazo por los hombros y me atrajo hacia él. Ahora sé que tendría que haberme sentido inquieta y temerosa ante aquel hombre que me había dado una brutal paliza mientras sostenía a mi hija entre sus brazos. Pero no me sentía así. Me apoyé en él, buscando cobijo. Era el lugar más seguro de mi vida. Tuvo que pasar mucho tiempo antes de que yo encontrara algo que me pareciera más seguro que él.

* * *

Unas pocas semanas más tarde, Masood volvió a casa con un sobre marrón bajo el brazo. Tenía el jersey empapado en sudor y le temblaban las manos. Yo estaba sentada en el suelo con Aram, en una nueva habitación sin ventanas. Ella gateaba en círculos a mi alrededor, sobre la alfombra en que consistía nuestro hogar. No comprendía cómo lo lograba. No comprendía cómo podía crecer en un lugar así, sin luz ni aire. Me sorprendía que encontrara la energía necesaria para moverse en aquel vacío.

Masood abrió el sobre y vació el contenido para que yo lo viera. Tres objetos pequeños. De papel y tinta. En la superficie, no decía gran cosa. Pero contuve una exclamación.

—Masood —dije en tono vacilante—. ¡Masood!

Él se dejó caer, se tumbó de lado y me apoyó la cabeza en el regazo. Aún le temblaba el cuerpo y en ese momento comprendí que era debido a la adrenalina. Al miedo y la adrenalina. Enterró la cara en mi falda y yo le acaricié el pelo mientras contemplaba los tres libritos. ¿Y si no eran lo bastante buenos? ¿Y si algo salía mal? ¿Y si los usábamos y, aun así, todo se iba al cuerno?

Cogí uno, el que estaba encima. Parecía auténtico, el peso que notaba en la mano era el adecuado. Lo abrí para hojearlo. Vi una foto mía y el nombre Noora Pooreh. Un nombre falso. Cerré los ojos con fuerza. Estaba sucediendo en ese momento, estaba sucediendo de verdad. Íbamos a huir y esa era yo, esa sería yo. Una persona falsa y mi Noora siempre pegada a mí, como una sombra.

Abrí los otros pasaportes y contemplé las fotografías. Masood con los ojos muy abiertos y una expresión de terror en la mirada. Y luego ella. Mi pequeña. Solo un año y una sonrisa balbuciente. Me pregunté cómo huye una niña tan pequeña. Por qué iba a necesitar huir una niña tan pequeña. Me pregunté qué imaginaría cuando pensara en su país. En un país que nunca conocería. Me pregunté qué sería de ella. Sí, eso era lo que más que preocupaba: qué sería de ella. Setareh, decía el pasaporte. Él había elegido los nombres y a mí me parecía que era una buena elección. La estrella que nos guiaría en la noche.

—Lo hacemos por su bien, ¿verdad?

Masood me miró.

—Eso espero —respondió.

Y, en ese momento, me sentí como si nosotros también fuéramos niños. Niños perdidos de veintidós años. No teníamos ni idea de lo que estábamos haciendo. Nos repetíamos una y otra vez que teníamos una responsabilidad, que debíamos huir por ella. Que ella no debería perder a sus padres, menos aún su vida. Que merecía un futuro. Y que por eso abandonábamos la lucha. Por eso dejábamos atrás nuestro país y a nuestras familias. Por eso debíamos abandonarlos y traicionarlos. Pero no lo sé. No sé si eso era cierto. Creo que sencillamente lo hacíamos por nosotros. Guiados por motivos egoístas. Porque no queríamos terminar como Noora, Rozbeh y Saber.

Porque no queríamos morir.

* * *

Los pasaportes falsos eran caros y también los traficantes de personas. No pagamos nada. Al principio, Masood no quería decirme de dónde había salido el dinero. No quería involucrar a más personas de las necesarias. No quería causar a los demás más problemas de los que ya tenían. Solo más tarde comprendí que lo había pagado todo su tío. Que era a él a quien le debíamos nuestra libertad.

Masood no quería que yo le dijera nada a mi madre.

—Por su propio bien —dijo, pero luego se lo pensó mejor—. Por nuestro bien. Ya sabes cómo es. Si se pone a gritar y a llorar... Atraerá la atención y puede que la interroguen y quién sabe qué podría pasar...

—¿Tengo que abandonar mi país sin despedirme siquiera de mi madre, Masood? ¿Es eso lo que quieres que haga?

Nos quedamos sentados en la alfombra de nuestra minúscula habitación, hablando en susurros. Teníamos tanto miedo de que nos estuvieran persiguiendo. No sabíamos dónde estaban, ni cómo escuchaban. No sabíamos si tenían información sobre nosotros, no sabíamos qué sabían.

Pero Saber tenía toda la información. Era el único de nuestro grupo que sabía cosas sobre todos nosotros. Nos tapábamos los ojos con una venda antes de acudir a las reuniones, para no saber qué aspecto tenían los demás. Para no poder identificarnos unos a otros. Habíamos oído rumores acerca de lo que ocurría cuando detenían a alguien. Lo metían en un coche, lo llevaban a dar

vueltas por la ciudad y le decían que señalara los rostros que le resultaran familiares. Cualquiera que participara en las reuniones. Cualquiera que conociera de la clandestinidad. Cualquiera que repartiera panfletos por las noches. Las personas como nosotros. Y eso solo era el principio. Luego venían las torturas, las violaciones, las amenazas de ejecución, y todo a cambio de más información. De más nombres. Por eso no podíamos conocernos entre nosotros.

Pero Saber lo sabía todo. Nuestro dolor al recibir la noticia se mezcló con el miedo por nuestra propia vida. ¿Qué le habían hecho antes de matarlo? ¿Hasta qué punto nos había sido leal durante la agonía de sus últimas horas? Por una parte, yo quería creer que nos había traicionado. Porque entonces yo no sería la única traidora.

Tardamos unos cuantos meses en tenerlo todo preparado. Teníamos las maletas hechas y nos movíamos por la ciudad como si fuéramos nómadas. Nos llegaban rumores sobre las detenciones de otros camaradas, más y más cada vez. Todos íbamos de un lado a otro, pero dejábamos un rastro a nuestro paso. Era imposible no dejarlo.

Masood repetía una y otra vez que no era culpa de Saber que arrestaran cada vez a más personas. Saber no podía haber revelado nombres. Él jamás lo haría.

—¡Lo mataron porque guardaba silencio!

Lo decía como si intentara convencerse a sí mismo, y yo no se lo rebatía. No lo sabía, en realidad. Me limitaba a mecer a Aram entre los brazos, a cantarle viejas canciones y a susurrarle «Todo irá bien, todo irá bien». Intentaba convencerme a mí misma. Lo cierto es que estaba muerta de miedo y no solo temía morir, sino que me sentía profundamente avergonzada. Avergonzada porque íbamos a huir del caos que nosotros mismos habíamos contribuido a crear. Avergonzada por Rozbeh y sus padres. Avergonzada por mi falta de principios, avergonzada por no haberme atrevido a defender nada durante el interrogatorio. Y profundamente avergonzada porque me disponía a abandonar a mi madre que así habría perdido a dos hijas, en mitad de una guerra y de una revolución que le habían arrebatado su país. Estaba avergonzada y, en medio de toda esa vergüenza, me decía, esto es por Aram. «Esto es por Aram». Fuimos muchos los que nos dijimos algo parecido más tarde, mucho más tarde, cuando las cosas se complicaron en otro sentido, cuando no entendíamos el idioma, cuando la gente nos llamaba «moros» y nosotros nos preguntábamos cómo podía alguien sobrevivir en un lugar tan frío. «Esto es por los niños». Pero nuestro heroísmo no era tan grande.

* * *

Solo el padre de Masood sabía que nos íbamos. Su padre y su tío, el que había pagado. Lógicamente, yo no podía pasarlo por alto.

—¿Por qué mi madre no puede saberlo y tu padre sí?

Me dedicó una mirada cansada.

—Por favor —respondió—. No lo hagas más difícil de lo que ya es. Ya es difícil. Ya es muy difícil.

Pensé que, de todas formas, se lo diría. Que me escabulliría, iría a verla, la abrazaría durante largo rato y se lo contaría todo. Le diría que todo saldría bien. Que aquello no era una derrota, sino un triunfo. Un triunfo para Aram, para nosotras.

«Nos marchamos para que no nos pierdas», le diría. Y ella lo entendería. Me abrazaría con fuerza. Me perdonaría por lo de Noora, me daría las gracias por encargarme de todo, para que ella ya no tuviera que seguir preocupándose.

Pero yo sabía que las cosas no irían así. Sabía que mi madre se arrojaría al suelo, se daría golpes en la cara, se enfadaría con su dios y con los fundamentalistas, les diría que dejaran de una vez de quitarle a sus hijas. Se pondría a gritar y a dar golpes y entonces vendrían los vecinos y empezarían a hacer preguntas, y ella les gritaría la respuesta y entonces alguno de esos vecinos me miraría de forma distinta a los demás y esa persona se marcharía a escondidas, cogería el teléfono y haría una llamada, y antes de que yo tuviera tiempo de ayudar a mi madre a levantarse del suelo, ya habría aparecido una furgoneta delante de casa, habrían bajado un montón de guardias y se me habrían llevado.

Sabía que Masood tenía razón. Pero dirigí hacia él toda mi rabia y todo mi pesar: nosotros habíamos apartado a Noora de mi madre y ahora él apartaba a mi madre de mí. Y eso jamás podría perdonárselo.

Ya estábamos en el campo de refugiados cuando finalmente conseguí encontrar un teléfono y la forma de utilizarlo. Habían transcurrido varias semanas, varias semanas desde la última vez que mi madre había tenido noticias mías.

El campo consistía en pequeñas casitas en medio de un bosque, a las afueras de una ciudad a la que nunca volvimos. Era bonito. Me di cuenta, pese a mi angustia. El bosque era bonito. El sitio era bonito. Solía sentarme en un banco con Aram en el regazo y le decía que observara. Que observara los altos pinos, el musgo y las acogedoras rocas. Le señalaba los pájaros que gorjeaban y los perros que paseaban atados con correas. La sentaba en el columpio y la empujaba y ella subía tanto que casi podía tocar las verdes ramas que colgaban en lo alto. Ella parloteaba y reía y fue allí, en aquellos bosques, donde aprendió a caminar y a correr. Allí había luz y aire puro y pensé: «es obvio. Es obvio que aquí está mejor». Me lo repetía en voz alta una y otra vez, pero no terminaba de creérmelo.

En recepción había un teléfono con un contador y, una vez agotado el tiempo, había que pagar la llamada. En aquella época era muy caro llamar a Irán y nosotros apenas teníamos dinero. Masood se sentaba a mi lado y me decía que la llamada tenía que ser breve. Yo lo miraba y me preguntaba cómo se suponía que debía hacer algo así. Cómo debía decirle a mi madre que había huido a otro continente, que tal vez no volviera a verla nunca. Me preguntaba cómo explicar con brevedad algo así.

Tuve que intentarlo un par de veces antes de poder establecer la llamada. Cuando pienso en ello hoy en día, cuando pienso en lo mucho que nos costaba mantener el contacto... Era como si hubiéramos perdido de verdad a nuestras familias. Pero finalmente lo conseguí: tiré con tanta fuerza del cable del teléfono mientras esperaba a oír la voz de mi madre, que la recepcionista apoyó una mano en la mía y me la apretó.

—¿Diga?

Su voz sonaba alterada y yo le dirigí a Masood una mirada angustiada. Pensé que era más fácil colgar, que era más fácil no mantener aquella conversación. No haber tenido que mantenerla jamás.

—Maman —dije. Me temblaba la voz y decidí dejarme llevar. Dejar que me saliera a borbotones—. Mamaaan.

La oí llorar. La oía sollozar mientras los minutos iban pasando, mientras llorábamos juntas al teléfono. Sabía que Masood tenía la mirada puesta en el contador y pensé: tal vez sea así como hay que hacerlo, simplemente así. Llorar juntas al teléfono. Puede que esto sea lo único que tengamos que hacer, al oír la voz de la otra al teléfono. Y eso fue lo que hicimos durante años.

Cuando miré el contador, habían transcurrido ya tres minutos y veintiséis segundos y no habíamos dicho ni una palabra. Busqué la mirada de Masood y vi una expresión de disculpa en su rostro, pero acercó un dedo al receptor y colgó.

—No pasa nada. Ella está enterada de todo, lo sabes, ¿verdad?

Quería decirle que no bastaba con que su padre se lo hubiera contado a mi madre, que no bastaba con que ella tuviera la información. Quería explicárselo. Quería hablar de ello. Pero no conseguí nada. Estreché el teléfono entre los brazos, con fuerza. Lloré y lo abracé.

Masood se quedó junto a mí, perplejo. Hay cosas que no se pueden comprender anticipadamente. Lo difícil que es formar parte del dolor de alguien cuando uno también sufre. Poco después, Masood se alejó y la recepcionista se ocupó de todo. No era una recepcionista, en realidad, sino alguien a quien habían contratado para que nos supervisara. Para que supervisara a todas aquellas almas atormentadas. Se quedó un rato a mi lado, pero ni siquiera ella sabía qué hacer. No sabía lo que supuestamente hay que hacer en una situación así. De modo que me abrazó. Me abandoné a sus brazos maternos y ella me estrechó y lloró conmigo. Mientras me mecía hacia delante y hacia atrás, le temblaban los brazos y el torso. Y eso me hizo llorar aún más. La sensación de estar entre los brazos de alguien, junto a un cuerpo desconocido cuando se han perdido los cuerpos que solían abrazarnos.

Sonja, se llamaba. Hubo muchas lágrimas en nuestro campamento de refugiados y Sonja lloraba con todos y cada uno de nosotros. Nos ofrecía consuelo. Ojalá pudiera encontrarla, ojalá en estos momentos tuviera una Sonja a mi lado.

Mamá jamás me perdonó que la abandonara. Esperaba que lo hiciera algún día, que comprendiera que nuestra huida había hecho más bien que mal. Pero ella jamás lo aceptó. Mi madre pensaba que, sencillamente, podíamos haber dejado de hacer lo que estábamos haciendo —fuera lo que fueray escondernos. Escondernos de la política y de la revolución. Encontrar alguna aldea perdida en el campo y quedarnos allí hasta que todo hubiera terminado. Y la guerra..., la guerra terminó pocos años después de que nos marcháramos. Podríamos habernos ocultado de la guerra. Podríamos haber ocultado a Masood para que no tuviera que luchar. O, por lo menos, podríamos haber regresado cuando terminó la guerra.

—Aunque eso hubiera funcionado, mamá, aunque todo lo que digas hubiera funcionado, no queremos vivir en una dictadura islámica —le dije una vez por teléfono.

Y justo entonces se cortó la comunicación. Oí un murmullo distinto, como el que solía emitir la tele cuando terminaba la programación vespertina. Y, entonces, silencio. Cuando intenté volver a llamarla, me salió una voz grabada que decía que el número estaba fuera de servicio. Fue algo momentáneo, pero en ese instante creí que me la habían vuelto a arrebatat.

Sabíamos que nos estaban escuchando. El clic cuando alguien descolgaba el teléfono. El ruido. Voces, de vez en cuando. Voces que iban y venían. Clic clic clic clic. Tenía que contener el impulso de chillarles, de gritarles que nos dejaran en paz. Habíamos huido. Ya no estábamos allí, ya no teníamos nada que ver con ellos. Pero no me atrevía. Mi madre seguía viviendo allí y no podía causarle aún más problemas. Ya le había hecho bastante daño, más daño del que nadie debería soportar jamás.

* * *

Y cuando finalmente llamo para darle la noticia, una buena noticia, me dicen que no puedo hablar con ella. Me dicen que ella no puede hablar. Que está inconsciente en la cama de un hospital y que tal vez nunca pueda volver a

hablar con ella. «Tengo que contártelo», pienso mientras permanezco inmóvil, inconsciente en mi oscuridad. Las palabras resuenan en mi mente. «Tengo que contártelo. Tengo que contártelo».

* * *

Sé dónde estoy antes incluso de poder abrir los ojos. Reconozco el olor. Antiséptico y nauseabundo al mismo tiempo. Olor a heridas abiertas, pulmones infectados, cuerpos que se pudren. Intento mover los labios, intento protestar. Decir que quiero irme a casa. Pero los tengo resecos, tan resecos que están pegados. Y no puedo controlarlos.

Aram me coge la mano. Seguro que lleva rato a mi lado, a la espera del más mínimo movimiento.

—Mamá. Mamá, estoy aquí.

Renuncio a seguir intentándolo. Dejo descansar los párpados. Desaparezco otra vez.

La siguiente vez que despierto, los párpados se me abren solos. La habitación está a oscuras. Vacía. Estoy conectada a una máquina que suena como tiene que sonar. Con pitidos regulares. Se me escapa un largo suspiro.

—Estoy viva. Estoy viva.

Murmuro esas palabras entre dientes mientras busco el botón rojo. Lo pulso con fuerza durante largo rato. Aunque sé perfectamente que eso no cambia nada. Las enfermeras oyen la misma señal, da igual que lo pulse con fuerza o no. Pero lo pulso como si me fuera la vida en ello.

—¡Estoy viva! —exclamo cuando entra la enfermera.

Es regordeta y agradable, y se echa a reír.

—¡Qué suerte!

Se acerca y me coge la mano.

—Me alegra que te hayas despertado, Nahid. Tu hija ha estado aquí todos los días, esperando.

Le aprieto la mano con fuerza, tanta que sin duda le hago daño.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué me ha pasado?

—Tuviste un derrame cerebral, Nahid.

Un derrame cerebral. Como mi madre.

—A veces pasa, ¿sabes? Por los tumores.

Lo sé. Ya lo sé. Pero no quiero. No quiero tener un derrame cerebral. No quiero tener tumores.

—Tengo que hablar con mi madre.

La enfermera asiente mientras comprueba los tubos que tengo conectados al brazo.

—Sí, tú tranquila. Pronto, en cuanto sea de día.

Comprendo que no me toma en serio. Que cree que estoy delirando. Sé que eso es lo que les pasa a las personas cuando están a punto de morir. Los ancianos de los que yo me ocupaba siempre llamaban a su madre. A veces me sentaba en una silla, en el pasillo, y escuchaba. Una sinfonía agónica. El último momento de la vida. Y todo el mundo llama a su madre.

—Estoy despierta. Y sé lo que estoy diciendo. Por favor. Deme mi teléfono. Tengo que llamar a mi madre.

La enfermera me da una palmadita en la cabeza.

—Pero si es de noche, cariño.

—Usted no lo entiende. Necesito a mi madre. ¡Es una emergencia!

—Bueno, bueno —dice mientras recoge sus cosas. Y luego se va.

Busco el botón rojo y lo pulso con fuerza otra vez. Pero ya sé que la enfermera no va a volver, que me ve como yo veía a mis viejos. Las lágrimas empapan la almohada y, aunque apenas puedo mover la cabeza, la giro ligeramente de un lado a otro. ¡No soy una vieja! Todos aquellos cuerpos a los que ayudé en sus momentos finales. Tenían noventa años, algunos incluso cien. Por qué no se me ha concedido más tiempo. Por qué se me ha concedido tan poco.

Me voy a morir, pienso. Me voy a morir de verdad.

—¿Por qué no me lo contaste, mamá? ¿Por qué no dijiste nada?

Aram está sentada a mi lado y me acaricia el pelo.

—Quería ocuparme yo sola —le digo—. Quería ocuparme de mí misma.

—No es necesario que lo hagas, mamá. Estoy aquí.

Quiero decirle que estaba intentando protegerla, pero no sé si eso es verdad. Estaba intentando proteger al bebé. A mi nieta. Quería proteger mi propia inmortalidad. A mí misma.

—Desaparecerá otra vez —le digo—. Desapareció la otra vez y volverá a hacerlo ahora.

Está recostada en su silla, con las manos sobre el vientre. Es enorme. Se lo digo y se echa a reír. Vuelve a estar muy relajada. Veo en su mirada que es feliz. Está dentro de una especie de burbuja y en ella no hay sitio para mí. Esa burbuja de dulzura, serenidad y felicidad es para su hija. Yo solo soy algo de lo que se ocupa. Algo de lo que se ocupa para poder volver a su propio mundo. No me echará mucho de menos cuando me muera, pienso. Tendrá algo nuevo, algo mucho mejor que yo. Esa niña ocupará mi lugar en la vida de Aram y ella pensará que es un buen cambio. Acabará por pensar: el precio de mi hija es la muerte de mi madre. Y le parecerá que ha valido la pena. Eso es lo que pensará. Puede que se lo diga a alguien, algún día. Pienso: quizá no fuera tan buena noticia. La llegada del bebé. Pienso: el bebé hará que yo muera sola. Que muera aún más sola.

Llamo a mis hermanas todos los días. Me hablan de mi madre, pero no sé si me están contando la verdad. Dicen que todavía está en el hospital. Que ahora está consciente. Pero que solo le permiten visitas unos minutos al día. Y que no tiene acceso a ningún teléfono.

—Pero... ¿puedes decírselo tú, Maryam? ¿Puedes decirle que Aram va a tener una niña?

—No queremos que se altere demasiado. Los médicos dicen que no es bueno en su estado. Lo sabes, ¿verdad, Nahid? Sabes que no es bueno en su estado, ¿verdad?

Quiero gritarles, pero me lo guardo dentro. Y me siento orgullosa de haber sido capaz de contenerme. Mantienen a mi madre apartada de mí, pero pienso que en realidad eso es lo que merezco. Fui yo quien la abandonó, a ella y a mis hermanas. Ya hace mucho tiempo que perdí mis derechos. Así que sigo llamando varias veces al día. Tratando de averiguar, por el tono de voz de mis hermanas, si ha ocurrido algo. Pero también sé que cabe la posibilidad de que mi madre ya esté muerta. De que mi madre ya se haya ido. Ellas no me lo dirían, de momento al menos. En el fondo, ¿qué cambia? Si esperan lo suficiente, ni siquiera hará falta que me lo digan.

Christina quiere suspender otra vez la quimio. El derrame cerebral la ha asustado. Creen que estoy demasiado débil, que el tratamiento me matará. Tienen la esperanza de poder tratar con radioterapia los tumores más grandes, o todo lo que puedan. Pero todos sabemos que eso no me salvará.

Aram tiene esperanzas en la radioterapia. Cree que funcionará.

—Tienes que hacerlo, mamá. Tienes que hacer todo lo que puedas —dijo Aram, después de nuestra conversación con la doctora.

—Si la radioterapia pudiera eliminar el cáncer, la habrían usado desde el principio. Ya da igual.

—No puedes rendirte, mamá. ¿Me oyes? No puedes rendirte. Tienes que permitir que prueben con la radioterapia. Ahora no puedes abandonar. Ahora no.

Me pregunto si de verdad quiere que siga aquí. O si solo lo dice por decir.
Si solo dice lo que se supone que hay que decir.

Pienso a menudo en la huida. Me pregunto si hicimos bien o hicimos mal. Bien o mal, resulta difícil distinguir una cosa de otra a medida que pasan los años y las cosas se complican, se enredan. A veces me pregunto si bien y mal son de verdad opuestos, o si solo son dos formas de expresar lo mismo.

Si lo analizamos en términos de vida y muerte, entonces hicimos bien en huir. Debería ser así de simple. Huimos de la persecución política y de la guerra. Escapar era nuestra mejor oportunidad de sobrevivir. Y sobrevivimos. Sí. Sobrevivimos durante treinta años.

Pero todos los parientes y primos, de Masood y míos, que se quedaron allí siguen vivos. Es decir, todos los que estaban vivos cuando nosotros huimos. Los que no habían muerto en 1984, siguen vivos. Pero Masood está muerto. Y yo me estoy muriendo.

¿Por qué se detuvo el corazón de Masood? ¿Por qué el cáncer se ha cebado con mi cuerpo? Quién sabe. Pero, al mismo tiempo, ¿cómo pudo seguir latiendo nuestro corazón durante tanto tiempo? ¿Cómo pudo nuestro cuerpo soportar todo lo que ha ocurrido desde el día en que subimos a aquel avión con nuestros pasaportes falsos?

Veo las noticias. Son tantos los refugiados que llegan por mar. El mundo ha cambiado. Cuando nosotros huimos, nuestro mayor problema era buscar la forma de salir de nuestro país. Una vez que la encontramos, compramos billetes de avión. Y volamos hacia la libertad. Estas personas, en cambio... Luchan kilómetro a kilómetro para llegar hasta aquí. Y cuando lo consiguen, creen que han llegado. Me gustaría decirles que en realidad todo acaba de empezar. Que el deseo de huir está en la sangre, se transmite a la nieta que aún no ha nacido y, con el tiempo, crece dentro del cuerpo en forma de tumor. Todo lo que hemos perdido, lo que creemos que vamos a recuperar..., no es posible. Sigue ahí. Incluso el destino que temíamos, incluso todo aquello de lo que huimos. Incluso la dolorosa muerte. Sigue ahí. Acechando en las pesadillas. Acechando en los recuerdos. En todos esos recuerdos de los seres a los que hemos perdido. Todo aquello de lo que hemos huido sigue viviendo con nosotros, con tanta nitidez como esa vida nueva y extraña a la que tratamos

de adaptarnos. ¡Se niega a irse! Estamos condenados y también lo están nuestros hijos. Todo permanece y todo se transmite.

Finalmente, decido seguir adelante con la radioterapia. Tengo una masa grande en el hígado que quieren eliminar.

Me echo a reír cuando Christina me lo cuenta.

—Si está en el hígado, entonces se acabó, ¿no? ¿La radioterapia me salvará? ¿Qué sentido tiene?

Christina, a los pies de la cama, mueve la cabeza de un lado a otro.

—Nahid, no puedo prometerte que te salvará. No puedo prometerte nada. Sencillamente, pensamos que reducir el tumor con radioterapia puede ayudar.

Baja la mirada hacia sus papeles. Las dos guardamos silencio unos instantes. Luego me apoya una mano en el pie y me lo aprieta.

—Si no eliminamos ese tumor, Nahid, entonces sí se acabó. Déjanos hacerlo.

Luego da media vuelta y se va.

Pronto se cumplirán dos años desde que me dijeron que solo me quedaban seis meses de vida. Desde que me dijeron que me estaba muriendo. Y todo ese tiempo es como una niebla. Una niebla de coches que me recogen a la puerta de mi casa. Mi cuerpo que sale trabajosamente del edificio y sube al coche. Una niebla de paramédicos. Una niebla de puertas de hospital. Puertas que cruzo. Puertas por las que entro tendida en una camilla. Puertas que abren los médicos. Tratamientos, resultados de pruebas, colapso. Cubo para vomitar junto a mi sofá, cajas y cajas de suplementos nutricionales que me traen a casa. Forman una alta torre en el recibidor. No me siento lo bastante fuerte como para entrarlos en el apartamento. No me siento lo bastante fuerte para beber ni comer. Una niebla de llamadas de números desconocidos. La doctora, la consejera, la dietista. La dietista. Es de risa.

—La necesitaba más cuando estaba sana —le dije la primera vez que hablamos—. ¿Qué puede hacer ahora por mí?

Pero, de todos modos, siguió llamando. Todos siguieron llamando. Las llamadas de la dietista fueron las primeras que dejé de responder. Luego las de la consejera. Christina llamaba más veces de las necesarias. Más veces de

las que podría esperarse. Así que hablaba con ella. Se convirtió en mi Sonja, en mi dietista, en mi doctora y consejera, todo a la vez. Una niebla de conversaciones que empezaban con las palabras:

—Hola, Nahid, soy Christina, ¿cómo te encuentras hoy?

«¿Cómo te encuentras hoy?». No hay ninguna novedad. Tengo cáncer. Me está devorando por dentro. Me matará. Es una niebla, todo está envuelto en niebla excepto aquel día de la fiesta del solsticio de verano, aquel día radiante y lleno de vida. Conseguimos crear un recuerdo hermoso. Habíamos pasado tanto tiempo en aquel precioso archipiélago, lo habíamos visitado tantas veces a lo largo de los años... y al final creamos un recuerdo hermoso. Algo que es hermoso y nada más.

Me digo que tengo que vivir lo suficiente para ser abuela. Tengo que verla. Tengo que decirle a mi nieta que ha nacido libre. Tengo que decirle que aquí tiene sus raíces. Que su abuelo yace sepulto en esta tierra, así que este su país. Que aunque nosotros no estemos a su lado, somos nosotros quienes la han hecho libre. Nosotros, Masood y yo, plantamos sus raíces. Sí, eso es lo que hicimos Masood y yo. Y quiero decírselo a mi nieta.

Así que pulso el timbre. Y cuando entra la enfermera, le digo:

—He decidido vivir.

Ella me mira con la cabeza ligeramente ladeada. Preguntándose si tengo alucinaciones otra vez o solo estoy desvariando.

—Me refiero a que quiero empezar la radioterapia. Cuanto antes mejor.

La enfermera asiente, me coloca bien la manta.

—Se lo diré a Christina.

Me doy cuenta de que quiere añadir algo. De que quiere asegurarse de que yo no albergue demasiadas esperanzas. Quiero impedírselo, así que cierro los ojos. Finjo quedarme dormida. Ella sigue en la habitación. Cambia el agua de las flores. Tira las botellas vacías de zumo, limpia la mesita. No es su trabajo, lo hace porque le doy pena. Y lo sé. Lo hace porque sabe que la radioterapia no cambiará nada. Solo me conseguirá unos pocos días más, unas semanas, un mes. Pero yo no quiero la compasión de esta enfermera. Sé que lo único que necesito es un poco más de tiempo. Solo necesito seguir aquí hasta que nazca el bebé.

Me dejan hospitalizada a la espera de empezar el nuevo tratamiento.

—Quiero que te quedes aquí para poder tenerte controlada —dice Christina.

—Llevo aquí semanas —protesto.

Tengo muchas ganas de irme a casa. Pero entonces comprendo que en realidad no sé cuánto tiempo llevo en el hospital. No sé qué día es. Me esfuerzo por pensar, pero no recuerdo en qué mes estamos. Recuerdo que el bebé tiene que nacer en enero. ¿Ya hemos pasado las Navidades?

Se lo pregunto a Christina y parece preocupada. Empieza a hacerme un montón de preguntas.

—¿Sabes en qué país estás, Nahid?

—¡No estoy senil, Christina! Estoy en Suecia.

—¿Sabes en qué ciudad naciste?

Estoy a punto de responder que en Estocolmo, pero suena raro incluso dentro de mi propia mente. Intento recordar, pero algo me lo impide. Como si existiera un muro entre mis pensamientos y yo.

—Pues claro —digo desviando la mirada.

—Nahid, ¿cómo se llama tu hija?

Fijo la mirada en un punto indeterminado. Noto que el muro es cada vez más y más ancho. En mi lado del muro no hay nada. Nada. Es como un vacío.

Busco la mirada de Christina y lo sé antes de que ella diga nada. Antes de que me suban a una camilla, me saquen de allí y me metan en una máquina de rayos X enorme, donde tengo un ataque de claustrofobia y empiezo a gritar y a llorar hasta que tienen que sacarme y darme un sedante antes de volver a meterme dentro.

El cáncer me ha llegado al cerebro. Se ha construido un nido entre mis recuerdos. Entre mis pensamientos, justo delante de mis ojos. Se alza como un muro entre yo y todo lo que quiero decir. Todo lo que iba a decir antes de desaparecer. Todo lo que puedo ver, lo único que quería ver. Voy a

desaparecer antes de morir.

—¿Cuánto queda hasta enero?

Esa es mi única pregunta.

—Solo unas semanas, Nahid —responde Christina.

—¿Estaré entonces? ¿Conseguiré llegar a enero?

—No lo sé, Nahid.

Me acaricia el pelo. Está sentada a unos pocos centímetros de mí, pero la veo desdibujada. Como una foto borrosa. Entorno los ojos para captar su silueta.

—Ayúdame a llegar hasta enero. Por favor, ayúdame a estar aquí en enero.

Entre la niebla, veo que tensa el rostro. Que se está conteniendo.

—Christina. Por favor, no me hagas esto. Por favor. Voy a ser abuela. Déjame ser abuela.

La oigo llorar. No la veo, pero la oigo.

—Es injusto —murmuro—. No es justo.

La mañana siguiente, le pido a la enfermera que me ayude a sentarme en la cama y que me traiga una taza de café. Necesito algo que me anime. Algo que me ayude a disipar la niebla. Quiero pedirle tequila. Me encantaría beberme un trago de tequila y fumarme un cigarrillo, pero sé que mi niebla no lo aguantaría. Me asalta la idea de que jamás volveré a beber tequila ni a fumarme un cigarrillo y, por un momento, me siento desfallecer. No porque sea importante, sino porque es una cosa más. Otra cosa que me han arrebatado. Otra cosa que para los demás es banal, que dan por sentado, pero que yo nunca volveré a experimentar.

Tengo que hacer dos llamadas telefónicas. Dos conversaciones que debo afrontar mientras aún me queden fuerzas: una con mi madre y la otra con mi hija. Del resto, ya se ocupará alguien. Cojo el teléfono y lo sopeso en la mano mientras trato de decidir a cuál de las dos debería llamar primero. Y entonces me quedó ahí atascada. Solo cuando la enfermera vuelve a la habitación y se queda de pie junto a mí, con la taza de café en la mano, lo recuerdo. Recuerdo qué es lo que quería hacer.

Llamo primero a Maryam. Me parece lo más natural: enfrentarse al pasado antes de adentrarse en el futuro.

Responde tras unos cuantos timbrazos y me sorprende. Últimamente, trataban de evitar mis llamadas, mi molesta insistencia para que me dejaran hablar con mi madre.

—¡Nahid, salam! —dice con voz chillona—. Nahid, ¿cómo estás, aziz? ¿Aún sigues en el hospital? ¿Cuándo empiezas el tratamiento? Aquí no tenemos novedades, Nahid, no te preocupes. Concéntrate en ti, en Aram y en el bebé. El bebé no tardará en llegar, Nahid.

Oigo sus palabras, las oigo. Pero lo que escucho es su tono y el ruido de fondo y su respiración breve y agitada y la tensión que se palpa en el aire, entre sílabas.

—Maryam, quiero hablar con mamá —me limito a decir—. Quiero hablar con mamá.

Ya son muchas las veces que he pronunciado esas palabras. Muchas veces

en poco tiempo, pero ellas siguen manteniéndola alejada de mí. «¡Tengo noticias! —les grité—. Por favor, llamo para que se sienta feliz». Pero no me lo permitieron. No me han dejado hablar con mi madre desde que tuvo el derrame cerebral y ahora lo oigo. Lo oigo y lo sé, a pesar de la niebla. A pesar de lo que me proponía decir en esta llamada. Lo sé, y si mi corazón tuviera boca, aullaría de dolor.

—Maryam, necesito a mi madre. Por favor, necesito a mi madre.

Mi llanto ahoga sus palabras. No quiero escuchar sus palabras. Pero, al final, me quedo sin aliento y sin fuerzas y ella las repite.

—Nahid joon, cielo. Mamá se ha ido, cariño. Tesoro. Mamá se ha ido, cielo. Mamá ha muerto.

No debería resultarme tan doloroso perder a mi madre cuando yo misma estoy a punto de morir, cualquier día de estos. Cuando sé que la separación no será larga. Que la tristeza es temporal. Pero me duele. Dejo caer el teléfono al suelo y me sumerjo bajo las mantas, me pierdo de nuevo en la niebla. No sé cuánto tiempo estoy ausente, pero oigo voces que entran y salen y quiero decirles que mi madre se ha ido. «Por favor, abrazadme, porque mi madre se ha ido». Pero toman por alucinaciones los vagos sonidos que consigo emitir. Levanto un brazo en el aire, tratando de aferrarme a alguien, a quien sea que esté cerca. Tratando de decirles que sigo ahí.

Aram quiere que me vaya a casa con ellos. Que viva allí. Está en la habitación del hospital con Christina y podría pensarse que su voz es firme, pero yo solo percibo pánico en ella.

—Puedo cuidar de mi propia madre. Nos ocuparemos de todas sus necesidades.

Christina intenta protestar.

—Hay muchas cosas en las que pensar. La morfina, las medicinas y todos los aspectos prácticos. No puede caminar por sí sola, ve muy poco. Y luego están las alucinaciones... Irán empeorando más y más, a medida que los tumores le opriman el cerebro. No va a ser fácil.

Aram está de pie, con las manos apoyadas en la cintura. Eso es lo único que veo. Una figura negra, con un vientre enorme y las manos apoyadas en la cintura. Parece un trol furioso, una criatura de cuento de hadas.

—Es mi madre, Christina.

Se le quiebra la voz y las dos permanecen en silencio durante un segundo. Recuerdo algo. Esas fueron las mismas palabras que pronunció durante la primera entrevista, la primera vez que me ingresaron aquí. Entre ellas, percibo el peso de la culpa y de la vergüenza. «¿Por qué no has salvado a mi madre, te dije que era mi madre, cómo has podido arrebatármela?».

—Llamaré a atención domiciliaria —dice Christina. Luego se dirige a la puerta.

Levanto la mano para atraer la atención de Aram.

—Déjame ir a mi casa. Quiero estar en mi propia casa.

Intento hablar con claridad y ella me entiende. Me coge la mano y me da un beso en la frente.

—Ya lo sé, mamá. Lo sé. Y ojalá pudieras.

Me apoya los labios en la piel y noto la calidez y la humedad de sus lágrimas. Quiero preguntarle por qué no puedo. Por qué llora. Quiero preguntarle: ¿qué me está ocurriendo? No me acuerdo.

Pero las palabras se me escapan. No las encuentro y no consigo que mis

labios las pronuncien.

Son los paramédicos los que vienen a buscarme. Me suben a su camilla y la empujan por los pasillos del hospital, hasta la entrada de urgencias. Quiero bromear sobre la situación. Decir que es surrealista. Que me lleven en ambulancia a casa cuando en realidad ya estoy camino de otra parte. Quiero decirlo. Pero las lámparas brillan demasiado y el pitido de las máquinas es demasiado estridente, así que lo único que hago es cerrar los ojos.

Me despierto cuando me suben al coche.

—Falta poco para mi cumpleaños.

He hablado.

—Voy a cumplir cincuenta. Qué vieja soy. Vengan a mi fiesta. Tienen que venir a mi fiesta.

No creo que me hayan oído. En realidad, ni siquiera sé si he pronunciado esas palabras. Intento repetirlas, pero ya han desaparecido.

Mi madre y yo fuimos en una ocasión al cementerio. El lugar en el que enterraban a los presos políticos. Los que morían ejecutados no tenían funeral. Simplemente, los metían bajo tierra. A algunas familias se lo comunicaban. Algunas de esas familias incluso sabían dónde estaban los cuerpos de sus hijos. Otras, como la nuestra, solo podían suponerlo. Y nosotras suponíamos que estaba enterrada allí. Que allí era donde descansaba. El cuerpo de una niña de catorce años, que no tendría que estar descansando. Que no debía estar descansando.

Mi madre no dijo gran cosa desde aquella noche. Había ido a la cárcel, pero eso nos lo contó más tarde. Sabía que nosotras habríamos ido y temía que también nos detuvieran. Así que había ido ella y había preguntado por su hija. Le habían dicho que su hija no estaba allí. Y, cuando había dado media vuelta para marcharse, el guardia le había gritado:

—Qué vergüenza, khanom. ¿Qué clase de madre no sabe dónde está su hija? ¿Qué clase de madre tiene que llamar a la puerta de la cárcel para preguntar por ella?

Mamá había vuelto atrás, se había acercado al guardia y lo había mirado a los ojos. Y entonces le había escupido en la cara. Sabía que podían haberla arrestado allí mismo. Y había sido un milagro que no lo hicieran.

Pero aquel guardia había bajado la mirada al suelo. Era un muchacho apenas mayor que Noora. Había bajado la mirada al suelo y mi madre, aferrando el bolso con fuerza, se había alejado de allí lo más rápido que le permitía el reumatismo.

Y entonces, dos semanas y cuatro días después de que nuestra Noora hubiera desaparecido, estábamos desayunando y, mientras mamá me servía el té, dijo con voz serena:

—Hoy quiero visitar a Noora.

Masood la observó con una mirada de incredulidad y dolor.

—Madre, ¿acaso sabes algo?

Mamá extendió un brazo sobre la mesa para coger el queso.

—Sé que mi niña nos ha dejado. Lo sabe mi corazón.

Masood se dispuso a protestar, pero ella levantó una mano para pedirle que guardara silencio.

—Hoy iremos al cementerio —dijo finalmente con voz serena.

Masood se volvió hacia mí, pero no pude mirarlo. Así que se levantó de la mesa, se puso la chaqueta y salió a la calle dando un portazo. Mamá no movió ni un músculo. Se limitó a quedarse allí sentada, con la espalda erguida. Las manos en el regazo. Los zapatos junto a la pared y el bolso junto a los zapatos. Estaba preparada. No entendí cómo podía estar preparada, pero lo estaba.

Le sonreí. Me costó un gran esfuerzo dedicarle esa sonrisa, pero lo hice. Sonreí y le dije:

—Haremos lo que tú quieras, mamá.

Así que nos vestimos con nuestras mejores galas, nos cogimos de la mano y nos dirigimos juntas al autobús. Lo único que yo deseaba era dejarme caer al suelo y no moverme nunca más. Pero seguí cogida de la mano de mi madre. Le sonreí cuando me miró y permanecemos todo el trayecto en autobús cogidas de la mano. En la otra mano, mamá llevaba un ramo de claveles. Debía de haberlos comprado el día anterior, pero se le había olvidado ponerlos en agua. Le colgaban sobre las rodillas, mustios. Recuerdo que pensé: «Así no es como se hace. Así no está bien». Pero... ¿qué otra cosa podíamos hacer?

El cementerio era inmenso y nuestra caminata, larga. Veía cojear a mi madre, veía cómo el reumatismo trataba de derribarla. Pero no le cambió la cara, se mantuvo erguida y con una expresión impasible en el rostro. Cuando llegamos a las tumbas sin marcar de los ejecutados, se dejó caer al suelo. Fue como si su cuerpo —igual que antes el mío— quisiera hundirse completamente en el suelo y, por fin, hubiera obtenido el permiso para hacerlo.

Se inclinó sobre la arena amarilla y yo me senté a su lado. La oí susurrar y la oí besar el suelo, una y otra vez. Y lo único que pude hacer yo fue coger un puñado de arena entre las manos y observar cómo caía de nuevo a la tierra.

Veo a mi madre. Está de pie en mi habitación, con los brazos llenos de claveles mustios. Ha venido a verme, ha venido a despedirse. La veo acercarse a mí, con su abrigo negro y un pañuelo en el pelo. Veo la expresión serena de su rostro y la fuerza con que sujeta su bolso. Se arrodilla junto a mí. Besa el suelo.

—¿Cómo has llegado hasta aquí, mamá? ¿Quién te ha dejado entrar? ¿Cómo has llegado hasta aquí, mamá? Pensaba que te habías ido. Pensaba que todo había acabado. Mamá, tengo algo que contarte. Escúchame, mamá.

Alguien me pone una mano fría sobre la frente. Me dice que no pasa nada, me canta en voz baja. Se me nubla la vista, la silueta de mi madre empieza a desaparecer.

—No me dejes, mamá. Quédate conmigo, te necesito. ¡Voy a hacer que las cosas mejoren otra vez! Te devolveré lo que te arrebaté. Te lo prometo.

Pero se ha marchado. Y ha dejado los claveles, ya marrones y podridos.

Noto dentro de la cabeza ese momento en que el mundo queda de nuevo enfocado y regresa la claridad. Es como un clic, como el plop al abrir un tarro de mayonesa nuevo. Como un sello que se rompe.

Oigo el clic y abro los ojos. Está oscuro y fuera, al otro lado de las grandes ventanas, hace viento. Las ramas de los árboles golpean el cristal. Dentro, las luces son tenues. La llama de una vela parpadea sobre la mesa del comedor. En la repisa de la ventana, arde un candelabro de Adviento y, en un rincón de la estancia, resplandece un árbol de Navidad iluminado. Suena música clásica, a un volumen muy bajo, y oigo voces a lo lejos. Huelo a carne asada y a patatas cremosas al horno. Por un momento, me parece haberlo imaginado todo, pero es inconfundible. El clic. La claridad.

—Aram.

La voz me sale áspera y ronca, y me aclaro la garganta.

—¡Aram!

Las voces guardan silencio, pero no viene nadie. Es como si estuvieran escuchando, a la espera de que se repita el grito. Como si creyeran que tal vez ha sido cosa de su imaginación.

—¡Aram! —vuelvo a gritar, esta vez con una voz más clara.

La oigo dejar caer lo que sea que tiene en las manos y echar a correr. Llega corriendo y se detiene en la puerta del comedor, donde yo descanso, y me mira fijamente.

—Salam madar —le digo—. Hola, cariño.

Se queda de pie junto a la puerta, con las manos apoyadas en los riñones, y me mira con los ojos muy abiertos. Es como si despidiera una especie de resplandor. Una luz intensa que nace de su rostro, de su pelo brillante recogido en una cola alta. De algún lugar situado detrás de su cabeza. Parece un ángel, tiene el aspecto que siempre he imaginado que deben de tener los ángeles. Pienso: la niña y yo... estamos tan cerca la una de la otra. Yo estoy cerca de la muerte y ella cerca de la vida y pronto cruzaremos las dos esa fina línea. Puede que estemos en el mismo sitio. Y ese pensamiento me reconforta. Por

primera vez en muchísimo tiempo, siento que no estoy sola. Que no moriré sola. Nos encontraremos, nos cogeremos de la mano y luego, muy suavemente, nos ayudaremos la una a la otra a cruzar esa línea.

Aram quiere mi claridad, pero yo la quiero solo para mí. Quiere respuestas a sus preguntas. Palabras con las que pueda vivir. Pero yo solo quiero paz y quietud. Solo quiero estar aquí tendida con los ojos abiertos, contemplando las ramas que el viento mece al otro lado de la ventana y sentirme parte de ese movimiento, parte de la vida.

Se sienta en el borde del sofá y lo primero que dice es:

—Te has perdido la Navidad, mamá.

Esas palabras despiertan la oscuridad en mí. Su comentario me enfurece. A quién le importa la Navidad, a quién le importa que me haya perdido esta cuando me voy a perder todas las que están por llegar.

—Te hemos echado de menos —dice.

Y es precisamente eso. Es eso lo que me enfurece. Que quiera pasar la Navidad conmigo solo por egoísmo. Quiere pasar una última Navidad, conservar una imagen mental de mí en sus Navidades.

—Tengo un regalo para ti.

Lo dice con voz firme. Como si quisiera convencerme, y convencerse, de que esto es lo correcto. Que hacerme un regalo de Navidad es lo apropiado, lo que debe hacer para llenar uno de nuestros últimos momentos juntas.

Me siento feliz. Es una sensación extraña que me surge del estómago, me sube por la garganta y me llega hasta los labios. Sé que sonrío con la boca, pero noto rigidez en el resto de la cara. Los ojos entornados e inmóviles. Aram coge un paquete grande y yo levanto los brazos con fuerza. Lo sujeto con firmeza. Me lo acerco. Sé que ella lo sujeta por el otro extremo, que no se atreve a dejar que todo el peso descansa sobre mi pecho. Tengo la sensación de que, de alguna forma, las dos nos estamos aferrando a este momento.

—Espero que te guste. Y que puedas... usarlo.

No sabe cuándo volveré a despertarme. O si volveré a despertarme. No sabe si mi claridad se alejará nadando hacia el universo y se perderá en un mar de recuerdos y esperanzas frustradas. No sabe si este es mi último aliento en el puerto, pero sí sabe que no quiero hablar. Que no quiero darle lo que

necesita, palabras de consuelo, caricias que curen su dolor y la acompañen durante el resto de su vida. Así que es ella la que me da algo, me da algo que no necesito en absoluto y que no voy a usar y eso nos hace a las dos más felices de lo que cabría esperar. Más felices de lo que esperábamos ser.

Rasga el envoltorio y abre la caja que hay dentro. Muy rápido, muy rápido, como si fuera una emergencia. Entorno los ojos, pero no veo. Me dice lo que es. Un bolso caro, de los que me gustan pero no considero adecuados para alguien como yo. Es un bolso caro y yo soy marxista, o lo fui en otros tiempos, y me hace sentir como si yo tuviera algún valor. Como si yo tuviera más valor de lo que creía.

Lo que sí veo es el color. Es rojo, o al menos en parte, no lo sé. Lo levanto y le cojo una mano a Aram.

—Combina con mis botas rojas —digo—. Me los puedo poner a la vez.

Ella me aprieta la mano.

—Es una buena idea, mamá —dice—. Iremos a dar un paseo juntas, con el bolso y tus botas rojas.

Levanto la mirada y la veo, por un segundo la veo con nitidez. Su expresión es tan decidida como su voz. No piensa rendirse. Me va a mantener con vida. Me va a mantener con vida mientras las dos lo necesitemos.

Oigo sus voces a los lejos, y me molesta. Me han trasladado a la habitación. Estoy en su cama y no sé dónde duermen ellos. Los oigo salir y cerrar la puerta, y volver hablando animadamente, cargados de bolsas. Los oigo en el comedor, montando la cuna. Oigo sus risas contenidas y sus pasos delicados. La oigo a ella tendida de lado en la alfombra, respirando pesadamente, mientras él termina. Los oigo trazar planes y construir sueños, y oigo su nostalgia. Están construyendo un lugar en su casa y en sus corazones, están levantando un futuro con las manos desnudas mientras yo estoy aquí, postrada en cama. Aram viene a verme a veces. Viene muy a menudo, lo sé. Pero tengo la sensación de que es solo a veces. De vez en cuando. Se encarga de darme las medicinas, me humedece los labios con bolas de algodón y me acaricia el pelo. Cruza el umbral de mi puerta y pasa de la vida a la muerte. De lo que pronto acabará a lo que sucederá en cualquier momento.

No puedo hablar. No puedo expresar mis sentimientos y son muchos los que tengo. Siento que esto no está bien. Quiero que se quede junto a mi cama, que me coja la mano, que se despida, que esté a mi lado durante esta espera obligada en la que consiste mi mundo entero. Puede esperar, el otro mundo. Todo lo demás seguirá ahí más tarde, soy yo la que va a desaparecer. Siento que lo que hace no está bien. Ojalá no estuviera embarazada. Ojalá fuera solo mía. Ojalá pudiera dirigir toda su atención hacia aquí, hacia mí. Ojalá comprendiera que la traje a este mundo por mí, porque no quería estar sola, no quería terminar aquí, postrada y sola. Me lo debe. Tiene la obligación de protegerme de la soledad. «Me estás abandonando», quiero gritar cuando la oigo doblar la ropita del bebé y guardarla con delicadeza en el cajón. «Te arrepentirás».

Todos los días viene un equipo médico. Probablemente vienen varias veces al día, no lo sé. Sé que son ellos por el olor. No me parece un olor desagradable, es como volver a casa. A todas las horas que he pasado en hospitales, residencias de ancianos, clínicas. Todas las horas que he pasado vestida con mi bata blanca, todas las horas que he dedicado a cuidar a los demás. A veces, me veo a mí misma acercarme hacia mí. De blanco, con el pelo recogido en un moño y los labios pintados de un rojo intenso. Me veo a mí misma incorporarme y cogermelo de la mano. Levantar un cepillo y pasármelo por el pelo con movimientos largos y pausados. Acercar un taburete y sacar del bolsillo esmalte de uñas de color rosa. Pintarme las uñas mientras canto una de mis canciones. Una de las que siempre les cantaba a mis pacientes. Me veo a mí misma acercarme hacia mí y canto. Siempre estoy cantando. Ojalá yo hubiera sido mi propia enfermera. Ojalá pudiera cantar mis canciones. A veces me doy cuenta de que es ella. Lo veo en momentos breves, repentinos. Veo a Aram sentada con mis manos sobre el regazo, pintándome las uñas mientras canta. Siempre está cantando.

Ese día no oigo canciones. Percibo su olor, que se acerca, y los veo de pie a mi lado. Me cogen con gestos bruscos. No puedo decir nada. No puedo pedirles que paren. Me meten tubos en los brazos, me ponen oxígeno sobre la nariz. Son más que de costumbre. Lo sé porque oigo el roce de sus cuerpos, muy juntos. Chocan entre ellos y se mueven deprisa. Luego desaparecen, de repente, y es entonces cuando lo entiendo. Es entonces cuando noto mi respiración y me doy cuenta de que cada vez es más débil. Cada respiración se pierde en las profundidades de mis pulmones y el aire no encuentra la forma de salir. Vibra y silba dentro de mi cuerpo y me siento como si estuviera atrapada. Como si estuviera atrapada dentro de mí misma y no pudiera salir.

Cuando vuelven, me suben a una camilla. Intento girar la cabeza, buscar la silueta de Aram. Pero sé que no está en la habitación. Está fuera de la habitación y algo no va bien. Hay demasiada gente, no me dejan ver, y quiero hacerles un gesto con el brazo para que se aparten, pero ya no controlo mi cuerpo. No puedo levantar el brazo ni puedo abrir los ojos lo suficiente como para que alguien entienda que aún sigo allí. Me llevan por el apartamento y llegamos al recibidor, donde la oigo. Gime de dolor. Su respiración es agitada, pero rítmica. La camilla se detiene un momento cuando pasamos junto a ella. Aram se sienta. Se apoya las manos en el vientre. Eso es todo lo que veo. Me busca la mano. Me la aprieta con un gesto delicado y a la vez tan firme que noto el pulso de la vida entre las dos.

—Ya vamos, mamá. Ya vamos.

Su voz es forzada. Quiero oír más, saber qué está pasando, pero ella dobla el cuerpo hacia delante y reprime un grito y entonces el momento ya ha pasado. Me llevan hasta la fría escalera y cierro los ojos.

«Ya vamos». Esas palabras me dan vueltas en la cabeza, en el cuerpo, como el agua en la boca al hacer gárgaras. Vueltas y más vueltas, por todas partes. «Ya vamos».

Están sentadas junto a mi cama. Mi madre, con el vestido negro que llevaba el día que fuimos al cementerio. Tiene las manos apoyadas en las rodillas y balancea el cuerpo hacia delante y hacia atrás, como hizo cuando yo regresé a casa y supo que era a Noora a quien se habían llevado. Maryam, con la cabeza inclinada hacia delante. Las pestañas proyectan largas sombras en su rostro. Tiene un lápiz tras la oreja. El pelo de color caoba le cae sobre los hombros. Es guapa, guapísima. Sé que en la mejilla le palpita la huella azul de una mano. Y por eso tiene la cabeza inclinada. Y detrás de ellas, detrás de ellas está Noora. Con dos trenzas y una boina. Gafas grandes y una alegre sonrisa. Catorce años, viviendo una aventura. Ella es la única que me mira. Su mirada atrapa la mía, y un millar de palabras. Todas las palabras que he deseado decir desde aquel día.

Conozco el olor y sé que estoy otra vez en el hospital. Movimiento, cuerpos. Me atienden, me colocan nuevos tubos. Oigo los pitidos de una bomba y sé lo que es. Sé que me están inyectando morfina. Quieren evitarme el dolor, quieren calmarme. Conseguir que me deje llevar y me marche plácidamente. Intento aferrarme a alguien tirando de una manga. Intento pedir un poco más de tiempo. Solo un poco más. Intento gritar. No estoy lista, ¡aún no! Pero mis movimientos son invisibles a sus ojos y mis gritos son sordos. No puedo aferrarme. Noto que me estoy dejando llevar, dejando llevar. Estoy flotando. Es una sensación agradable, hacía mucho tiempo que no me sentía tan cómoda. Es como estar tumbada en la playa, con el sol en lo alto y una brisa suave que me acaricia el cuerpo y me invita a dormir. Me sume en un estado entre el sueño y la vigilia.

Y entonces lo oigo. El sonido, pero parece muy lejano. Muy lejano en el tiempo y en el espacio. El llanto de un bebé. Intento moverme, pero me siento como si el cuerpo se me estuviera hundiendo en un agujero de barro. «Mamá está aquí —quiero decir—. Mamá está contigo. Mamá nunca te dejará». Las palabras que se le dicen a un bebé que llora. «Mamá nunca te dejará».

Lo oigo otra vez. Un llanto que se aferra a mi cuerpo ya entumecido. Ahora suena más cerca, suena como si se estuviera aproximando. Otro grito y

entonces veo a Aram que se acerca hacia mí. Vestida de blanco, con el pelo recogido, los labios rojos y un bebé entre los brazos. Durante un segundo, es como si me viera a mí misma y luego veo a mi madre acercándose a mí con una Noora recién nacida entre los brazos, pero entonces oigo el clic y todo se vuelve claro una vez más.

Aram acerca la silla a la cama todo lo que puede.

—Mamá —dice—. Mamá, estoy aquí. Estoy aquí contigo.

Me levanta los brazos y hace por mí lo que yo ya no puedo hacer. Me los cruza sobre el pecho. Y entonces pronuncia las palabras. Las palabras que tanto he anhelado. Que he anhelado hasta que creía haber dejado de anhelar y de esperar.

—Ya está aquí. Noora está aquí. Lo has conseguido, mamá.

Me coloca el bebé sobre el pecho. Así de simple. Así de simple, ya está aquí. Así de simple, ha vuelto. El olor a vida me abrumba. El delicado olor de la piel intacta, de un nuevo comienzo.

Intento bajar el cuello para verla bien. Aram me levanta la cabeza y me ayuda, me ayuda a verla. El bebé abre los ojos. El bebé. Noora. Mi pequeña Noora.

Tiene los ojos de un azul radiante. Azules como el mar. Azules como el archipiélago, como el cielo sobre los puentes que cruzábamos de un lado a otro, adelante y atrás. Es tan guapa. Noto su peso en el pecho, en el corazón. Imagino mi pulso latiendo dentro de su cuerpecito, dándole fuerzas a su ser.

—Mi niña preciosa. Soy tu abuela, tesoro. Soy tu abuela.

No sé si en realidad pronuncio las palabras en voz alta, pero me doy cuenta de que me está escuchando.

—Fui yo quien te trajo aquí. Fuimos nosotros.

* * *

Sus siluetas se empiezan a desdibujar y pronto desaparecen. La luz se apaga. Noto el peso de mi cuerpo en la cama y el peso del bebé sobre el pecho. Me doy cuenta de que Aram me coge la mano. Lo noto, el peso de los cuerpos que estoy dejando atrás. Aram canta. Su voz me acompaña hacia la oscuridad que me recibe. Canta mis canciones, y por dentro sonrío. Cantarán nuestras

canciones, nuestras canciones jamás morirán.